

Irreverentes

7 libros Irreverentes para un verano literario

Novedades Irreverentes; siete apuestas literarias que molestarán a los lectores poco amantes de las novedades y que enamorarán a los intrépidos que busquen emociones fuertes. Calidad, intriga, emoción, pasión en libros como "13 para el 21", una gran antología de jóvenes escritores; "Mi adorada Nicole", un libro para amantes de la literatura, el cine y el cómic; "Intriga en La Habana", la emoción de saber si morirá la Revolución y Estados Unidos meterá sus garras en Cuba; "Desde que llegó Mauleen", un intento de revivir la memoria histórica española; "Goya, el ocaso de los sueños", la historia de un genio oprimido por su entorno; "Donde no llegan los sueños", el libro de relatos más tenebroso, nihilista y ácido; y "Soledad de otoño, infancia de silencio", relatos intimistas para descubrir la Castilla más oculta y más verdadera. Siete apuestas literarias que no puede perderse ningún enamorado de la literatura. > Pág. 25.



Número 6 - Verano 2007

Relatos y artículos

- **Donde no llegan los sueños**
Javier Memba > Pág 2
- **Que trabajen ellos**
Antonio López del Moral > Pág 4
- **Diáspora**
José Enrique Canabal > Pág 5
- **La máquina que da sentido al mundo**
Santiago García Tirado > Pág 6 y 7
- **Extraña noche en Linares**
Miguel Ángel de Rus > Pág 8, 9 y 10
- **Críticas literarias**
Eduardo Campos > Pág 11
- **Tres propuestas literarias**
J. Luis Alonso de Santos, Luis Alberto de Cuenca y José Caverio > Pág 12
- **La bestia en el armario**
José Melero > Pág 13
- **Lo que queda por decir**
José Antonio Rey > Pág 16 y 17
- **Bendita sea**
Guillermo Sastre > Pág 18
- **Entrevistas a Luis Eduardo Aute y César Strawberry** > Pág 19
- **El silencio perturbado/ Francisco Ferrer Guardia / Los dos indios**
Isabel Mª Abellán > Pág 20 y 21
- **El mal del mar muerto**
Pedro Antonio Curto > Pág 22 y 23
- **Historia Sagrada: Combates contra la especie: la virginidad**
Rafael Domínguez > Pág 24
- **Las manos contra las cuerdas**
Francisco Legaz > Pág 26 y 27
- **Manolo filósofo**
Carmen Matutes > Pág 28
- **Solamente tú /Al faro por el sendero de la costa**
Álvaro Díaz Escobedo > Pág 29, 30 y 31

Francisco Nieva y París en sombras

Menos mal que nos queda París, afirma Nieva que ha escuchado decir muchas veces a intelectuales españoles. Francisco Nieva, un clásico contemporáneo, escribe sobre el París que ama, el que Baroja vio desaparecer; el de la segunda posguerra mundial, que él encontró, el París de Sartre, Camus, Montparnasse y el putesco Pigalle. Y el París actual, que ha perdido aquel viejo resplendor. > Pág 32



Irreverentes de fiesta literaria

Un nutrido grupo de autores Irreverentes celebraron su particular fiesta de verano en la Casa de Cantabria de Madrid, con actuaciones musicales, teatro, monólogos, recital de poesía y lecturas dramatizadas. Cerca de 150 espectadores gozaron del acto. > Pág 15



Misal del Buen Izquierdista

Lectoras y lectores, periodistas y periodistas: Irreverentes da un paso adelante. Por medio de Alberto Castellón y la Viceinquisidora de Bienestar Cívico, animamos a prohibir el tabaco y la velocidad; ilegalizar el vino, el orujo de hierbas, que se excluyan de la cobertura de la Seguridad Social a quienes engorden por comer chorizo y la concesión de exenciones fiscales a los delatores anónimos y a las delatoras anónimas. Todo sea por una sociedad más light. > Pág 14 y 15







- Servicios culturales y de comunicación para ayuntamientos y empresas
- Organización de premios literarios
- Edición por encargo
- Seminarios de creación literaria
- Ciclos de lecturas dramatizadas
- Exposiciones...

www.promocioncultural.com



Editorial

Cinco libros por ciudadano y año



El escaso éxito comercial de la mayoría de las ferias del libro que se han celebrado en España en la primavera de 2007, llenas de paseantes, pero no de lectores, da la razón a quienes afirman que España sigue a la cola en índice de lectura de Europa. Según un estudio de la Federación de Gremios de Editores sólo 4 de cada 10 españoles dicen leer habitualmente, y ello a pesar de la buena imagen que intentamos dar en las encuestas. Según un informe de esta entidad, en 2006 el número de libros vendidos fue de 228,22 millones, un uno por ciento menos que el año anterior. Cinco libros por ciudadano al año.

Y un dato muy preocupante; sólo en dos ciudades, Madrid y Barcelona, se vendieron el 93,8 por ciento de los libros. ¿En las demás ciudades no se lee? ¿Por qué?

El libro siempre ha sido un objeto revolucionario —ya advirtió Sancho Panza a Don Quijote que él no sabía leer, como buen cristiano viejo— y desde el S.XVIII ha llevado en sí la semilla de todas las transformaciones. Sobre la importancia del libro afirma el editor Jason Epstein en su aconsejable obra *La industria del libro* “En los años veinte una brillante generación de jóvenes editores norteamericanos se

sintió heredera de la transformación que dio en llamarse modernismo y la alimentaron con buen gusto, energía y pasión. Así como la generación de Einstein había introducido los temas de la física moderna, y como Cezanne, Picasso y sus contemporáneos hicieron lo mismo en la pintura, también los escritores de principios del S.XX crearon definitivamente el vocabulario y los temas de la literatura moderna.

¿Ha desaparecido ese espíritu regeneracionista?

Parece claro que el desprecio que muestra un pueblo hacia los libros es el desprecio hacia su propia evolución. En un período en el que las formas de vida han cambiado rapidísimamente, los libros —tanto novelas o teatro, como ensayos o estudios científicos— nos permiten comprender de dónde venimos y a dónde, quizá, vamos. Lo

para estos tiempos en que los poderosos trabajan para que desaparezca la memoria.

Y sin embargo el libro está perdiendo su capacidad de ser un arma cargada de futuro. En la excelente película francesa *La doublure*, traducida al español como *El juego de los idiotas*, de Francis Veber, el bobo a la moda aconseja a la librera casi arruinada que lo deje, que a la gente le interesan

En 2006 el número de libros vendidos fue de 228,22 millones, un uno por ciento menos que el año anterior. Cinco libros por ciudadano al año. Sólo en dos ciudades, Madrid y Barcelona, se vendieron el 93,8 por ciento de los libros.

(...) El florecimiento cultural de los años veinte fue un acto de liberación de una sociedad cuyas deficiencias morales, estéticas e intelectuales se habían vuelto intolerables.” A pesar de las diferencias ideológicas coincide con Sartre, quien afirmó que la “literatura es una herramienta social de revelación de la falsa conciencia.”

dijo admirablemente Jorge Luis Borges al inaugurar el Cuarto Congreso Mundial de Lectura, en Buenos Aires en 1972, “De los muchos instrumentos inventados por el hombre creo que ninguno puede compararse, siquiera de lejos con el libro, (...) El libro nos ha dado una historia, el libro es la memoria de la humanidad.” Buena frase

otras cosas, como la telefonía móvil. ¿Será ese el futuro o hay un hueco para los libros?

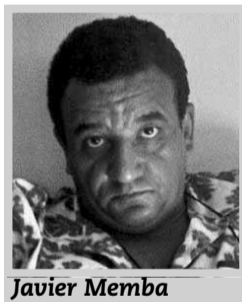
Quién sabe; sobre el futuro sólo cabe repetir las palabras que cantaban Mendo y Fuster en *Todos a la cárcel*, de Berlanga, “no sé si iremos, no sé si iremos, pero si vamos, allí estaremos”.

Donde no llegan los sueños

Nuevos relatos de Miguel Ángel de Rus

Salvo estar escritas en el mismo idioma, no tienen nada que ver esas ansias regeneracionistas que gravitan en la obra de Antonio Machado con la Declaración de un vencido (1887) de Alejandro Sawa. No hay nada en común entre las brumas de Charles Baudelaire y el optimismo de Edmond Rostand. Todo un abismo infranqueable se extiende entre Edgar Allan Poe y Walt Whitman. La línea que separa la literatura bendita de la maldita es concisa y clara. Aquella se escribe en cátedras, en academias y se premia en concursos; ésta, en prisiones e instituciones psiquiátricas y no tiene más galardón que esa extraña dignidad de la derrota de la que carece totalmente el entusiasmo del triunfo.

Miguel Ángel de Rus tiende inexorablemente a esa literatura que nace de la maldición. Los sueños a los que alude en *Donde no llegan los sueños*, su nueva colección de relatos, son auténticas pesadillas inspiradas —si se me permite la expresión— en apuntes del natural. Dicho “natural” no es otro



Javier Memba



De su libro *Mi adorada Nicole y otras perversiones*

que nuestras instituciones civiles y religiosas, nuestros informadores e incluso nuestros marginados. Pero, como no podía ser de otra manera a estas alturas de la Historia, cuando todos somos conscientes de la ingenuidad que entraña esa lucha por un mundo mejor, la apuesta última del autor es el nihilismo. No faltan, entre las quince narraciones que integran estas páginas, algunas próximas a esas brumas comunes a la literatura tenebrista. Pero no por ello carecen unas y otras de ese humor que provoca el escepticismo, el no creer en nada. En una primera apreciación puede pensarse que dicha comicidad obedece a un intento deliberado de suavizar la gravedad de lo contado o incluso a su denuncia. Particularmente prefiero creer que dicha gracia nace del mismo impulso que llevó a Groucho Marx a sentenciar aquello de “Surgiendo de la nada hemos alcanzado las más altas cotas de la miseria”. No hay duda, si hay un humor que me vale, ése es el del mero observador, nunca el del aprendiz de Mesías que cree que las cosas pueden cambiar.

Staff

Director: **Miguel Ángel de Rus**

Coordinación: **Vera Kukharava**

Redacción: **C/ Martínez de la Riva, 137**

Correo electrónico:
edicionesirreverentes@yahoo.es
http://www.edicionesirreverentes.com

Delegación Madrid: **Antonio López del Moral, Francisco Legaz, Rafael Domínguez, Eduardo Campos y Guillermo Sastre**

Delegación La Mancha: **José Enrique Canabal**

Delegación Andalucía:
José Melero y Alberto Castellón

Delegación Murcia: **Isabel María Abellán**

Delegación Cantabria: **Álvaro Díaz Escobedo**

Delegación Galicia: **José Antonio Rey**

Delegación Comunidad Valenciana:
Santiago García Tirado

Delegación Asturias: **Pedro Antonio Curto**

Delegación Reino Unido: **Carmen Matutes**

Diseño: **DinA3** (nachofr-dis@yahoo.es)

Impresión: **Imcodavila**

Depósito legal: **AV-51-0**

PROMOCIÓN CULTURAL Damos imagen de prestigio a su empresa

SERVICIOS INTEGRALES DE CULTURA PARA AYUNTAMIENTOS Y EMPRESAS

Promoción cultural es un servicio de Ediciones Irreverentes, editada y dirigida por el escritor y periodista Miguel Ángel de Rus, a más de cien libros publicados de autores de primera línea como Fernando Savater, Francisco Umbral, Mario Benedetti, Francisco Nieva, Luis Alberto de Cuenca, Antonio Gómez Rufo, Eduardo Mendicutti, José Luis Alonso de Santos, Isaac Vázquez Rial, Luis Mateo Díez, Luis Antonio de Villena, Juan Manuel González, Joaquín Leguina, Andrei Trapiello y Fernando Sánchez Dragó, entre otros.

Coordinada tres premios literarios, organiza mesas redondas sobre literatura, seminarios de creación literaria, ofrece servicios de comunicación a importantes empresas y organizaciones profesionales y

- Servicios culturales y de comunicación para ayuntamientos y empresas
- Organización de premios literarios
- Edición por encargo
- Seminarios de creación literaria
- Ciclos de lecturas dramatizadas
- Exposiciones...

www.promocioncultural.com

Novedades de Ediciones Irreverentes



Distribución de Ediciones Irreverentes

Madrid y Castilla La Mancha - Distrifer Libros S.L.

C/ Valle de Tobalina, 32 nave 5-6. 28021 Madrid
Tfn. 91 796 27 09 Fax. 91 796 26 77

Castilla León - Andrés García Libros

C/ Pintores, 5 - Pol. Villares 37184 Villares Reina - Salamanca
Tfn. 923 23 02 06 Fax. 923 25 31 17

Castilla León - Andrés García Libros

Fdez. Ladreda. Parc. 1, Nave. 3 P. Argales - 47008 Valladolid
Tfn. 983 47 21 55 Fax. 983 47 32 47

Alicante - Alicash S.L.

Ctra. Ocaña, 56 C/C U.A. 4 03006 Alicante
Tfn. 96 510 36 50 Fax. 96 528 96 63

Cataluña y Baleares - Ben Vil S.A.

Viladomat, 86 08015 Barcelona
Tfn. 93 325 46 84 Fax. 93 425 17 13

Málaga, Almería y Granada - Calmal

Carrion-Los Negros, 19 29013 Málaga
Tfn. 95 225 10 04 Fax. 95 225 10 04

Asturias, Cantabria y León - Cimadevilla

Polig. Rocas 3.C/ Arquímedes 33211 Gijón -Asturias
Tfn. 98 530 70 43 Fax. 98 516 72 15

Sevilla, Cádiz, Huelva y Extremadura

Centro Andaluz del Libro
Parc.34-36 Km.7,3 Sev-Mal Polig. Ind.
La Chaparrilla 41016 Sevilla
Tfn. 95 440 63 66 Fax. 95 440 25 80

Córdoba y Jaén - Francisco Baena

Pol. Las Quemada. Par.236-A 14014 Córdoba
Tfn. 957 32 60 23 Fax. 957 32 58 42

País Vasco - Herro Libros

Montorre Kalea, 3 Pol. Uga 48160 Derio -Vizcaya
Tfn. 94 454 28 50 Fax. 94 454 19 28

Aragón, Rioja, Soria y Navarra - Icaro

Polígono El Plano, Nave 39 50430 M. Huerva - Zaragoza
Tfn. 976 12 63 33 Fax. 976 12 64 93

Galicia - López Caballero Libros S.L.

C/ Príncipe, 22 36206 Vigo, Pontevedra
Tfn. 986 26 64 33 Fax. 986 37 91 54

Valencia - Lyra

C/ Dels Col·lidors, 4 46210 Picanya-Valencia
Tfn. 96 1590781 Fax. 96 1590884

Murcia - Miguel Sánchez Libros

C/ Mayor, 55 Pol. Camposol, 2 30006 Puentetocinos, Murcia
Tfn. 968 24 73 31 Fax. 968 20 03 19

Canarias - Odón Molina

Neptuno, 9 (Gracia) 38205 La Laguna-Tene
Tfn. 922 25 66 66 Fax. 922 25 62 11

Exportación a Librerías

Celesa

Tel: (34) 915 17 0 170 Fax: (34) 915 17 3 481
Correo electrónico: pedidos@celesa.com

Azteca

Marquesa de Argüeso, 36 - 28019 Madrid
Tel: 91 5604360
Fax: 91 5652922
azteca@aztecadist.es

Venta a bibliotecas de España y el extranjero

Puvill

Tel: (34-93) 2988960
Fax: (34-93) 2988961
Correo electrónico: info@puvill.com

EDICIONES IRREVERENTES, VENTA
DIRECTA A LIBRERÍAS Y EMPRESAS
editor@edicionesirreverentes.com

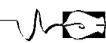
Tienes en tus manos una obra de arte; no la tires, no es un simple periódico gratuito. Guárdalo y volverás a leerlo con placer. Si no quieres guardarlo, por favor, dáselo a alguien que pueda disfrutarlo.

EDICIONES IRREVERENTES,
servicios culturales para empresas y ayuntamientos.

Organización de premios literarios,
jornadas de conferencias y lecturas dramatizadas.

Más información: editor@edicionesirreverentes.com
y <http://www.edicionesirreverentes.com>





Que trabajen ellos

eso de que el trabajo dignifica al hombre es un camelo como el sombrero de un *picaor*. Yo, que me siento más cercano a la izquierda, sector anarcoburgués, como diría Labordeta, cuando llega el Primero de Mayo me invade un sentimiento de enajenación que me impide tomarme en serio a mí mismo como obrero, cualificado y todo. El trabajo no es que dignifique al hombre, el trabajo lo que hace es reducirlo a engranaje industrial, a eslabón de la cadena productiva, a hormiga en el hormiguero, pero no el de Pablo Motos, que todavía tiene su aquél, sino el de Orwell, ya saben, Gran Hermano y por ahí. Y cuando hablo de trabajar no me estoy refiriendo a actividades de tipo artístico, música, literatura, pintura, cine. Me hacen mucha gracia esas folklóricas que en cuanto les ponen en cámara por delante, te sueltan con histrionismo:

- ¡Nunca he hecho otra cosa que trabajar!



Antonio López del Moral

equilibrio, ese equilibrio en el que es difícil mantenerse, porque sólo un peldaño más abajo está la indigencia. Yo creo que sí es posible instalarse en la acracia, el descreimiento y la actitud diogenésica, yo creo que en el momento en el que comenzamos a dudar, en el momento en que nos planteamos que quizá sea necesario ese trabajo, entramos en la rueda, y quedamos atrapados en el sistema, como moscas incapaces de entender que son ellas mismas las que tejen la red con sus pensamientos (por supuesto, hablo desde un planteamiento individualista. Que no me crucifiquen los mileuristas obligados a trabajar para mantener a una extensa prole o pagar deudas).

con el alzacuellos manchado de saliva, hacen carrera en la curia, pero los que se toman su labor en serio y construyen hermosas catedrales, y se entregan completamente, como Enrique de Castro, son considerados subversivos, peligrosos, teólogos de la liberación, rogios sin futuro en la iglesia, y al final les chapan el chirinquito. O sea, que, paradójicamente, si quieres llegar a algo en alguna actividad, es mejor que esta nunca llegue a ser tu trabajo, porque siempre habrá quien dude de tus motivos.

La profesionalización lleva implícito el germen de la corrupción. El amateurismo es la mejor garantía de excelencia. Da lo mejor de ti mismo, pero nunca en el trabajo. El arte por el arte, el placer por el placer.

estoy pensando ahora mismo en la iniciativa colectiva del Linux en la informática, un sistema desarrollado por millones de usuarios que trabajan colaborando y sin cobrar, y que han conseguido que dicho programa sea mucho más eficaz y seguro que el Windows (aunque eso tampoco es muy difícil). O en las organizaciones espontáneas de gente que desprecia los partidos políticos y las ONGs, y que luchan por reivindicaciones sociales o ecologistas sin ponerse siglas. La profesionalización lleva implícito el germen de la corrupción. El amateurismo es la mejor garantía de excelencia. Da lo mejor de ti mismo, pero nunca en el trabajo. El arte por el arte, el placer por el placer. Se folia siempre mejor con alguien que no te cobra al terminar.

El trabajo te convierte en la contrapartida del sistema, en el mecanismo en el que este se apoya para seguir funcionando, el trabajo es la siniestra y cruel artimaña por la cual el organismo que es, de hecho, nuestro parásito, se las apaña para dar la vuelta a la tortilla y convencernos de que somos nosotros los que vivimos de él, y lo exprimimos. No hay simbiosis en esa relación, hay sangre, sudor y esfuerzo, hay mentira y manipulación, hay espejismos y derrota, porque el trabajo es el fracaso del hombre y del arte, es el derrumbamiento de la filosofía, el cataclismo del placer. El trabajo es el demonio que todos llevamos dentro, ese incubo cuyo objetivo es destruirnos como seres libres y reducirnos a robots, a esclavos, a alimento de las máquinas, como en Matrix. La filosofía del Ora et Labora, el concepto luterano-calvinista del trabajo, el ganarás el pan con el sudor de tu frente, han creado un mundo como el que tenemos hoy en día. ¿No va siendo hora ya de que cambiemos el chip?

Trabajar? Flaubert escribía veinte horas diarias, pero, ¿trabajaba? Picasso agarraba el pincel después de hacer el amor (no, no me refiero a ese pincel), y pasaba la petite morte entre la inspiración y el esfuerzo artístico, que no tiene nada que ver con el trabajo. Decía Flaubert que la inspiración existe, pero tiene que llegar trabajando. ¿Trabajar? ¿Trabaja Nacho Vidal, por continuar en la onda de los grandes artistas? ¿Celia Blanco? Y no quiero entrar en el controvertido tema de la música, porque capaces son Ramoncín y Bautista de partirme la cara (¿se consideraría trabajo dar una paliza por dinero a alguien que te cae mal?).

El trabajo es una maldición bíblica, al mismo nivel de la de “parirás a tus hijos con dolor”. Yo creo que la primera obligación del ser humano no es, como decía Marx, hacerse con el control de los medios de producción para llegar a la emancipación, sino que la emancipación llega en el momento en que interiorizas que el trabajo no es lo que siempre habías pensado, que no sólo no te hace más persona, sino que en realidad te aliena, te allana, te lima y encima te estropea el cutis y las manos. La emancipación llega cuando comprendes que tu obligación como ser humano es vivir sin pegar ni chapa, aunque el derecho a la pereza (Le droit à la paresse) ya lo defendía Paul Lafargue, yerno del propio Marx. Recuerdo una escena en contraposición a lo anterior: una mujer joven se acercó en una tienda de ropa a una señora, convencida de que se conocían, pero la señora no daba muestras de saber quién era, y entonces la chica insinuó que quizá habían coincidido en algún trabajo. La señora se escandalizó.

- ¡Por favor! -dijo- Yo no he trabajado en mi vida.

al margen de la connotación clasista de la respuesta, que la tiene, lo cierto es que esa actitud de desdén hacia el trabajo la comparten aristócratas y vagabundos, que más o menos viene a ser lo mismo. Tengo dos amigos, hermanos gemelos, dignos de una película de Lars Von Triers que con 40 años, tampoco han trabajado nunca, y no es que sean ricos, ni muchísimo menos, es que desde el principio interiorizaron la mentira del sistema, y se niegan a participar. Se limitan a vivir. Viven. No frecuentan restaurantes, ni tiendas, ni museos, no leen periódicos ni utilizan internet. No me pregunten de dónde sacan para comer, vestir y pagarse sus vicios. Lo ignoro. Probablemente ellos tampoco lo sepan, ni les preocupe, y por eso han sido capaces de mantenerse a flote. No ven la realidad desde los planteamientos convencionales, es decir, no han creído nunca en la necesidad de trabajar. Estos hermanos aparecerán en alguna novela mía, pero ahora me interesa hablar del



Últimos libros del autor:

- Cuando fuimos agua
- El cuaderno de los reflejos rotos

<http://antonioldm.blogspot.com>

Diáspora

el crepúsculo lloraba. Un cielo ceniciento, tupido, cargado de melancolía, pesaba sobre la aldea como una lápida, oscurecía sus callejuelas y desdibujaba las fachadas de las moradas.

Betty se retorció entre dolores y llantos. La habitación era como una mancha desteñida, que se parecía a la orilla de la mar cuando se enturbiaba y se aferraba a las rocas del acantilado. Un firmamento encapotado turbaba la soledad. Todo era frío, tristeza, piedras de fachadas enmohecidas, tejados chorreando el aguacero, ventanas vaporizadas y puertas curtidas por la humedad. Betty se decía así misma que cuanto más grande era un hombre, tanto mayores eran sus pasiones. No había transcurrido ni un instante, cuando el anochecer se desprendió súbitamente, sin la mutación del atardecer, como si irreflexivamente se hubiera ahogado la luz del día. En aquella aldea los minutos eran largos, pero los días cortos. El chaparrón hostigaba y el frío era ahora más vivo. Transcurrieron varias horas antes de que la tormenta detonase. Al atardecer el cielo empezó a cerrarse rápidamente, poco después una amenazante masa de nubes plúmbicas voló sobre Gortmore y disminuyó la visibilidad, hasta anteponer el horizonte ante sus propias narices.

La comadrona juraba en gaélico. Una repercusión sorda lo dominaba todo, y las salobres aguas del puerto abordaban al rompeolas. Era el temporal que arrollaba con furia ciega, arremetiendo de costado a las embarcaciones. La mar esta vez traía más ira que nunca, a causa, sin duda, de que los barcos pesqueros la habían engañado, alcanzando la protección del puerto, cuando parecía que estaba a punto de tragarlos; las fauces coléricas de la mar arremetían con rabia desmedida contra los espigones de aquel nido de pescadores. Todo el malecón era azotado por olas gigantescas, la mar llegaba hasta las primeras insolentes casas y alardeaba de su poder, las inundaba solicitando su partida de nacimiento. “Noche de perros”, dijo la comadrona como queriendo ahuyentar la soledad y el silencio, cogió el bebé en sus manos y sentenció: “Bienaventurados los que nada esperan, porque nunca quedarán defraudados”. Se levantó y sus pies descalzos se deslizaron lentamente por el oscuro pasillo. Con su mano acariciaba la fría pared trazando su rumbo en la penumbra, la sensación de estar sola la embriagaba y la hacía verse desde una perspectiva ajena a ella misma, como si fuese otra persona quien recorría aquella silenciosa y desconocida casa. Llegó a la pequeña cocina iluminada tan sólo por una tenue luz; necesitaba los tonos grises que la oscuridad le ofrecía. Abrió el grifo, mojó sus manos y sus brazos con el agua helada que golpeaba el pilón de piedra y retumbaba en la silenciosa cocina como en una nueva dimensión. Se secó las manos, refunfuño y le pidió a Edward que se acercara a la taberna ya que allí no pintaba nada.

Uivían en la casa que perteneció a la madre de Betty, estaba en el altozano a casi una legua del pueblo. Edward sacó el caballo del establo y ambos subieron a su grupa. Apresuraba el paso cuando despuntaron los primeros fognazos de los relámpagos y tras el trueno, en un santiamén, la galerna comenzó a disparar su ira. El agua de poniente avanzaba en persistentes ráfagas, remos y truenos invadieron el litoral, Edward casi no podía vislumbrar el camino, azuzó al caballo y corrió a cobijarse bajo una oquedad en el declive rocoso del litoral; allí ni todos los ojos ce-



José Enrique Canabal Barreiro



Un firmamento encapotado turbaba la soledad. Todo era frío, tristeza, piedras de fachadas enmohecidas, tejados chorreando

descabalaron y cuando la comadrona aferró el asidero de la puerta, un relámpago se ahogó en las aguas y la mente de Edward se sumergió en un mar de dudas. El suelo de la taberna era de cemento esmaltado por la suciedad y por los restos de espuma de cerveza negra. Las paredes encaladas mostraban los ladrillos a través del estuco, la suciedad le daba diversos tonos grises, que conformaban mapas y figuras imaginarias que hacían a aquella noche de lo más inquietante. Sobre la pared de la izquierda colgaban dos viejos almanaques, muy manoseados. Una tosca barra protegía a un viejo cantinero, de pelo sebo, uñas sucias y nariz aguileña. Detrás de una estantería cubierta por una tela, a la que la suciedad y la grasa la habían teñido de un color indecible, se ocultaban los ultramarinos que se despachaban durante el día. En un extremo, la báscula vigilaba a los parroquianos. La luz emanaba de un color mortecino en el que parecían diluirse las conversaciones; el humo de las

pipas de los lobos de mar y el humo de la estufa embozaban a los paisanos.

decidió enfrascarse mirando aquel paisaje por última vez, se marchaba de Irlanda. Habían transcurrido tres años desde la muerte de su amada Betty, el niño crecía robusto, se parecía a él, tenía el semblante del clan de los Morgan. Las tierras y la casa las había vendido a buen precio, con el dinero se compró el pasaje a Nueva York y le sobró algo para los primeros días en América. El trayecto de Gortmore a Galway transcurría por una tortuosa carretera, los casi cuarenta kilómetros que separaban el pueblo de la capital del condado, estaban coronados por espléndidos acantilados, al caballo le llevaría más de dos horas en recorrerlos. En aquella soleada mañana de otoño, el sol se mostraba alegre, el verde de los prados resaltaba con el festival de ocres que presentaban los árboles, proporcionando al paisaje una calidez que contrastaba con la helada agua del mar, se detuvo para retener en su retina aquel inolvidable paisaje. Aquella imagen, con su hijo en el regazo, ya nunca se borraría de su mente, siempre le acompañó y en los momentos difíciles, le daba fuerzas para seguir luchando. Aunque a veces hallaba tan grande la miseria que temía necesitar de ella.

Cuando llegaron a Galway la tarde comenzaba a caer, los rayos de sol apenas atravesaban las nubes que llegaban del Atlántico cargadas de lluvia, la tenue luz se esparcía por la ensenada y difícilmente se podía distinguir el contorno de la costa, al fondo, entre suaves montañas, el cielo se mostraba de un gris amenazante. La tarde tenía ahora ya un color sombrío y amenazaba una noche sin suspiros. Olía a sal y a brea; al fondo divisó una cortina de lluvia que avanzaba, pronto diluviaría a cantaros, el resplandor de las tenues luces de los barcos del puerto iluminaban las rachas de agua, que brotaban torrenciales del techo estelar, la mar rompía violenta contra el espigón y oleadas de espuma azul se esparcían por el muelle y se confundían con la lluvia, que furiosa repiqueteaba contra los charcos. Levantó la cara y dejó que el agua le cegara y discurriera libremente por sus mejillas, quería que aquel instante se grabara en su corazón. El frío y el recuerdo de Betty solidificaban su rostro y un gusto salobre sellaba sus labios.

El niño comenzó a llorar, tiritaba de frío, Edward decidió buscar una posada para pasar la noche, a la mañana siguiente embarcaría en el Liverpool, un viejo carguero reconvertido para llevar pasaje en sus sollados. Llovía sin parar, con rabia. El viento aullaba fuerte del nordeste, era muy húmedo, amenazaba tormenta y las gaviotas volaban haciendo órbitas sobre la aldea, sin aventurarse a salir a la mar. Había luna nueva y con ella llegaban las grandes mareas, los marineros conocían que el viento del noroeste siempre enfriaba las aguas, al mismo tiempo que les traía lluvias. En ocasiones como aquella, provocaba los grandes temporales del invierno, atraía hacia la costa los bancos de pesca, pero los barcos estaban de arribada y no podían salir a la mar a pescarlos. El clima sellaba sus vidas. En la aldea había muchas viudas y huérfanas, ataviadas de negro, llevaban desde que las engendraban el luto, que la mar demandaba ávida de tributo, bien por su padre, por un hermano o por el marido, o por algún hijo, o por todos, si vivían lo suficiente. Los hombres no nacían cuando sus madres los parían, sino cuando lograban cumplir sus sueños y en aquella aldea, muchos nunca lo lograban.

<http://www.joseenriquecanabal.com>



Últimos libros del autor:

- Marea Baja
- El Vidente
- Luna de hojas muertas
- Rescoldos



La máquina que da sentido al mundo

Jorge regresa a casa

Aún no había pasado el cartero cuando sonó el timbre del zaguán, de ahí que a Charo Delas la engañase la costumbre sin mayor oposición, y sin descolgar el teléfono abriese la puerta por la que entró Jorge limpiamente, ufánamente, ahogado y ahogando a los espíritus del aire con su recalitrante aroma de agua de colonia a granel que lo delataba, y por el que lo reconoció, todo hay que decirlo, desde la cocina, donde fregaba los vasos del desayuno, los cuencos, el cazo de hierro esmaltado, y mientras se fumaba el dolor de la soledad con un Fortuna moribundo, se volvió y le dijo:

—¿Jorge? Has llegado tarde al desayuno, ¿me oyes? Aunque parece estúpido que te lo recuerde.—Estaba cerca, en cualquier momento aparecería en el umbral de la cocina; ya el oxígeno lo había devorado el agua de colonia. Entonces insistió: —Dieciséis años, Jorge: te los voy a resumir todos en un minuto. Pero pasa, Jorge, pasa...

— ...

El informe oficial

El abajo firmante, oficial de número al servicio de la Policía Nacional, con destino en (...), que en cumplimiento de la orden (...) de (...) de marzo de (...) dictada por su Dirección Territorial actúa en calidad de agente judicial a su servicio, y por la que se le requiere información relativa a los movimientos de Jorge Ferrero Ochandía, de 46 años,

EXPONE: que siendo las 9,30 de la mañana del día (...) de octubre de (...), se dirigió a su domicilio familiar, donde su esposa le abrió la puerta sin preguntar, motivo por el que se entiende que esperaba a esa hora su regreso. No se oye posteriormente ningún altercado, por lo que se confirma mi tesis. Unos minutos después, varias vecinas entran en el domicilio, seguramente para celebrar la vuelta del susodicho.

Corrillos en el parque

Tío, es que ha sido muy fuerte, es que no te lo crees hasta que no lo ves, porque es tela de fuerte, tío, mi vecina, la que está liada con el Jenri, que va esta mañana y le aparece el maromo, tío, el que habían metido en el trullo hace un huevo de años, que ya pensábamos que estaba en el otro barrio, pues que va y que se viene otra vez con la tía, tío, así de fuerte, y la tía se habrá cagado y claro, le abre y lo mete padentro, qué mierda mundo, tío, ahora que a la piba le iba bien con el Jenri, es que es muy fuerte, joder, cuando se entere el Jenri...

Hijos de Bukowski

En la ventana la mujer mordisquea la boquilla del último cigarrillo. Un coche hace sonar el claxon porque a otro imbécil no se le ocurre nada mejor que parar su coche en el centro de la calle. Del coche baja una vieja que apenas coordina sus movimientos. En la acera la está esperando un negro con una silla de ruedas. El del claxon escupe por la ventanilla y vuelve a pitar. Luego se asoma y maldice a la puta vieja, el puto tráfico, la puta calle de siempre. Hoy tampoco cumplirá con los objetivos de la empresa.

Por la acera se acerca un hombre con un aire que a la mujer le resulta familiar. Da la última chupada, lanza el cigarrillo al vacío. Lo mira.



Santiago García Tirado



ANA GUILBERT

No puede ser. Lo vuelve a mirar, mierda, dice, mierda, mierda, no puede ser. Suena el timbre. Puta mierda, dice, pero abre.

Ahora volverá a entrar como siempre hacía, se dice a sí misma. Le pedirá la cerveza, y esperará que esté muy fría, o se la tirará a la cara como siempre. Es una costumbre de hombres. No la borran dieciséis años. Ni la cárcel. Corre a la cocina, abre la nevera, mierda, dice, no queda una puta cerveza, ni una puta cocacola, nada. Al menos queda un culo de Jack Daniel's en la botella, mejor tenerla a mano.

Ya ha llegado. La mujer no lo mira. El hombre se rasca la entrepierna y abre la nevera. —No hay nada. No tengo dinero. Hace dos semanas que no trabajo— le advierte. El hombre revuelve los estantes donde se pudren unas latas. Da un portazo. Luego encuentra la botella de whisky, la coge, se la bebe a morros. —Putá—, le dice en tono abrupto. Luego cambia el tono y añade: —Tengo sida. Por qué crees que me han dejado salir.

Sindicalistas

Compañeros y compañeras: hechos como éste se repiten con demasiada frecuencia, y ya es hora de tomar cartas en el asunto y concienciar a las mujeres de que ése no es el camino. No. La coyuntura actual no es otra cosa que el resultado de la presión mediática en favor de la figura del patriarca que tanto le interesa recuperar a las fuerzas conservadoras. La consecuencia es otra vez la violencia de género, y la única forma que tenemos de combatirla es diciendo no a los agresores. Ni un paso atrás, compañeros y compañeras, ni una claudicación

más en esta lucha secular frente al machismo. La coeducación, la paridad en las tareas domésticas, y la progresiva incorporación de la mujer al mercado laboral son las vacunas para enfrentarnos a esta lacra histórico-machista-reaccionaria que conculca la razón de nuestra dignidad.

Sociedad de la información

RECLUSO CON PERMISO PENITENCIARIO ASALTA UNA CASA PARA ROBAR TOMANDO COMO REHÉN A UNA MUJER Y A SU HIJA DE 5 AÑOS.

Agencias: Sobre las 9,40 de ayer jueves, J.F.O., de 46 años, se dirigió a los lugares habituales de aprovisionamiento de droga en el extrarradio de la ciudad, aprovechando un permiso penitenciario de cinco días que su director solicitó en honor a su buen comportamiento. Al ser descubierto por un agente de policía camuflado de yonqui, salió corriendo en dirección a la calle (...), entrando en el primer portal que encontró practicable y atrincherándose posteriormente en la vivienda de R.D., de 41 años.

Allí permaneció varias horas, mientras las vecinas trataron de amenazarlo con objetos contundentes y armas blancas desde el exterior de la puerta, a la vez que lo increpaban arduamente con intención clara de presionarlo para que declinase su actitud.

En un momento tenso intentó forzar a las fuerzas del orden amenazando con lanzar al vacío a la niña pequeña si no se cumplían sus condiciones, es decir, se le daba un kilo de cocaína, un pasaporte y un coche con el depósito

<http://santiago-tirado.blogspot.com> • <http://www.garciatirado.es>



Último libro del autor:

- Un preso que hablaba de Stanislawski

llo. Los Geox consiguieron liberar a la niña, mientras las vecinas despistaban al recluso con sus amenazas. No pudieron evitar que la mujer fuera violada en repetidos intentos.

Al final, el recluso consiguió escapar por el patio de luces, aprovechando su conocimiento de este tipo de conductos. La mujer, que no quiso ser trasladada a ningún centro médico, se recupera al parecer con normalidad.

La policía acordando la zona y ha dado parte a Interpol y a los medios de comunicación. El grado de alelta es máximo y se recomienda no salir de sus casas a las personas hasta nueva orden. La orden ha sido mandada por la policía nacional y el delegado del gobierno del estado español.

Pensamiento positivo

La noticia de que un hombre, aprovechando un permiso penitenciario, asaltaba esta semana una vivienda y utilizaba a una mujer viuda y a sus dos hijos como rehenes, ha puesto otra vez en el candelero a nuestra justicia y su sistema de permisos penitenciarios.

Cabe primero preguntarse con qué fin la sociedad construye una cárcel. Y yendo más allá, cuál es el diagnóstico que se le asigna en nuestra escala de valores al delincuente: ¿es el ser humano bueno por naturaleza, pero se

corrompe por el abandono y la desesperación? ¿Hay esperanza para quien, tras haber delinquido, decide rehacer su vida?

En primavera, cuando las aves migratorias retornan desde África en esas nubes inmensas y cambiantes que son sus bandadas, sus familias, uno las mira sin poder esconder una mueca de sobrecogimiento. En la nube hay miles de pájaros, sus alas se agitan a una velocidad pasmosa, los hay de diversos tamaños y sexos, pero forman una sola nube. Ninguno piensa en negativo. Todos buscan de alguna forma el bien común, ¿cómo? renunciando a su propio espacio, a su propia velocidad, a su propio beneficio. "La bandada es la familia. No lucho contra ella", dice cada uno.

Pero la familia también es útero, es lugar de protección, de seguridad. Este hombre de vida lacerante, después de años aprendiendo la importancia del interés propio, el espacio propio, sale de la cárcel ¿y qué busca? Una familia. ¿No es hermoso? ¡Una familia! Lo mismo que tú y que yo, porque es uno más entre nosotros. ¿Le vamos a negar su sitio en la bandada? Mirad al cielo en primavera. Y cuando veáis que vuelven las bandadas de pájaros del sur pensad con lágrimas en los ojos cuántos hay cerca de vosotros esperando que les hagáis un hueco a vuestro lado, entre vuestra bandada.



Charito aprende a hablar

Mi papá se yama Jage, y ma traía dos muñecas Babi rubias, como mi mama, y... y... luego después vamo ir al Carrefour, que me lo ha dicho, esta es, esta se yama Yeni, no Yeni es estay sistá ya, me va comprá un Ken dentista, con su perrito y tó... porque... porque... ¡que tú no lo sabe! qua volvió porque... porque.. sabía ío a trabajá mu lejo... una Babi rubia, miiiira. En mi casa tengo oootra. Esta se yama Keli. Dame.

ANA GUILABERT

Cura de tiempo:

Debió de ser temprano, por lo que siempre oí contar. La mujer se ocupaba de la limpieza, recogía la colada, cuidaba de su niña. Hacía lo mismo que todo el mundo todos los días, pero con urgencias, porque la hora se le echaba encima casi siempre, y por la tarde entraba a trabajar en un locutorio. Entonces fue cuando sonó el timbre, pero el timbre también era parte de los ruidos cotidianos. Así que abrió sin preguntar.

Oyó cómo los pasos se aproximaban subiendo las escaleras, pero no se asustó. Descartó enseguida la posibilidad de que fuese cualquier otra de las interrupciones que llenaban las mañanas grises de cada día, pero tampoco era fácil que se tratase de una amenaza. Los pasos se detuvieron delante de su puerta, y alguien llamó golpeando con los nudillos. En ese momento sintió una náusea que nacía de alguna treta del recuerdo. Esa forma de llamar sólo tenía un nombre, y era casi imposible que esa mañana, a esa hora, después de todo: sin embargo abrió.

Y entró otra vez, él y su insolencia de siempre. En medio quedaban dieciséis años: los que contaban desde la mañana en que se marchó a trabajar y no volvió nunca.

Dio un vistazo a la cocina, se quedó mirando algunos cromos que adornaban el pasillo, pidió un vaso de agua. Luego se apoyó en la encimera y se cruzó los brazos para filosofar mejor. "Está todo igual", dijo, y añadió: "menos tú". Con el cuchillo de sierra en la mano, y el cigarrillo en la otra, la mujer tomó asiento en una silla. Dio una calada, depositó la ceniza en un platillo. Luego lo desprecó con una pena fatigosa: "Tu espejo te dice lo mismo todos los días, ¿verdad? Pero ya ves que ahora pareces un cochino por san Martín. Te has quedado calvo, y te cuelga la papada, Robert Redford". "Me quiero quedar", le contestó el hombre, y añadió, más por aclarar intenciones que por reproche: "Me han dicho que tienes un hijo". "Una hija", rectificó la mujer, "y es muy pequeña". Luego de otra calada añadió: "No tiene padre".

El hombre se levantó, abrió la nevera y hurgó entre los estantes hasta que encontró una lata de cerveza. La abrió y volvió a sentarse.

No miraba nada, ni siquiera a la mujer. Bebió un trago. Bebió dos. Entonces se confesó, algo menos entero: "Y yo no tengo mujer", bebió otro trago, se remangó la camisa y se deshizo en un suspiro. Luego se incorporó y dijo: "Yo a comprar el pan, y algo de comer. Habrá que comer, ¿verdad?".

Con su andar a la deriva volvió a recorrer el pasillo, mientras miraba uno tras otro los cromos de las paredes y los retratos familiares, achicando los ojos como si el recuerdo lo fustigase. Cuando salió por la puerta apenas hizo ruido.

Es asombrosa la desfachatez de la vida, y la facilidad con que apaga el ruido de dieciséis años. El hombre y la mujer inventaron un mundo nuevo y otras razones. Fueron padre y madre para una niña que siempre los tuvo a ambos como padre y madre. Fueron, además, amantes a la retrechera, escondiéndose en la oscuridad de las noches y las habitaciones cerradas para poder perdonarse un amor que les parecía sucio. Pero se amaron.

Un día cerraron la casa para matar de una vez la rutina, y se fueron a la buena de Dios, sin planes ni cartas. Habían soñado siempre con otras risas, otra lluvia, otras calles, otro pan, y salieron en su busca. Su nuevo domicilio fue el mundo entero, y allí marcharon con el juramento hecho de no volver hasta que el cansancio o la melancolía se les atravesara en el camino. Y eso no fue hasta que la niña que llevaban consigo cumplió los dieciocho años, y dejó de ser niña.

Mamá me contaba estas historia muchas veces. Pero muchas más me sentó en sus rodillas a describirme cosas imposibles, como el color del cielo en los campos de Bretaña, o la variedad de dorados que se acumulaban en el otoño de los bosques a orillas del Danubio. Me daba igual lo que me contara. A veces se reía describiéndome cómo vestían las monjas en Lombardía, o se volvía taciturna dibujando el fin de una jornada de trabajo en Bélgica. En sus labios todo era grande y hermoso, todo. Incluso la tristeza.

Mi madre siempre dijo que a mis abuelos les debía el espíritu tierno que le permitía soñar. Yo siempre le perdoné sus efusiones, porque una idiotez así la dice cualquiera cuando juega a volverse niño y se entretiene en hilvanar historias de antepasados.

Sin embargo a mí me gusta la historia de mi familia, tal como me la contaba mi madre. No es original, es cierto, pero me gusta.



ANA GUILABERT



Extraña noche en Linares

Cuando por fin me dio igual lo que os pudiera suceder, cuando el presente dejó de interesarme y busqué la belleza en nuestras historias pasadas y comprendí, como el que buscó la grandeza de Roma, que huyó lo que era firme y solamente lo fugitivo permanece; cuando cansado de mí mismo y de todos vosotros, jugué a ponerme el alma de los hombres que nunca seré, y ni eso me llenó, volví a la tierra de los abuelos, con aquellas sonatas en la maleta en las que aprendí la necesidad de despreciar a los demás y no apreciarse a sí mismo, con las drogas legales e ilegales que hacen soportable tanta grisura, y encontré la casa blanca, de rejas de hierro forjado, pintadas de negro, con los naranjos en la acera recién barrida, de aquellos hombres que dieron vida a quienes me la dieron, aquella casa que quedó desprestigiada y vacía tras los supuestos amores que un bisabuelo tuvo con dos hermanas de las que era primo, y que le hicieron dejarlo todo para ir al Buenos Aires que todo lo acogía; la ciudad del café Tortoni, en la Avenida de Mayo, de la confitería Las Violetas, de las tertulias de Borges, Alfonsina Stormi o Roberto Arlt. Buenos Aires de pecado y pecadores. Frontera sur entre la civilización y la nada.

Vender la casa de Madrid, aceptar no ser el primero entre iguales, vivir de las rentas con estrecheces y paz, fue difícil. No más gastos innecesarios; más vida, pero interior, era la determinación. Nada original, también los animales vuelven a su madriguera, a su escondrijo. Alejarse del mundo aunque se viviera en él. Limpié la casa de la que era, por desinterés de todos los demás, el único heredero; restauré algún viejo mueble, cambié el espejo de un antiguo armario por otro con azogue; desenrollé, limpié y acomodé en el salón orientado al oeste la vieja y gastada alfombra de lana estilo Carlos IV de la Real Fábrica de Tapices, y junto a él puse la olvidada pareja de butacas Art Decó en madera de nogal, víctimas del desinterés de mis pocos familiares, tan lejano y olvidadizo, y de alguna carcoma pasada y ya muerta. Esa sala sería el lugar en que leer tranquilo, en aquella calle secundaria, de naranjos, deslumbrantemente limpia, de la pequeña ciudad otrora minera. Poco más tenía la casa: una bañera grande, una cama Carlos IV en madera de nogal del siglo XIX decorada en marquetería en un óvalo con escena de ruinas clásicas y remates a modo de jarrones, una biblioteca colonial en madera patinada... cosas viejas, carentes de atractivo para la mayoría. Nadie culpaba a mi familia de cambiar la herencia por el fulgor vacío de lo nuevo.

Un café con leche y unos churros por la mañana; alguna salida a mediodía a buscar un gazpacho, unas gachas, un ajo blanco, unos andrajos, un remojón, o unas migas; y si me sentía especialmente predispuesto, unos dulces de las Carmelitas Descalzas alguna tarde, eran mis pocas escapadas. Generalmente un poco de pan con aceite y sal era mi mejor sustento. Con el pequeño patio de naranjos y su fuente, la música y los libros, no necesitaba el mundo exterior. Alguna huida hacía, para buscar proveedores de drogas, pero poco más. La mirada extraña y curiosa de la gente sin ocupación me desagradaba. La revolución industrial y la globalización económica habían dejado muertos en vida, desocupados, a los hombres adultos. Por las mañanas disfrutaba en el patio del sonido del agua al chocar con la piedra; por las tardes, me resguardaba de la realidad en la habitación oeste.

Pero este eremita dejaba el refugio de cuando en cuando. Gustaba de los paseos por las viejas minas, ir al límite del territorio entre



Miguel Ángel de Rus

Linares y Guarromán o hacia La Carolina; leer entre las ruinas siniestras y acogedoras un libro de Villiers, Potocki, Cazotte o de Choderlos de Laclos. En ocasiones mi alma necesitaba de las drogas para relacionarse con la realidad. Me interesaban más los sueños que lo vivido. El peyote, los porros, algún buen coñac, ayudaban a mi alma.

Como resultado curioso de mi decepción de la realidad tenía una personalidad bifronte en la que convivían el interés por lo que pudiera traer el futuro, o por mejor decir, la ciencia, –nada más, no había otro futuro– y la inclinación por las bellezas del pasado. ¿El presente? Quién sabe. Recién asentado en Linares recorrí los olivares y las minas que tanta riqueza dieron, de tierras como recién salidas de los bombardeos de una guerra, con algo espectral; la mina San Miguel, la Fundición San Luis, la Mina el Mimbres, el Lavadero de Arrayanes, el Pozo de la Unión, la Mina de Pozoancho, lugares todos cuyos

todavía las inmensas chimeneas. Me pareció en su decrepitud adecuada para mi estado de ánimo. Según me comentaron tomando el café con churros de una mañana cualquiera, trabajaron en ellas cartagineses y romanos y llegó a tener más de cien varas de profundidad.

Algunas minas tenían colonia alrededor, casa del médico, iglesia, colegio, de las que apenas quedaban ruinas sin interés para aquella gente y que algún lejano día despertarían el interés de algún investigador.

Me introduje por la boca de un túnel para ocultarme de la vista de un grupo de chicas jóvenes que se divertían paseando por aquel espacio poco hospitalario. Quería que mi experiencia fuera personal, no de grupo. Debido a que en mi mochila llevaba todo lo necesario, acababa de tomar un poco de té de peyote, me juraban que importado de Texas, que llevaba en un termo.

Los sueños, solo, pensé.

Dado que en infusión el peyote, dicen, es diez veces más efectivo que masticado, comencé a hacerme un efecto nada desagradable tras apenas tres cuartos de hora de contemplación dichosa del crepúsculo. Quizá algo menos, el tiempo se diluía en el aire, se alargaba y contraía. Mentalmente, di gracias a Artur Heffter por aislar la mescalina y le desee una larga vida eterna. Hay vidas eternas cortísimas.

aciertan quienes afirman que el peyote ocasiona alteraciones en la conciencia y en la percepción, principalmente en el plano visual, que provoca, en expresión no exenta de cursilería, fantasmas sensoriales, que lleva al consumidor a un mundo nuevo de sensibilidad e inteligencia, y facilita gozar de un juego caleidoscópico de visiones coloridas de inmensa belleza. Todo era evanescente y grato. Me introduje en el túnel, pasé junto a una planta y la saludé, éramos iguales en el mundo. Me sentí más erecto que de costumbre, menos cercano a los primates y más a los seres superiores. Era una parte de un todo más grande. Las sombras que proyectaban los árboles debido a la luz de la luna parecían propias de seres míticos. Habitualmente la cresta de la experiencia llega cuando han pasado entre tres y cinco horas, así pues, tenía una larga fiesta por delante. Larga, sin duda, pensé al encontrarme entre luces refulgente a dos mujeres sutiles, bellas, casi translúcidas, al profundizar en el túnel.

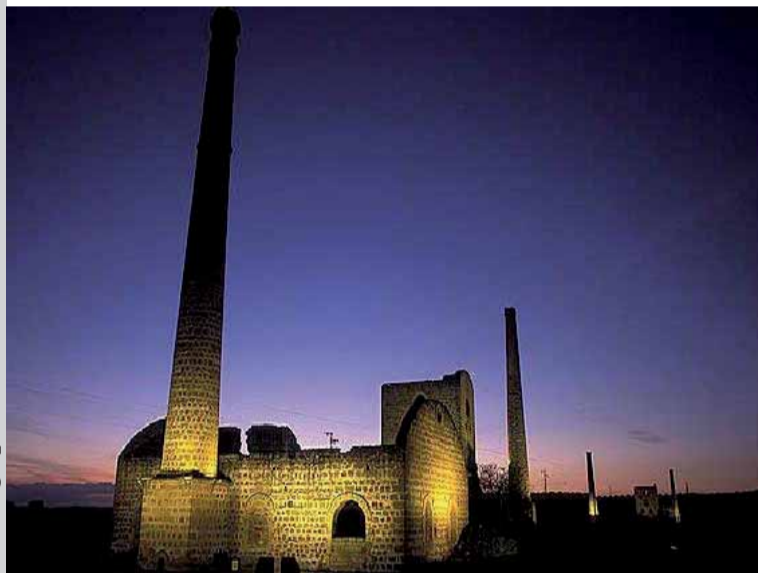
¿De dónde había salido aquella luz? –me pregunté, para sorprenderme al rato de mi duda por no haberme extrañado de la presencia de las mujeres.

Iban vestidas de un modo anacrónico, como salidas de un grabado romántico alemán que pretendiera reproducir la lejana y exótica Andalucía. O como alguna de esas modas que cíclicamente imitan aquellas ropas lejanas. Una fina cadena de oro atravesaba cada frente, las muñecas llevaban livianas pulseras también de oro, un colgante fino y brillante descendía desde cada cuello al nacimiento de sus senos y se perdía en el nacimiento de los escotes, incitando a seguirlo con la mirada.

–Que mi alma, en el caso de existir, se condene si no os he visto cientos de veces en mis sueños. –Dije sin saber si vocalizaba o si las palabras se arrastraban entre mis dientes. –Vosotras no lo sabéis, pero sois parte de mi vida. Creo.

–¿Te resultamos familiares? –Dijo una de ellas con un aire encantador, entre el sarcasmo y el amor adolescente.

–Mi código genético os recuerda. Sois hembras ligadas a mí por las hormonas de uno de mis antepasados. Habéis sido mis amantes por



Este eremita dejaba el refugio de cuando en cuando. Gustaba de los paseos por las viejas minas, ir al límite del territorio entre Linares y Guarromán o hacia La Carolina; leer entre las ruinas siniestras y acogedoras un libro



Últimos libros del autor:

- Donde no llegan los sueños
- Evas
- Malditos
- Europa se hunde
- Dinero, mentiras y realismo sucio
- Putas de fin de siglo
- Cuentos Irreverentes
- Bäsle, mi sangre, mi alma

nombres había escuchado en la niñez y tenían algo de mitológicos, y en cuya contemplación se sentía algo entre la admiración, la añoranza y la pena de comprobar cómo lo glorioso de otros tiempos se deja morir. Una de ellas, vista con la última luz de la tarde, me subyugó; la visión casi nocturna de las ruinas de aquella mina, con las paredes de un edificio de piedra aún en pie, derruida ya la techumbre, erguidas



ancestro interpuesto. ¿Sois vosotras las responsables de que uno de mis abuelos lo dejara todo para ir a América?

—Nuestras almas y nuestros cuerpos serían ya polvo.

—¿Quiénes sois, pues?

Ambas rieron con el aire encantador de sus perfectas dentaduras blancas y su inconsciencia juvenil, como quien da la limosna de su liviandad a un pobre para que sacie su sed de ternura.

—Fuimos amantes de un conde polaco, —dijo la de tez más bruñida y pómulos más marcados— quien se inspiró en los amores que tuvo con nosotras, antes de conocer a la bella Julia Lubomirska, hija de la princesa Isabel Czartoryska, para escribir sobre dos hermanas árabes llamadas Emina y Zebedeja y sobre los amores que tuvieron con un supuesto primo, que no deja de ser él mismo. Nos amó en el Castillo de Pików, tras su regreso de la Academia Militar de Viena, y tanta fue la pasión que le dimos que ni siquiera las guerras en las que estuvo, ni los muchísimos viajes, ni los estudios, le llevaron a olvidarnos. Era un hombre sabio, que dominaba casi todas las lenguas de cultura. Siendo como éramos hijas de las gloriosas tierras de Rus, la Rus de Kiev fundada por el príncipe Oleg, nos convirtió en sus fantasías en árabes, sin duda por el influjo de las luces y los aromas de Túnez, donde el príncipe Ali-Bey le recibió en su palacio y le intentó deslumbrar con sus riquezas; por el Tetuán que le mostró el caíd que mantenía unos jardines a imitación de los de la Alhambra; y por la fascinación ante la mezquita de la ciudad santa de Kairuán. En su *Mamuscrit trouvé a Saragosse* revivió la belleza de aquellas tierras, e intentó disfrazar sus amores con nosotras convirtiéndonos en creyentes musulmanas.

—Y, sin duda, las bellezas de Sevilla, Córdoba y Granada le embelesaron tanto como el estudio de don Francisco de Goya, que llenó su cabeza de fantasías febriles que necesitó desnudar sobre el papel; —dijo con suavidad la de ojos más azules— porque igual fue lo que hizo con nosotras, al querer ocultarnos bajo la piel de dos hermanas árabes, nos convirtió en sus amantes eternas, lo quisiéramos o no, porque nada hay más a la vista que lo que se pretende ocultar y nada más eterno que lo que se ha dejado escrito, porque aún sólo vivido una vez, lo volverán a vivir cuantos abran cada libro, hasta que la Tierra se convierta en una estrella. O más allá.

—Si bien le perdonamos su primer matrimonio, nunca soportamos que fuera infiel a su recuerdo casándose con su prima, Constance Potocka.

Nos amó en el Castillo de Pików, tras su regreso de la Academia Militar de Viena, y tanta fue la pasión que le dimos que ni siquiera las guerras en las que estuvo, ni los muchísimos viajes, ni los estudios, le llevaron a olvidarnos. Era un hombre sabio

Si su historia fuera cierta, también serían polvo, me dije. Decidí hacerlas callar besando sus dulces labios mentirosos, que sabían a vino dulce y metal. Resultaron acogedores y me embriagaron en la obstinación de su entrega. El aire que pasaba por sus cuerpos se enredó en el mío y el aroma de sus entrañas pasó a mi boca, a mi nariz, a mi garganta. Y en el dulce deleite del dejarse ir de nuevo en un cuerpo conocido —porque sentía conocer aquellos cuerpos y aquellas almas como si se hubieran encontrado reiteradamente en el transcurso de los tiempos— me deshice y me entregué, con al extraña sensación de no saber si lo vivía, lo soñaba o lo recordaba. Y todos los momentos confluyeron en uno al salir de mí.

—La vida tendrá muchos azares, pero siento que nací para este momento— dijo la menor, desde la suavidad glauca de sus ojos perversos, inocentes y soñadores.

—Quisiera ser un gato y ronronear, dijo la de tez bruñida y olor profundo.

mi alma se recomponía y volvía en sí. O eso creía. Decir que mi asombro creció sería minimizar hasta el ridículo lo que sentí; había yacido con quienes habían sido amantes de uno de los más grandes hombres de letras de todo los tiempos, amigo nada menos que de Choderlos de Laclos y de Cazotte. Y yo había poseído a las mujeres que habían hecho feliz y nostálgico a tan egregio hombre, yo, sin ser nada, piedra pequeña del camino, polvo zarandeado por el viento. O quizá no,

quizá me había unido a aquellas primas de mi abuelo. Las miraba y sus cuerpos, desdibujados entre una niebla espesa y dulce, se movían con suavidad. La mayor extrajo de un pequeño bolso una píldora que me dio y que tragué con ayuda del agua de un arroyo subterráneo que no había visto.

—¿Y este agua? —dijo somnoliento.

—Su curso nos lleva. Dejémonos mecer en su lecho.

Val meternos en su cauce, el agua nos llevó hacia una entrada horadada en lo más profundo de la piedra. Flotábamos sin esfuerzo y nos dejamos deslizar hacia una sala de una extraordinaria belleza, improbable, como las descubiertas en mis mejores sueños.

—Miras con asombro y es normal. La construyeron los tatarabuelos de los tatarabuelos de nuestros tatarabuelos, uno mudéjares descreídos de toda fe y llegados a la convicción de que sólo por el arte merece vivir. Goza de la filigrana y la incrustación decorativa del arte islámico influido por la belleza gótica; estás en el Jardín del Paraíso de los no creyentes, un oasis de palmeras de piedra y oro que rodean un inagotable manantial, contempla y extasiate con las incrustaciones que decoran los arcos y techos de este palacio subterráneo, premoldadas en yeso y encajadas en las esquinas de la gruta para crear el efecto de estalactitas, siente el arte que te han legado los siglos y que no es dado ver a los demás. Más de un siglo trabajaron diversas generaciones de antepasados para crear una belleza eterna.

—Olvida las bellezas a la moda de tu época, creadas para no subsistir, y goza de la belleza eterna, escondida y de imposible acceso. Lo que ven todos no merece la pena ser visto, lo efímero nace muerto. Esta obra ha sido creada para gozarse hasta el momento en que estalle junto al planeta. Incluso entonces, desaparecida para siempre, seguirá siendo eterna.

dio una palmada y desde detrás de una columna en forma de palmera apareció un hombre de tez extremadamente oscura y vestido con algo similar a una toga que nos trajo una bebida que, según afirmaron, era un té, aunque su sabor amargó me recordó el del peyote. Consumidor esporádico de noradrenalina, de la que afirman que produce alteraciones en la conciencia y en la percepción, sentí al beber aquella infusión un efecto similar al que el peyote me produjo en otras ocasiones, por



mucho que los labios de las dos muchachas lamieran los míos y quitaran el amargor de mi lengua. Sentía cómo me aumentaba el ritmo cardíaco y respiratorio, cómo se dilataban mis pupilas, pero hubiera sido incapaz de decir si estaban producidos por el brebaje o por aquellos besos que me hicieron perder el control de mis nervios y verterme en cada una de las hermanas, para sonreír después con la inocencia y la dicha del niño.

emití un sonido similar a un ronroneo cuando, pasado el placer, con las ideas y las formas densas, cuatro de aquellos siervos negros nos subieron en algo similar a un lecho con dosel y nos llevaron por una gruta que profundizaba en la piedra, negra y brillante. Cuanto más profundo era el camino, más sensación de haber vivido algún momento similar se arrastraba por mi cerebro.

La salida del túnel daba sobre los últimos tejados de un pueblo blanco construido a los pies de una montaña. El aposento en que nos dejaron resultaba parecido al de las cuevas del sacromonte; las calles, de un material similar al barro cocido, presentaban una hendidura en el medio.

—Los romanos —dije con voz pesada a las dos beldades— incorporaron a sus ciudades, además de las redes de abastecimiento de agua potable, una red de colecta o saneamiento. Este canal es, sin duda, uno de ellos. Para las aguas residuales.

Me miraron con un gesto que nada tenía que ver con el gozo que antes sintieron y me hicieron sentir. La más bruna habló con entonación propia de un Señor antiguo.

—Por aquí vierten líquidos, sí, pero no los que tú crees. Te hemos traído para que veas los frutos verdaderos de tu sociedad y tu religión. Mira en la calle, al doblar la esquina. ¿Ves? Dos hombres pelean por una herencia. No vencerá el más justo, sino el más fuerte.

La faca de uno de ellos, en ese momento, atravesó el hígado del otro, que se dobló sin sentido, mientras su alma salía por la sangre que manaba de la herida. El choque se deslizó sobre el barro cocido, hasta llegar al canal de saneamiento.

—Por Dios, —dije espantado y confuso, como si las ideas llegaran a mí por un mar espeso, mucho tiempo después de intentar nacer en mi cerebro.

—Sí, menciona a tu Dios, el dios que permite que este sea el país en que se matan los hermanos. Cuando los romanos, de quienes sois hijos, usaron este sistema para habilitar los terrenos bajo las colinas del Capitolio y del Palatino que lindan con el Tíber, y posteriormente el Campo de Marte, sabían que durante milenios, los hijos de la guerra seguirían manando sangre.

—Por mi patria y por mis fueros —gritó más allá un ser bestial que llevaba la cabeza cubierta por una ancha boina negra. Y al disparar, la sangre de los muertos que él mató corrió hacia el canal y se perdieron por una cloaca. Un hombre acuchilló a su mujer y su sangre descendió en torrente; una mujer hizo que su chulo matara al hombre que había tomado en el altar, ante su dios. La sangre corría en ríos.

—Este es tu mundo; no el de los placeres que te damos, no el del amor incestuoso, perverso, prohibido y perseguido que te profesamos, es el mundo de los ambiciosos, los sádicos, el mundo de los hombres libres que gobiernan el mundo, mira como todas las sangres fluyen en torrente hacia la Cloaca Máxima, esa cloaca que haría la envidia del mismo Tarquinio el Soberbio. Mira el toro que persiguen, apedrean y acuchillan los muchachos del pueblo, esas bestias sanas, analfabetas y felices, mira el reguero de sangre.

Hubiera jurado que estaba, por fin, loco. Quería hablar pero la evidencia cerraba mi boca.

—Mira el señor poderoso bajo palio, dando órdenes de matar... mira cómo vuestro Santo

Padre le besa el anillo. Mira y decide si este es tu mundo o lo es el del amor perseguido, el de quienes dedican su vida a crear belleza. Mira en tu interior y decide si eres sangre de nuestra sangre o sangre de un pueblo que la vierte en las acequias. Mira las cloacas trazadas siguiendo los ejes de las calles, mira cómo se anegan.

Una gitana vieja, gruesa, surcada de arrugas y con las canas recogidas en un moño, salió de una de las casas con un gallo en una mano y un cuchillo en la otra, miró al sol, se volvió y levantó el cuchillo sobre el animal. Sentí repugnancia y mis adorables amigas lo observaron.

—Ha venido a vivir a una casa nueva, es habitual sacrificar un gallo, con cuya sangre se regarán las estancias en las que van a vivir las personas y los animales. Así invocan la protección sobre ellas.



Me levanté con dificultad, anduve hacia la salida y el sol de la tarde me deslumbró. Me encaminé, pesado, hacia Linares, la mancha blanca que se podía ver a lo lejos.

—Luego irán a misa y con el dinero que han ganado mendigando o robando y darán una limosna a los santos para que los protejan.

Era todo tan real que producía espanto.

—¡Sacadme de aquí! —grité.

Era un pueblo blanco, ordenado, bello, de calles empinadas, flores en las ventanas, paredes encaladas, donde se podía escuchar el canto de los pájaros, pero era terrible, como si le hubieran quitado al decorado los velos que ocultaban parte de la realidad. Veía demasiado claro. Era el problema; demasiada luz.

—Llévame a la gruta de nuevo.

Los negros nos alzaron; caminaron hasta la última casa del pueblo, nos subieron hasta el tejado más alto y nos encaminamos a la entrada de la gruta. Al mirar hacia abajo, la reverberación del sol hacía ver el pueblo como entre brumas. Subí por la gruta como pude, trastabillando en ocasiones porque mis ojos no se habían acostumbrado a la oscuridad.

—¿Por qué me habéis traído hasta aquí?

—Barboteé casi sin resuello.

Una de las hermanas me dijo dulce —Porque a todo hombre le llega la edad de conocer la realidad. No la realidad que le muestran, sino la real. —Y sus palabras me desconcertaron y humedecieron mis ojos. Estaba tan turbado que llegué a la sala en la que nos habíamos entregado, sin darme cuenta del camino andado, y me dejé caer en una alfombra persa digna de ser pintada por Giotto, aunque esta

estaba en el suelo.

—Descansa —dijo una.

—No descanses —reconvino la hermana —ya tendrás tiempo eternamente.

—Sois las primas de mi bisabuelo, las hermanas que compartieron su amor, las que le hicieron huir a la Argentina. —Hablé en un delirio. —Tenéis cuentas pendientes con él y queréis que yo las pague.

—Descansa —dijo una.

—No descanses, ya tendrás tiempo para descansar eternamente.

hubiera querido besarlas, pero no tenía fuerzas físicas ni ánimo. Sentía temor al mismo tiempo que un juego caleidoscópico de visiones de colores refulgentes, comprendía que las vivencias de aquella extraña noche en Linares tenían un gran significado y que no estaba siendo capaz de captar la totalidad de su importancia. Y me dormí tomando conciencia de un punto por el que manaba una brillante luz blanca, un punto que me atraía, como la luz que entra desde la boca de una gruta.

Cuando desperté en la gruta, si es que aquello fue despertar, me encontré tumbado a poco más de un metro del grupo de chicas que había intentado evitar. Vestían faldas y blusas vaporosas y tenían rostros serenos y felices. Las miré con extrañeza, sin saber distinguir si eran reales o producto de mi imaginación.

m Me levanté con dificultad, anduve hacia la salida y el sol de la tarde me deslumbró. Me encaminé, pesado, hacia Linares, la mancha blanca que se podía ver a lo lejos. Sentía mi cabeza pesada y una idea absurda se repetía; me había entregado a las amantes de mi bisabuelo. Qué estupidez de idea, me dije, y qué obsesiva.

Al entrar en Linares vi entre las primeras casas una tasca oscura y de aspecto no muy limpio. Entré y me dejé caer en una silla de anea. No podía más.

—¿Qué, calor? ¿Un vino blanco, fresquito? —Me dijo el hombre orondo y sudoriento.

Pedí una botella de agua fría y el hombre me miró de reojo, suspicaz. Bebí el litro y medio en dos tragos y pedí otra botella. Aquello pareció preocuparle. Quiso cobrarme rápido y comprendí que mi presencia le incomodaba. Pagué y me fui a casa.

el baño en la vieja y enorme bañera, con agua muy caliente, me despejé. Al salir, me puse una bata de seda, de aquellas que tenía cuando era un hombre que vivía en el mundo, y que ya no podría volver a pagarme, y me dirigí a oscuras hacia una de las ventanas que daban a la calle estrecha y blanca. Comenzaba la noche y la brisa tibia resultaba agradable. Intentaba meditar sobre lo vivido, pero no podía.

Unos pasos se acercaron por la derecha de la ventana; miré y bajo una farola vi salir de la oscuridad un rostro muy parecido al mío, al de mi padre y al de mi abuelo; con mi nariz, mi frente despejada, mis labios carnosos... pero era un hombre más joven que yo, nada elegante, de mandíbula más dura. No parecía seguro de su rumbo. Dejaron de sonar sus pasos y escuché una tos. Después, un silencio y una llamada a la puerta. Unos segundos de espera, y una nueva llamada, más firme.

Me había apartado de la ventana, con el corazón palpitando a toda velocidad. Escuché de nuevo unos pasos y comprendí que había metido su rostro por entre las rejas. Volvió a toser, masculló un "vaya" y los pasos se alejaron.

Pensé en aquellas dos hermanas, primas de mi abuelo, en todo lo ocurrido la noche anterior, en la mina, y supe que ya nunca tendría descanso.



Crítica literaria

por Eduardo Campos

13 para el 21

Varios autores Irreverentes

Original título para una agradable recopilación de lo más nuevo e interesante que está llegando en el panorama actual de la literatura castellana. Buena continuación para la Antología del Relato Español. Sin tanta presencia como en el primero, pero no por ello menos profundo y de calidad. En los relatos de este libro hay diferentes líneas; están los relatos transgresores e inteligentes de Cesar Strawberry (al parecer cantante de Def con dos), un relato muy ágil y bien escrito con ZP y el tabaco; Juan Patricio Lombera se burla de la muerte con un texto cargado de vocablos propios del argot mexicano; los intimistas de Francisco Legaz quien a través de la música hace un canto a la literatura y otros como Carmen Matutes, Isabel María Abellán y José Antonio Rey que buscan en historias cercanas, en ocasiones en ambiente urbano, en otras con ambiente rural, relatos en los que los sentimientos se unen al individualismo y a la arrogancia.

Son todos buenos relatos. La selección es muy fina y combina escritores habituales en Ediciones Irreverentes y otros son de nuevo cuño, unidos definitivamente a la causa según el editor. Alvaro Díaz Escobedo relata con un estilo clásico y otros son más libres de prejuicios y vanguardistas como los de Santiago García Tirado, Isaac Belmar y Miguel Ángel Oeste, en algunos momentos con influencia cinematográfica. A destacar el relato transgresor de Rafael Domínguez en el que nos estructura a la Iglesia perfectamente y con una gran visión empresarial. Un buen relato que nos muestra la gran calidad de este autor para este tipo de literatura. En definitiva, los autores gozan y nos hacen gozar con sus escritos.

Es destacar el estupendo prólogo realizado por José Enrique Canabal; muy culto y con gran profusión de citas y referencias de autores fundamentales de la literatura contemporánea. Toda una presentación de lujo en un papel ingrato para un escritor de su talla en el que transmite todo su saber y pensar.

Al igual que comenté con la Antología del relato español esta es una obra indispensable en cualquier biblioteca y su edición muy oportuna en este momento.



El pedestal de las estatuas

Antonio Gala

El descubrimiento de unos cuadernos desconocidos de Antonio Pérez, famoso secretario de Felipe II y creador de la leyenda negra española, permite desvelar la historia oculta de España desde la época desde Juan II hasta Felipe II. A través de sus memorias no se cuenta una historia tradicional sino más bien la visión descarnada y apasionada que Antonio Gala nos muestra de los poderosos, de la Corte y sus sucias tramas. Encontramos luchas fratricidas por el poder, amores imposibles y pecaminosos, asesinos por todas partes y la sensación de un Imperio español que nunca fue tan dorado como a veces nos cuentan.

Antonio se confiesa y nos muestra su visión personal de este periodo fundamental de la historia de España y germen de situaciones ocurridas en siglos posteriores. Desde el análisis del fin de la dinastía de los Trastámara hasta la conquista de América; desde el papel de España en el mundo hasta la influencia de la Iglesia y su papel en la sociedad castellana de la época; las relaciones de Isabel y Fernando, la caída de Granada y mucho más con la visión personal y muy actual de Antonio Gala. Como toda visión personal, la lectura puede causar sorpresa, estupor, admiración o disgusto pues es un tema político afrontado desde la perspectiva personal sin tener en cuenta la historia y haciendo juicios de valor. La sensación de un Imperio con los pies de barro es difícil de afrontar para el lector.

El planteamiento es muy original, título incluido, y no es habitual ver a autores consagrados realizar obras tan comprometidas o que busquen tan descaradamente provocar al lector. Nos cuenta una historia muy conocida, pero el enfoque es desde otro ángulo lo que permite sacar conclusiones diferentes. Existe una gran lateralidad en esta obra que hay que saber percibir; son multitud de detalles de los que no se habla en los libros de texto. Con un estilo muy refinado, característico de su obra, se lee bien, produce un efecto balsámico y logra en momentos mantener intensidad en la narración, huyendo de los clásicos libros de historia.



El corazón helado

Almudena Grandes

El día de su muerte, Julio Carrión, poderoso hombre de negocios cuya fortuna se remonta a los años del franquismo, deja a sus hijos una sustanciosa herencia pero también muchos puntos oscuros de su pasado y de su experiencia en la Guerra Civil y en la División Azul. En su entierro, su hijo Álvaro, se sorprende por la presencia de una mujer joven y atractiva, a la que nadie había visto antes y que parece delatar aspectos desconocidos de la vida íntima de su padre. Raquel Fernández Perea, por su parte, hija y nieta de exiliados en Francia, lo sabe en cambio casi todo sobre el pasado de sus progenitores y abuelos, a los que ha preguntado sobre su experiencia de la guerra y del exilio. Con El corazón helado Almudena Grandes nos entrega sin duda su novela más ambiciosa, en la que traza a través de dos familias un panorama emocionante de la historia reciente de nuestro país, y también del conflicto de las nuevas generaciones con la memoria.

Un libro más sobre la Guerra Civil, sus gentes, pasiones, odios, traiciones... diferentes visiones en España, en Francia, en Europa... de una misma circunstancia. Las masas lectoras de este país leen cualquier cosa que se les ponga por delante; no importa el tema o el tamaño. Almudena Grandes es una escritora consagrada que se ha especializado en describir y recrear sensaciones y sentimientos. Ha realizado en esta obra una gran labor de documentalista, buscando la perfección en los más mínimos detalles aunque a veces olvida ciertos acontecimientos. En determinadas partes manifiesta su ideología política y le condiciona la narración; esto hace que se aleje de la frescura de otras obras suyas como Las edades de Lulú o Malena es nombre de tango. Quizás la obra es demasiado ambiciosa y su extensión no es sinónimo de su calidad. No es con mucho su mejor obra aunque es recomendable su lectura.



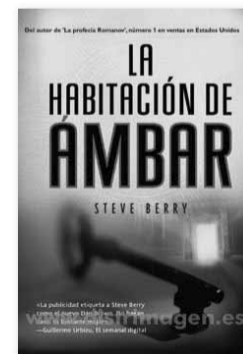
La habitación de ámbar

Steve Berry

La habitación de ámbar es una novela muy habitual en la literatura norteamericana y muy poco recurrente en Europa. Se trata de un best-seller al estilo de Frederick Forsyth con un poquito de Dan Brown; escribo esto porque la similitud de la encuadernación y en algunos casos el ritmo trepidante es lo único en que se parecen. La novela no encierra grandes polémicas ni recurre al efectismo, y aborda un tema tratado en numerosas ocasiones por la literatura (Matilde Asensi con su Habitación ámbar es un buen ejemplo) con bastante rigor por cierto.

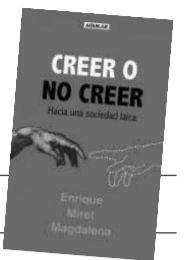
Esta habitación es una de las grandes maravillas creadas por el hombre y fue robada por los nazis durante la segunda guerra mundial sin que hasta el momento se sepa que fue de ella. Los rusos, hartos de buscarla por media Europa han optado por reproducirla pues la consideran un símbolo nacional. Una jueza americana ayudada por su ex marido embarcan casi sin saberlo en una peligrosa aventura en la que el ritmo de muertes se mezcla con dosis de sexo, viajes y aventuras, hábilmente mezcladas por ordenador. Los personajes demuestran una frescura y evolucionan ante los hechos con naturalidad, manifestando expresiones y cambiando sus sentimientos en función de los acontecimientos.

La novela resulta entretenida, superior a la media habitual y abandona por lo menos los conflictos entre oriente y occidente, los cátaros y templarios y, en definitiva, todo aquello que suelo criticar por lo poco original y falto de contenidos. Describe perfectamente las intrigas de altos vuelos y rescata la figura del buscador de tesoros desde una perspectiva más fría y menos comercial. Por otra parte el autor se prodiga en mostrarnos datos sobre el tema con una buena descripción de lugares, personajes y sucesos históricos. Quiero destacar por último la apuesta que realiza La Factoría de Ideas, que se atreve a traer un éxito americano con valentía y pisándole los talones a una grande; son estas acciones las que me devuelven la esperanza en una literatura más justa y menos comercial.



Creer o no creer. Hacia una sociedad laica

Por Enrique Miret Magdalena, Editorial Aguilar



Este “teólogo laico”, como a menudo fue definido el antiguo y veterano colaborador de la entonces “muy progresista revista Triunfo”, no suele defraudar a sus muchos seguidores y hasta “fans”. De vez en cuando vuelve sobre sí mismo, sobre sus “firmes creencias”, en distintos volúmenes: La revolución de lo religioso, Amor y sexualidad, El nuevo rostro de Dios, El catecismo de nuestros padres, Occidente mira a Oriente, Luces y sombras de una larga vida, ¿Qué nos falta para



José Cavero

ser felices?, Como ser mayor sin hacerse viejos, la paz es posible, ¿Dónde está Dios?: la religión en el siglo XXI...

Es un firme creyente en un siglo preferentemente laico y escasamente inclinado a las “grandísimas creencias” de la “fe de carbonero” de nuestros abuelos. Y por ello merece, al mismo tiempo, la afición y respeto de unos y el desprecio de otros cuantos. Pero Miret observa permanentemente a su alre-

dedor, y reflexiona en su interior, sin abdicar jamás de “su cristianismo social”; el nuevo y mejor cristianismo, en su opinión, que debe inspirarse en la sencillez del primitivo que contienen los Evangelios. Los cambios en la sociedad española, leyes política y moral, globalización, la Iglesia, el Cristianismo, la violencia, la razón y la fe, los intelectuales, la marginación y la solidaridad, el mito de la religión... Cada una de estas cuestiones ha merecido la reflexión personal don Enrique, y nos las transmite.

Münchhausen (1943)

Las viejas del lugar te llamaban Barón de la Castaña, un nombre mucho más pronunciable, y afirmaban que nunca dijiste la verdad. En los viejos tebeos te dibujaban: largos mostachos, altas botas, casaca immaculada, sombrero de tres picos, guantes de piel finísima. Te rodeaba un grupo de embobados oyentes y un fugaz decorado de taberna alemana del siglo XVIII: una botella, copas, alguna camarera descotada, la testa de un ciervo disecado en la pared. Se oía solamente tu voz en aquella tertulia. Una voz que venía de viejos mitos arios, taladraba los muros del tiempo y se plantaba en el cuarto de estar de casa de mis padres hacia 1980 (por decir una fecha al azar), cuando los días eran más largos que las noches. Cuando la juventud.

La Ufa te hizo inmortal, como al Judío errante. Yo paraba la imagen del vídeo, para ver a las chicas desnudas del harén del Sultán.



Luis Alberto de Cuenca

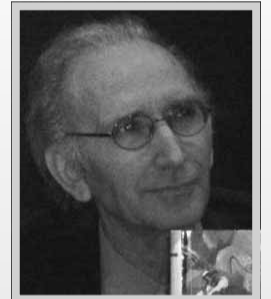
Ponerse malo

Pues yo me pongo malo muchas veces porque quiero y me da la real gana, y me meto tan campante yo en mi cama y dejo, por un día, de hacer memeces.

Paro el ir y venir de mil asuntos, angustias, prisas, agobios y sudores, y entre pastillas, fiebres y temblores, corazón y cabeza laten juntos.

¡Qué gran placer estar sin hacer nada! Ser como roca, como viento o fuego, algo que es, y en ser agota el modo.

Notar que tu cabeza está en tu almohada, que la vida, en verdad, es solo un juego, y sonreír pensando que esto es todo.



José Luis Alonso de Santos

Bases del II Premio El Espectáculo Teatral

La revista El Espectáculo Teatral y Ediciones Irreverentes convocan el Segundo Premio El Espectáculo Teatral, con el fin de lograr el estreno de obras aún inéditas. Podrán concurrir al premio aquellos originales que reúnan las siguientes condiciones:

- a) Obras teatrales inéditas escritas en español.
- b) Extensión mínima de 65 páginas y máxima de 100 (formato DIN A-4), a un espacio y medio, por una cara. Letras Times New Roman 12 o similar.
- c) No haber sido premiadas en otro concurso, ni hallarse pendientes de fallo en cualquier premio.
- d) Se establece un primer premio consistente en la publicación de la obra ganadora. Los derechos de la 1ª edición, serán del 5% sobre el PVP del libro sin IVA, y del 10% en posteriores ediciones.

e) Cada autor presentará cuantas obras desee, enviando una única copia con páginas numeradas, mecanografiadas, y sin la firma del autor, sustituida por lema o seudónimo escrito en cabecera, acompañados de plica cerrada, con el mismo título, que contendrá –obligatoriamente– nombre y apellidos, domicilio, fecha de nacimiento, teléfono y correo electrónico del autor, así como una breve nota bio-biográfica. La obra estará cosida o encuadernada. Si faltara alguno de los requisitos la obra podrá no ser aceptada.

f) Los trabajos se enviarán por correo certificado a **Ediciones Irreverentes, C. Martínez de la Riva, 137. 28018 Madrid**. Indicando en el sobre: **Premio El Espectáculo Teatral**. El plazo de recepción de originales expira el día 28 de julio de 2007. Se aceptará como fecha válida la consignada en el matasellos del sobre. No se devolverán las obras no premiadas.

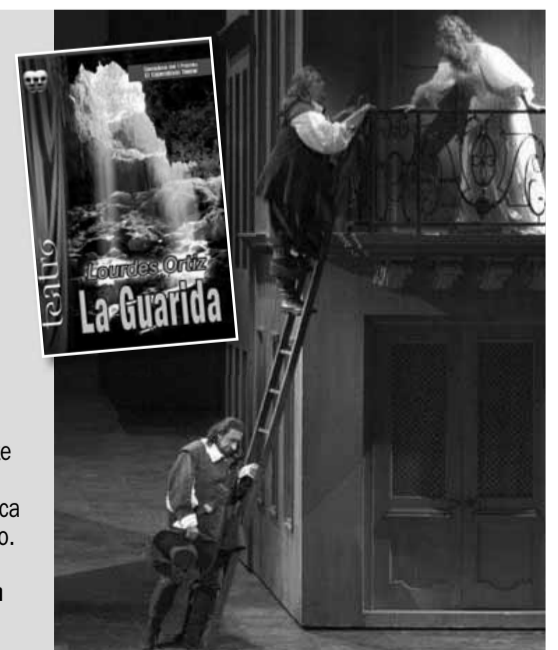
g) Los residentes fuera de España podrán enviar su obra por correo electrónico a: **editor@edicionesirreverentes.com** enviando un documento adjunto a modo de plica

h) La revista El Espectáculo Teatral y Ediciones Irreverentes formarán un jurado compuesto por 5 personas. La obra será escogida entre 3 obras finalistas. La ganadora será aquella que logre un mínimo de 3 votos. El veredicto del jurado será inapelable.

i) El fallo será anunciado a los medios de comunicación en un plazo no superior a los siete días una vez que el jurado designe el ganador.

j) La participación en esta convocatoria implica la aceptación de sus bases y del fallo del Jurado.

Envío de obras: **editor@edicionesirreverentes.com** y **edicionesirreverentes@yahoo.es**

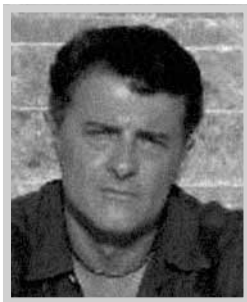


La bestia en el armario

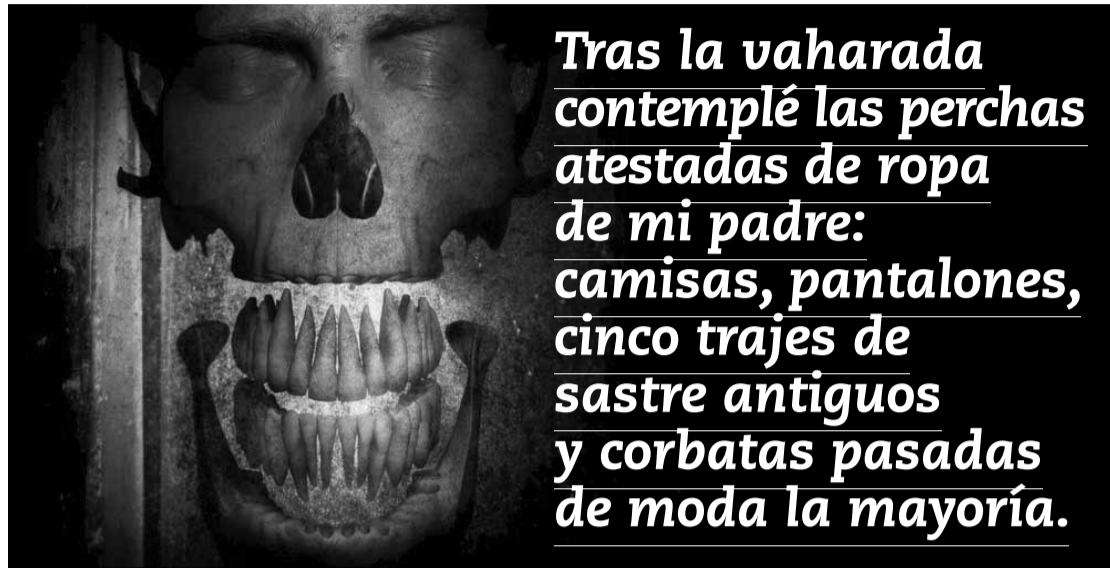
Junto con el piso aquella fue mi única herencia, el tremendo armario ropero de mis padres que según me contaron había pertenecido antes a mis abuelos. Fue fácil deshacerme de los demás muebles, antiguallas que sólo servían como nidos de polillas, pero el armario era diferente, su madera de roble rojo había oscurecido con el tiempo hasta volverse casi negra y en su brillante superficie no aparecía ni un solo poro que indicara la presencia de carcinoma. Antes de trasladarme desde el piso de alquiler en que residía recorrí las habitaciones vacías y recién pintadas hasta que llegué al dormitorio en el que estaba el ropero que los pintores habían cubierto con una sábana. Me acerqué y di un tirón de ella que dejó desnudas sus enormes proporciones. Sabía que en su interior estaban las pertenencias de mis padres, desde papeles hasta, quizá, algún objeto valioso y me reservaba el placer de abrirlo y vaciarlo para cuando estuviese más tranquilo. Cada cosa a su tiempo, como decía papá.

Cuando terminó la mudanza pasé el resto del día sacando mis cosas de las cajas de cartón y poniéndolas en su lugar y al acostarme perdí la vista en la silueta imponente del guardarropa que se alzaba oscuro al otro lado de la habitación. Pasé mal mi primera noche como amo de la casa. Mi sueño fue ligero e inquieto y me pareció varias veces oír algún sonido extraño, de esos que sólo pertenecen a las madrugadas cuando uno camina por el borde exterior de la vigilia. En el silencio total un rasgar, como de uñas contra madera, me despertó para después desvanecerse; más tarde un pequeño crujido, un roce, silencio. Mientras despertaba tuve la certeza de que los sonidos provenían del armario, pero todas las aprensiones se desvanecieron con la luz de la mañana. En cuanto me levanté fui hacia él y abrí una de sus dos puertas ya que la otra estaba cerrada con llave. Entre las dos había una luna biselada en la que mi reflejo parecía minúsculo.

Por fin, cuando todo estuvo en su sitio me decidí a explorar el contenido del ropero. Al abrir el lado derecho me asaltó su aliento de alcanfor y lavanda que me resultó entre familiar y repulsivo, y tras la vaharada contemplé las perchas atestadas de ropa de mi padre: camisas, pantalones, cinco trajes de sastre antiguos y corbatas pasadas de moda la mayoría. Más hacia la izquierda, internándose en la zona tras la puerta que no podía abrir, colgaba la ropa que quedaba de mamá: vestidos, varios trajes de lana y otras prendas que se perdían en la densa oscuridad en la que no había cajonera y en la que se guardaban los abrigos, gabardinas y prendas largas. El vestuario formaba una muralla blanda pero compacta que no dejaba ver el fondo y que producía la impresión de que el interior del mueble era aún más espacioso que visto desde fuera. Cuando fui a abrir el primero de los cajones oí un sonido que hizo que me detuviera. Sin soltar el asa metálica del tirador agucé el oído. Había sido un instante, muy tenue, como un rozar hueco en la plancha de contrachapado que cerraba la parte posterior. Tras unos segundos decidí que habría sido mi imaginación y tiré del cajón que mostró una extensa colección de camisetas y ropa interior, un par de fajas de color carne, varios rollos de venda y una caja forrada de tela estampada que extraje con cuidado. En su interior de raso morado había algunas joyas familiares: varios anillos, pendientes, broches con brillantes y dos collares de perlas que se me figuraron lombri-cas nacaradas custodiando aquel triste tesoro. Inspeccioné las alhajas una a una, reconociéndolas mientras lo hacía. En realidad, pensé,



José Melero Martín



Tras la vaharada contemplé las perchas atestadas de ropa de mi padre: camisas, pantalones, cinco trajes de sastre antiguos y corbatas pasadas de moda la mayoría.

nada de verdadero valor aparte del sentimental. Cerré la tapa y al volver a dejar la caja donde estaba noté algo parecido a una respiración que provenía de detrás del muro de ropa. Metí la mano entre las prendas, separándolas, ya que tuve la certeza de que algún roedor se habría colado dentro, pero fue en vano.

La noche fue de nuevo intranquila. El espejo reflejaba la cama entera y a mí tumbado en ella como un bulto alargado e inerte, y esa imagen me hizo sentir una inquietud que me acompañó hasta los sueños en los que blancos gusanos trepaban por las patas de la cama.

Dos días después encontré una tarde para seguir explorando el armario. Intenté de nuevo sin éxito abrir la puerta izquierda con la llave que tenía y frustrado volví a los cajones. En uno de ellos encontré un pequeño botiquín y en su interior una cajita oblonga de metal niquelado en cuyo interior acechaban un par de jeringas de cristal que recordé sumergidas en agua hirviendo de cuando papá las esterilizaba antes de utilizarlas. Junto a ellas se escondían dos sinietras agujas oxidadas y las cuchillas que servían para degollar las cápsulas ámbar de inyectable. Las perchas se agitaron, pero yo seguí con mi inspección. Entre la ropa de cama bordada que mamá heredó de la abuela encontré tarros vacíos de perfume, frascos que aún contenían pastillas y jarabes espesos, y botecitos con tapón cuentagotas de goma. Desplegué sobre la cama un mantón de Manila negro bordado de flores y cuadriculado por dobleces que tenían décadas. Di con varios misales entre cuyas páginas de cebolla y filo dorado dormían estampas de santos y vírgenes, recordatorios de comuniones, manchas de vino y recortes de ostia.

Esa noche la pasé con mi novia pero aunque ella lo intentó no fui capaz de excitarme ya que tenía la impresión de que nos vigilaban desde dentro del mueble a través de una rendija. Sentía que no estaba bien que estuviésemos allí juntos. En cuanto amaneció la despedí pero en vez de ir al trabajo dediqué la mañana a seguir con mi registro.

Encontré bolsas de tela llenas de tiras amarillas de encajes, un joyero con varios pares de gemelos de plata y alfileres de corbata, y al fondo de uno de los cajones inferiores una cajita de nácar vetado que contenía dos medallas con mi fecha de nacimiento grabada en el dorso y una cadenita de oro. No sé en qué momento dejé de dudar que había algo que se removía en el fondo más oscuro del armario, un algo que resollaba,

se agitaba y en todo momento me observaba escondido entre la ropa. Revolví por sorpresa entre los trajes de lana con intención de atraparlo, pero fue tan inútil como mis intentos de abrir la puerta izquierda que parecía soldada al marco. Me probé uno a uno los trajes de mi padre y me miré con ellos en el descomunal espejo, también me puse algunos de los vestidos de mamá y sus medias y mi reflejo tembló al igual que el ropero cuyo interior yo saqueaba sin permiso, sin el permiso de su ocupante.

En los días que siguieron examiné cada rincón con detenimiento pero era como si el número de objetos que había en su interior no tuviese fin: recortes de prensa biliosos, una gruesa correa de cuero sin hebilla, un crucifijo y un siniestro cilicio metálico, varios cálculos renales en un estuche, un diario con poemas de amor que según avanzaban las páginas iban transmutándose en recetas de cocina y cuentas de gastos, y una bolsa de fieltro que contenía diminutos dientes de leche que cayeron sobre mi mano y de ella al suelo porque no pude evitar retirarla espantado. Vi como rebotaban a mis pies y se esparcían por los rincones y pensé que así seguramente por fin se los llevarían las ratas. Casi anocheciendo, toqué con la punta de los dedos un bote de cristal que supe deliberadamente escondido. Lo saqué con cuidado -pesaba-, y al trasluz del último resplandor mortecino de la tarde entreví sumergido en el alcohol amniótico que lo llenaba la silueta de un feto de ojos vidriosos y muñones extendidos. Un gemido sofocado salió del armario. Me acerqué con cuidado y puse el frasco sobre la cajonera. Casi no se veía pero fui testigo de como de entre la ropa colgada surgían dos manos sombrías que lo agarraron y arrastraron a lo profundo del mueble. Mientras me retiraba horrorizado pisé un objeto metálico y varios de los dientes que habían caído. Me agaché casi a oscuras y cogí una llave pequeña que debía haber estado guardada con ellos.

quella noche insomne, como un vaho espeso, el olor a lavanda y alcanfor impregnó la habitación de una calima pantanosa que sobrevolaban polillas luminiscentes. La luna biselada reflejaba un paisaje brumoso que reconocí. La bestia que habitaba el armario se revolvía en su guarida de ropa y madera. Me levanté y di varios pasos hasta llegar ante la hoja cerrada tras la que sentía un escarbar de zarpas. En mi puño aún apretaba la llave que encontré en el suelo. La introduje en la cerradura y la giré. Al abrir, algo se escondió entre los abrigos. Olía a madriguera. El miedo me erizó la piel y casi no pensé en nada antes de entrar y cerrar tras de mí.

<http://josemelero.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- La soledad de húsar
- Los territorios del sueño
- Conflictividad y violencia en los centros escolares



El comité de las buenas costumbres

Reunidas en la Sala de Juntas del Ministerio de Sanidad y Salubridad las personas relacionadas al margen y bajo la dirección de la Subsecretaría de Salud Obligatoria, Excm. Sra. Dña. M., se celebró la reunión ordinaria de la Comisión Asesora para las Buenas y Saludables Costumbres bajo el siguiente:



Alberto Castellón

Orden del día:

1) Lectura y aprobación, si procede, del acta de la reunión anterior. Una vez leída en voz alta por el Secretario, el Vicealcalde Cuarto de Igualdad Lingüística observó que donde se aludió a "la opinión de los asistentes", debió haberse escrito "la opinión de los asistentes y las asistentas". Efectuada la corrección, el acta fue aprobada por asentimiento.

2) Informe de la Excm. Sra. Subsecretaria Dña. M. felicitó a la Vocal Vigésima para Relaciones con Hacienda por el notable aumento de las denuncias de delitos contra la vida sana promovidas por la concesión de exenciones fiscales a los delatores anónimos y a las delatoras anónimas. También dio el pésame al Oficial Mayor de Taquígrafas y Taquígrafos por la muerte de su padre, lamentándose la Excm. Sra. Subsecretaria de que antaño no existiera una normativa que le prohibiese al difunto la adquisición de los malos hábitos causantes de su enfermedad. Por último, Dña. M. transmitió a los presentes los plácemes de la Excm. Sra. Presidenta del Gobierno, quien, durante el último Consejo de Ministras y Ministros, alentó a esta Comisión a persistir en la mejora y saneamiento de la raza humana.

3) Seguimiento trimestral de la observancia de la legislación. Dña. M. dio la palabra al Suplente Quinto del Supervisor General Antivicio, Sr. D. Y., quien expuso el memorándum referido al segundo trimestre del 2012. Como primera conclusión, afirmó que sigue sin respetarse del todo la declaración de las aguas territoriales como espacios sin humo: hay testigos y testigas que aseguran detectar olor a nicotina en los pescadores y las pescadoras que varan en la arena o atracan en los muelles. Para evitar semejante transgresión, sugiere que el Ministerio adquiera 45.000 narices electrónicas HP5700-X a fin de equipar con estos interesantes artefactos a los aduaneros y las aduaneras, a las empleadas y los empleados de las lonjas y a los vigilantes y las vigilantas de las playas. Sobre estos y estas recaería también la labor de olfatear con el artilugio a las bañistas y los bañistas que regresen de sus paseos en hidropedal. Además, propone incrementar en 5 meses la pena de prisión para los infractores y las infractoras y elevar la multa a 15.000 euros. Ambas propuestas fueron admitidas. En lo tocante a la Ley de Represión de las Bebidas Alcohólicas, el Suplente Quinto manifestó su satisfacción por el descenso experimentado en la ingestión de orujo de hierbas, el único licor que se resistía a desaparecer de los postres. Eso sí, en las instituciones penitenciarias se detecta todavía

<http://albertocastellon.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Victoria y el fumador
- Tarta noruega

Informó entusiasmado sobre la retirada número 100 de la custodia de un menor llevada a cabo según lo previsto en el Real Decreto Legislativo contra el Bollicao. Y en vista de los precedentes, tampoco cree que prospere el recurso presentado por el abogado o la abogada del padre y de la madre que han obrado con tamaña irresponsabilidad.

cierto tráfico ilegal de blanco peleon. Sobre todo, en los pabellones especiales para condenados y condenadas por borrachera. No obstante, ya se han cursado las pertinentes instrucciones a las carceleras y los carceleros en el sentido de que dupliquen los registros en las celdas de los beodos y las beodas en curso de rehabilitación. En este mismo apartado, D. Y. valoró como muy positiva para la campaña la desafortunada intervención del expresidente del Gobierno pronunciada en una cooperativa de bodegueras y bodegueros. Emitido por todas las cadenas, el mensaje con que el expresidente pretendía despotricar contra las normas en vigor quedó por completo desvirtuado al evidenciarse en sus palabras y el rojizo de sus ojos notorios signos de alegría etílica. A continuación, D. Y. informó entusiasmado sobre la retirada número 100 de la custodia de un menor llevada a cabo según lo previsto en el Real Decreto Legislativo contra el Bollicao. Y en vista de los precedentes, tampoco cree que prospere el recurso presentado por el abogado o la abogada del padre y de la madre que han obrado con tamaña irresponsabilidad. Finalizada la intervención del Suplente Quinto, los asistentes y las asistentas exteriorizaron su frenesí con un enérgico aplauso.

4) Proyecto de Ley Orgánica reguladora de la venta, el consumo y la publicidad del chorizo. La Excm. Sra. Subsecretaria de Salud Obligatoria cedió el turno al Inspector Jefe de la



Lucha contra el Colesterol, Sr. D. X, quien traía elaborado un borrador del preámbulo de la futura ley. El primer párrafo de la exposición de motivos quedó en los siguientes términos: En España, al igual que en otros países desarrollados, el consumo de chorizo es una de las principales causas de mortalidad y morbilidad evitable. La evidencia científica sobre los riesgos que supone comer chorizo para la salud de la población es concluyente. Además, como germen determinante de diversas patologías y como factor de fallecimiento y de importantes problemas sociosanitarios, constituye uno de los principales obstáculos para el bienestar público. Según el Sr. D. X., tras este sólido inicio habría que incluir argumentos que avalen la necesidad de desterrar hábitos insanos de conducta, destacando la protección que ha de ofrecerse a los menores y a las menores de edad. Pedida la

palabra, la Plenipotenciaria del Centro de Investigaciones Sociológicas, Sr. Dña. Z., advirtió de que después debería mencionarse el factor publicitario pues se ha probado que la publicidad del chorizo y el patrocinio por los fabricantes influyen en el comportamiento de los ciudadanos y de las ciudadanas, provocando la compra de esta chacina y, por consiguiente, su uso como alimento o ingrediente de otros platos. A este respecto, el C.I.S. ha observado una alta correlación entre el aumento de las ventas de chorizo y las retransmisiones de los partidos de la Selección Española de Fútbol en los que se enfocaba a Manolo el del Bombo. Por otra parte, se aprobaron los siguientes rótulos con que habrán de etiquetarse los

productos choriciles: Comer chorizo produce colesterol y cáncer de colon, Comer chorizo conduce a la diabetes, Comer chorizo favorece las patologías cardio-vasculares, Comer chorizo delante de niños y niñas les incita a la obesidad y Comer chorizo te encamina al cementerio. Aparte del chorizo en sí, estas advertencias deberán ser bien visibles en las latas de fabada, lentejas, callos, cocido madrileño, etcétera. En cuanto a las restricciones que se impondrán en los lugares públicos no se llegó aún a concretar nada, aunque se apunta hacia las que tan bien han funcionado con otros vicios: conversión de todas las dependencias oficiales en espacios sin chorizo, prohibición a los menores de la entrada a establecimientos hoteleros que permitan el consumo de chorizo o participación en cualesquiera otras actividades en las que presencien la ingestión de chorizo por adultos casquivanos, es decir, romerías, ferias y demás, a menos que se haya vedado en estas tan peligroso condumio.

Requerido por la Excma. Subsecretaria, el Cuadragésimo Subjefe del Directorio de Opinión Pública esbozó la táctica a seguir para la campaña antichorizo. Ante todo, ha de prevalecer la consigna de que luchar contra el chorizo es, y ha sido desde siempre, uno de los preceptos del Misal del Buen Izquierdista. Con tal postulado, habría que compensar la previsible aquiescencia de musulmanes y judíos, cuyos rabinos, imanes y almuédanos elogiarán la ley, con el apoyo de otros colectivos civiles. Pulsada la opinión de varios de ellos, se cuenta ya con el respaldo del Gremio Estatal de Peluqueros y Peluqueras Progresistas, la Asamblea Gallega de Vegetarianas Laicas, la Asociación de Oncólogos y Cardiólogos por la Democracia, además del habitual Colectivo de Intelectuales Firmantes de Manifiestos. Por el contrario, se sabe que ofrecerán resistencia, aparte, por supuesto, de



la oposición política y sus adláteres, la Agrupación Nacional de Peluqueros Católicos, la Cofradía Española de Gourmets Tradicionalistas, la Centuria Pro Familia Auténtica, y la Confederación Ibérica de Banderilleros y Picadores de Reses. El carácter cavernario de todas ellas reforzará el mensaje principal. Al parecer, en esta ocasión se mostrará a favor la Conferencia Episcopal, tal vez por la vigilia que ha de regir en algunos días de Cuaresma. En cuanto a los medios de comunicación, no hay novedades: los de siempre, a favor, y los de siempre, en contra.

Dado lo tardío de la hora, el régimen de sanciones quedó pendiente de examen para

Ha de prevalecer la consigna de que luchar contra el chorizo es, y ha sido desde siempre, uno de los preceptos del Misal del Buen Izquierdista. Con tal postulado, habría que compensar la previsible aquiescencia de musulmanes y judíos

una ulterior reunión. Eso sí, la Viceinquisidora de Bienestar Cívico recordó que, como en anteriores normativas, se excluirán de la cobertura sanitaria de la Seguridad Social a quienes enfermen a consecuencia de comer chorizo, como lógica respuesta al gasto excesivo que estos provocan con su incorrecta forma de vida.

5) Ruegos y preguntas
No existiendo ni ruegos ni preguntas, se levantó la sesión a las 22 horas y 42 minutos. Y de todo lo que antecede, como Secretario doy fe en Madrid, a...

Ediciones Irreverentes organiza una gran fiesta literaria en la Casa de Cantabria

Ciento cincuenta personas disfrutaron durante más de tres horas de la mejor fiesta literaria llevada a cabo en la Casa de Cantabria de Madrid. Presentada por el Presidente de la Casa y por el editor y novelista Miguel Angel de Rus, comenzó con la actuación de Joaquín Lera (Mujer Luna), quien interpretó diversas canciones de su repertorio y una de las nuevas canciones que ha compuesto sobre poemas de Luis Alberto de Cuenca.

Posteriormente tuvo lugar un recital poético a cargo de José Miguel Molero (Poemario abril y esparto), Antonio Martín Carrillo, Guillermo Sastre (La Xpina) y el propio Luis Alberto de Cuenca (De Gilgamés a Francisco Nieva), quien hizo una actuación generosa en tiempo e intensidad.

Una de las actuaciones que lograron mayores aplausos fue la del dúo Kuentaké, del que forma parte uno de los autores de la Antología 13 para el 21, Javi J. Palo, quienes durante 15 minutos llenaron la sala de humos surrealista, ácido e irrespetuoso.

Tras unos minutos de descanso, en los que los autores de Ediciones Irreverentes se dedicaron a firmar libros a los muchos lectores que lo solicitaban, empezó la lectura de textos llevada a cabo por los narradores, comenzada por Juan Antonio Bueno Álvarez (La noche marcada) y con la participación de Juan Patricio Lombera (Bestiario chicano), Rafael Domínguez Molinos (La firma cristiana como marca), Antonio López del Moral (Cuando



A la izquierda, el grupo de autores irreverentes que permaneció hasta el final del acto. Debajo, Javi J. Palo y José Luis Alonso de Santos actuaron como cierre de la fiesta. Después llegaron los vinos.



fuimos agua), Alberto Castellón (Victoria y el fumador), Álvaro Díaz Escobedo (Esencia de mujer), Manuel Cortés Blanco (Cartas para un país sin magia) y Francisco Legaz (Un viaje hacia el abismo).

Con este ritmo trepidante, se llegó a un final de fiesta inesperado; José Luis Alonso de Santos (El Romano) preparó la dramatización de una escena humorística que ha publicado en el periódico Irreverentes y él mismo la interpretó, acompañado por Javi. J. Palo (13 para el 21)

carcajadas y estruendosos aplausos fueron el pago a tan extraordinaria actuación.

El editor Miguel Angel de Rus (Donde no llegan los sueños) fue el encargado de clausurar esta larga fiesta que, en coincidencia absoluta en las opiniones, fue todo un éxito y algo poco usual en el entorno literario español.

Para acabar, una cena Irreverente regada con los mejores vinos de la Ribera del Duero, celebrada hasta altas horas de la madrugada, en la que se habló... de libros.



Lo que queda por decir

— ¿Qué horas son éstas horas de llegar?
—preguntó ella, medio dormida, desde el tálamo conyugal.

— No es tan tarde, mujer. Son las tres y media.

— ¿Las tres y media de la mañana, y te parece que no es tarde? —rezongó ella, dando la espalda a su marido.

— Ya sabes como son esas cenas de negocios. El personal se pone a hablar y a hablar, y al final se te va el tiempo volando.

— Ya —contestó ella malhumorada, al tiempo que entornaba los ojos en señal de resignación—. Siempre las mismas excusas. Pues conmigo el tiempo no se te va tan rápido.

— Es la verdad. ¿Qué quieres que te diga?

— A ti se te va el tiempo y a mí la paciencia —amenazó ella, mirando hacia la luna del armario—. Siempre estoy sola. Si no fuera por los niños...

— Mujer, no seas exagerada —replicó él, abotonando con indiferencia el pijama de franela—. Sabes de sobra que, cuando puedo, dejo que me acompañes.

— “Dejo que me acompañes...” Ni que fuera un perro.

La mujer se incorporó para contemplar mejor a su pareja, que, en aquellos instantes, se disponía a penetrar en la cama.

— ¡Huy, qué calentita está! —manifestó él, zalamero, sacudiendo su cuerpo entelerido mientras sus ávidas manos jugueteaban con el cuerpo de ella.

— ¿Te quieres parar ya? ¡No seas pesado!
—exclamó ella envidada, contemplando de cerca el rostro, ya canoso, del hombre— ¡Todos sois iguales! ¡Siempre pensando en lo mismo!

Por una milésima de segundo, se intercambiaron sendas miradas de reproche.

— ¡Mira qué pinta tienes! —le recriminó ella.

— ¡Qué pinta quieres que tenga! —repuso él—. Con cuarenta años a la espalda, un día horrible de trabajo, la empresa medio en quiebra, y cuando llegas a casa te encuentras con tu mujer-cita metida en la cama y dándote la espalda.

— Ya. No querrás que te esté esperando con la cena servida a la luz de la luna, velas, mantel y lencería a juego.

— Hombre, pues, aunque sólo fuera por una vez, no estaría mal.

— ¡Anda, no me hagas reír! —replicó ella, supe-rando el estadio de duermelva para entrar definitivamente en el de la incómoda vigilia—. Eso es lo que queréis vosotros: amante, amiga y madre a la vez. Tres en uno, como los detergentes.

Él optó por el silencio, al tiempo que sus manos cesaban de brujulear en la piel de su mujer.

— Anda, acércate, que estás muerto de frío —concedió ella con la afectación que genera el amor mecido en la monotonía. El reproche inicial se había transmutado en condescendencia; quizá cariño.

— ¿Qué pasa con la calefacción? —inquirió él, sin poder disimular cierto contrarío.

— Pues que está estropeada. Y si sólo fuera eso...



José Antonio Rey



Él le dio la espalda con un gesto desabrido. Estaba dolido o cabreado o confundido; o quizá había optado por la vía del chantaje emocional.

— ¿Ha pasado algo más? —volvió a preguntar él, mientras sus dedos retomaban el manoseo interrumpido por la temporal renuencia de ella.

— Alberto rompió el jarrón chino que nos regaló tu madre por el día de nuestro aniversario de boda; la asistenta se cargó la lavadora, cuya garantía expiró, ¡qué casualidad!, el mes pasado; Ana está incubando una gripe de campeonato y no ha parado de quejarse de la garganta todo el día; a tu padre se le ha estropeado el coche y me ha pedido prestado tuyo. Y, por si fuera poco, me ha venido la regla.

La batería de problemas sólo obtuvo el silencio por respuesta.

— Dejé que tu padre se llevara el coche, ya que te habían venido a recoger a casa. Le dije que Roberto te traería de vuelta.

Ella carraspeó levemente, como si en aquella pausa, aparentemente premeditada, anhelara la complicidad de un marido ensimismado en su propio universo, sus propios asuntos.

— El caso es que no he podido hacer las compras del mes.

“Me ha venido la regla”. De toda la retahíla de pequeños accidentes y contrariedades cotidianas, la menstruación ocupaba el eje de sus

pensamientos. Ponderando en su justa medida la intencionalidad de la frase y sus deseos irrenunciables, resolvió que no hay mejor defensa que un buen ataque. Consecuentemente, sus besos se tornaron más lúbricos y sus manos... más inquietas.

— ¡Ay, no seas pesado! ¡Me estás babeando toda! ¿No te acabo de decir que acaba de venir-me la regla?

— ¡Y a mí, qué!

— ¿Cómo que “y a mí, qué”? Pues que no me gusta hacerlo con la regla. ¡Serás puerco!

“¡La regla, siempre la puñetera e inoportuna regla!” —masculló él, refunfuñando como los críos.

— ¿Qué estás farfullando? —indagó ella, entretenida en el arreglo de una uña del dedo anular, que amenazaba con partirse de un momento a otro.

— Nada, nada —contestó él de mala gana—. Ya es muy tarde. Vamos a dormir.

Él le dio la espalda con un gesto desabrido. Estaba dolido o cabreado o confundido; o quizá había optado por la vía del chantaje emocional. De pronto, una mano de ella, la de la uña recién partida, se posó sobre su hombro dormido deslizándose suavemente por su brazo, su torso peludo y abotargado por mor de centenares de insulsas comidas de trabajo, hasta llegar a la altura de las caderas, donde se detuvo durante un breve instante, el tiempo necesario para acercar la boca a su oído y susurrarle las palabras mágicas que pusieran de nuevo en movimiento aquella máquina sedienta de calor humano, el calor de su mujer, su amante y, por qué no decirlo, también su amiga.

Los dos cuerpos se fundieron, primero en un lánguido abrazo, y después en un solo cuerpo. ¡Una hora entera! Al final, sudorosos y extasiados, la voz quejumbrosa y atiplada de la niña enferma los volvió otra vez a la cruda realidad. Ella hizo amago de levantarse, pero él la detuvo.

<http://jose-antonio-rey.blogspot.com>



Último libro del autor:

• Un instituto con vistas



— Deja, esta vez iré yo.

Sin embargo, antes de marcharse, ella le confesó acomodándose en el lecho, mientras en la comisura de sus labios se delineaba una sonrisa que deambulaba entre la satisfacción y la ternura:

— Cariño, hacía años que no sentía lo que hoy he sentido.

— Quería demostrarte todo lo que te quiero —respondió él con ojos vidriosos y enigmáticos, mientras se calzaba las zapatillas.

Viniendo de un hombre huraño y poco dado a las cursilerías, le pareció ciertamente extraña la manifestación de amor de su marido.

Cuando volvió, ella ya se había dormido. Él la besó en la sien y le dijo:

“Sólo quería que esta noche me recordaras como lo que en verdad soy, como lo que siempre he sido, aunque nunca haya tenido la valentía de decírtelo”.

Eran las cinco de la madrugada.

— Diga...

Pero nadie parecía querer contestar al otro lado de la línea telefónica.

— Diga.

— ¿Es el domicilio de José Rodríguez González?

— Sí, sí, aquí es... —contestó ella un tanto aturdida, manteniendo con una mano el auricular del teléfono y con la otra pugnando por encontrar el interruptor de la luz. Una vez encendida, indagó con la mirada la presencia de su marido, que no se hallaba por ningún lado.

— Mire usted, señora, soy el sargento José López Orozco. Le estoy hablando desde el cuartel de la Guardia Civil de... Me veo en la obligación de comunicarle algo sumamente desagradable, por trágico.

Los ojos de ella se dilataron al instante, aunque apenas un insignificante respingo delató la ofuscación por la que estaba pasando. Sin



embargo, no se atrevió a decir nada. Se limitó a esperar el anuncio de la tragedia en ciernes.

— Parece ser que su marido ha tenido un grave accidente...

— ¿Cómo que un grave accidente, si hace unos minutos estaba aquí, durmiendo a mi lado? —replicó ella soliviantada, buscando con la mirada el despertador que descansaba en la mesilla de noche.

— Señora...

— ¿Qué hora es...? ¿Me puede decir qué hora es, por favor? —interpeló ella con la premura que genera la angustia.

— Son las cinco y cuarto de la madrugada, señora, y el siniestro se produjo sobre las tres y media de la mañana. Por cierto, siento comunicarle que el accidente tuvo un resultado fatal. No se pudo hacer nada por salvar la vida de su marido, que falleció en el acto —comunicó el compungido sargento—. Lo siento de veras.

— ¡Pero... pero... eso es imposible...! ¡Esto es una broma, verdad, una broma de mal gusto! ¡Dígame que es una broma! ¿Dice usted que el accidente se produjo sobre las tres y media?

— Sí, señora, aproximadamente.

— ¡Pero si a esa hora estábamos haciendo...! Está usted de broma, ¿verdad? —insistió ella.

— Me temo que no es una broma, señora. Soy el sargento del cuartel de la Guardia Civil de... En fin, mi nombre es José López Orozco, y, a expensas de un reconocimiento ulterior, me temo que la persona que, por desgracia, ha fallecido, es su marido

— ¡Pero si mi marido no tenía coche, se lo había llevado su padre...!

— El automóvil siniestrado es un Toyota Land Cruiser, matrícula: ... El D.N.I. que hallamos entre la documentación del interfecto pertenecía a don José Rodríguez González, con número... ¿Me puede confirmar si ese señor es su marido?

— Sí... sí; es mi marido —reconoció ella, soltando el teléfono como el que se desprende de algo inerte, sin vida. Su respiración, casi siempre pausada, se volvió entrecortada, hipando la inconcebible desgracia, mientras las pupilas acaparaban incrédulas la parte de la cama vacía, el espacio en el que todavía se conformaba la cálida impronta de un cuerpo cuya voz le había bisbisado al oído, hacía apenas unos minutos:

“Sólo quería que esta noche me recordaras como lo que en verdad soy, como lo que siempre he sido, aunque nunca haya tenido la valentía de decírtelo”.

Boletín de Suscripción

Suscríbase a Irreverentes y recibirá de **regalo de un libro** de Ediciones Irreverentes por valor de **12 euros**. **10 ejemplares** de Irreverentes por sólo **20 euros**.

Reciba el periódico en casa. Hacer transferencia bancaria a Ediciones Irreverentes, cuenta: **2038 1787 43 6000172214**, concepto **“Suscripción”**, y enviar por correo comprobante del pago junto con el boletín de suscripción a:

Ediciones Irreverentes
C/ Martínez de la Riva 137, 4ªA
Madrid 28018



Nombre / Name: _____

Dirección / Adress: _____

C.P. / Postal district: _____ Ciudad / City: _____ Provincia / Province: _____

Tlf. / Phone: _____ Fax / Telefax: _____

Correo electrónico: _____



Bendita sea

La prensa, “bendita sea”; hace días nos destapó uno de los muchos viajes de nuestro Monarca. Se reserva el derecho de no desvelar los “entresijos”, así como el destino preferido de nuestro querido Rey. A mí, me pasa lo mismo, porque me causa mucho estupor que “el buen hombre” se aleje tanto de nuestra patria por la puerta de atrás. Sin dar explicaciones al pueblo ¿Para qué, que importa el pueblo?

también reseña la información que obra en mi poder; que “nuestro incombustible” Monarca visita países extraños y poco “escrupulosos”, esos que nadie se puede imaginar. Aquí quedé, con muchas ganas de saber los escrúpulos del Jefe del “cotarro”. No desvelado; ¿Será secreto de confesión? De Estado, seguro que no; no hay en este País eso que hay en otros; secretos de estado, y saberlos guardar como manda “Dios”. Y, también me pregunto si es que, nuestro Monarca es tan poco escrupuloso, para visitar estos mugres “Países poco Escrupulosos” ¿Cuál serán? ¡No me lo puedo creer! Aunque algo imaginaba, después de tantos años en la “poltroña”, es normal... la desviación natural; no desvelada en esa pequeña nota de prensa que vieron mis retinas, el otro día. Aunque me jode el qué me tenga que enterar escudriñando un periódico gratuito, de esos que se regala a la ciudadanía.

Comentaba este buen ciudadano “la urgente necesidad de aprobarle por decreto de ley, la más merecida pensión de jubilación que jamás se diera”. Para este “Borbón”, y que se dedique a sus “negocios personales”, y pueda viajar con total libertad. No lo digo yo, líbreme el Dios de los ateos; lo leí, textualmente.

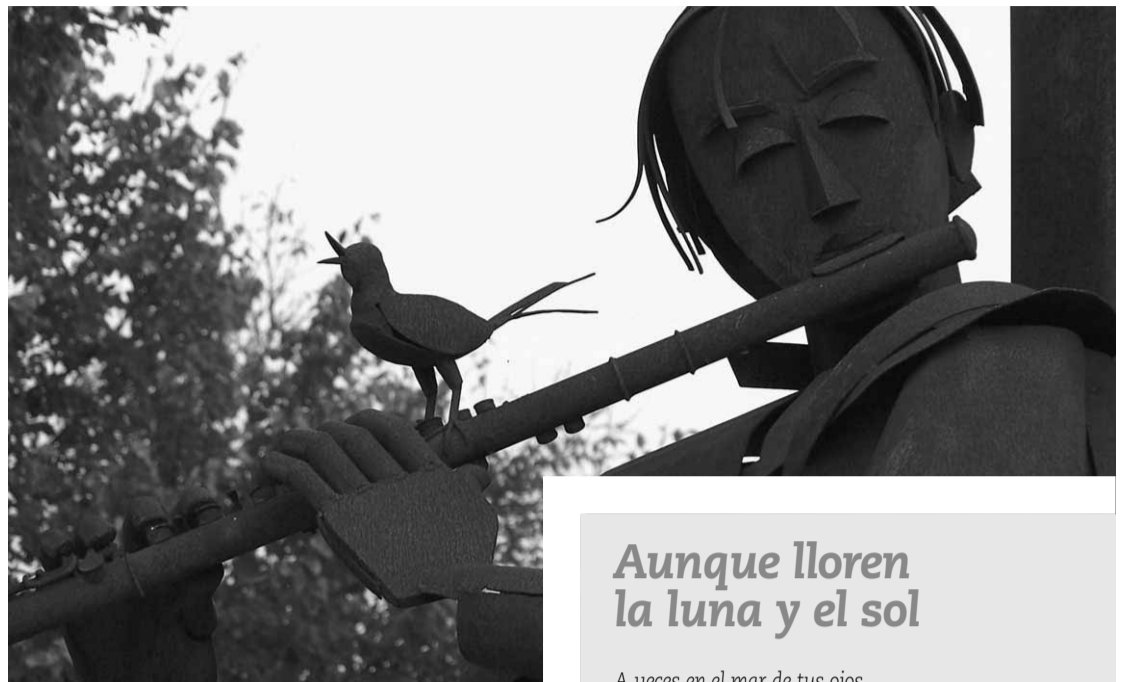
estoy de acuerdo, de la recomendación del reseñador de la nota, un tal; “Pablo Ruiz”; qué es de urgente necesidad de concederle rápidamente “la más merecida jubilación personal” para que nuestro Monarca pueda tener más tiempo ¡Pobre! y se dedique de lleno a lo que quiera, con total libertad sin estrés. Se lo merece, de veras, por la labor prestada a nuestro país, en la transición. Se lo ganó a pulso de “gran campeón”; ¡Campeón!... Pero...

La sociedad, necesita urgente un gran cambio radical. Son otros tiempos “siglo XXI”. La constitución debe modificarse, y aprovechar para esa jubilación “Real”; la mejor pensión del Mundo e inclusive regalarle un buen Rolex, y lo que guste. Y a la vez; aprovechando la jubilación real, reformar de una vez por todas la jefatura de este estado “bananero”, impuesta por un personaje dictador y golpista de apellido que no quiero ni reseñar, porque me dolería la úlcera, y que antaño tuvimos que tragar por “tolerancia” para alejar, muchos males “mayores” y perjudiciales, para poder vivir en la paz actual en democracia. Pero...

pasaron los años, igual que el viento, y Europa nos llama, porque todavía nos falta ese “gran hervor”, no nos parecemos en nada a los países desarrollados de nuestro entorno –estamos a años luz de distancia-, y debemos intentarlo, y estar en consonancia con una democracia fuerte y desarrollada socialmente, para y solo; el pueblo, que en definitiva son los que votan y hacen un país grande y hermoso, en todos los aspectos.



Guillermo Sastre



Aunque lloren la luna y el sol

A veces en el mar de tus ojos
Cuando cierro los míos
Siento tus labios rojos llenando mi vacío
Y si abrirlos de nuevo no estas conmigo
Seré tan solo un reflejo un pajarillo herido.

Esperando el regreso del amor perdido
Que sembró de besos mi alma y mis oídos
Cruzando los dedos por estar contigo
Aunque tengan celos los que están dormidos.

A veces perdimos el rumbo
Animando al olvido
Escapando de un mundo que perdió su sitio
Otras fuimos el eco de los que se han ido
El mas puro reflejo de los distraídos.

Sufriendo en silencio el peor castigo
Llorando por dentro como dos chiquillos
Dando tiempo al tiempo pero sin rendirnos
Siempre a contratiempo como viejos amigos

AUNQUE LLOREN LA LUNA Y EL SOL TU Y YO SEGUIREMOS
EMBRIAGANDO DE DUDAS EL AIRE DE LOS QUE QUISIERON
AMARGARNOS LA VIDA SIN MAS Y NO LO CONSIGUIERON
ES MAS FUERTE EL AMOR QUE LAS OLAS DEL MAR Y QUE
EL VIENTO.

SUFRIENDO EN SILENCIO
EL PEOR CASTIGO
SIEMPRE A CONTRATIEMPO, COMO VIEJOS AMIGOS.

Guillermo Sastre y Joaquín Lera.
Canción

Que corra el aire

Descendía de la buhardilla donde vivía
Como un cohete atravesó el portal
El maquillaje se le corría y se parecía
A un personaje de carnaval.

Militante de la utopía que sonreía
Sin más tapujos que el de su propia piel
Se te acercaba y en voz baja te proponía
Pasar la noche. En un Hotel.

Y después sin mediar palabra desaparecía
Toda su camaradería convertía en hiel
De vez en cuando se la llevaba la policía
Pero volvía con la alegría de un cascabel.

Se metía lo que pillaba, poco comía
Después decía. Me siento mal
Y se dormía con no se cuantas medicinas
En el alero de su costal.

Ayer la vieron coger el último tranvía
De su vida de gaviota sentimental
No había un alma en la buhardilla donde vivía
Ni tampoco apareció nadie en su funeral.

Fue la reina en un palacio sin ventanas
Dejó una nota que rezaba en un papel.
Tráteme bien por favor que soy una dama
Que perdió el alma por el amor de otra mujer

Que corra el aire, que corra el aire
Hoy en la plaza tenemos baile
Que corra el aire, que corra el aire
Nadie se acuerda de tus desaires.

Del libro “Mujer Luna”
Joaquín lera

Del libro “Mujer Luna”
Joaquín lera

Alguna noche

Alguna noche
Temí el egoísmo de mis dedos,
Medio orfebre
De tus pechos rotundos.
Temí la pobreza de mis
Genitales,
Ante la avalancha de tus
Muslos bravos.
Me sentí vencido
Entre las tormentas de tus
Piernas largas,
Tu jugosa cuenta,
Tu redondo traste.
Alguna noche,
Me sentí un blasfemo,
Un depredador de tu
Magna carne.
Un aventurero sin moral
Ni naves,
Intentando el semen del
Máximo viaje.

Del poeta rioplatense Ruben Ariel Alarcón
para el Periódico Irreverentes.

<http://guillemosastre.blogspot.com>



Últimos libros
del autor:
• La Xpina

Porpreciados y el retiro

estoy a un paso de quererte
a dos de decirte adiós
a tres de reconocerte
a cuatro de hablar con Dios
a cinco de que me tientes
a seis de beberme un ron
a siete de ser el cohete que se cuela en tu habitación
a ocho porque trasnocho
a nueve de la pasión
a diez de un sesenta y nueve en la cola de un avión.

LA VIDA ES MUY CORTA AMIGO
TU BIEN SABES LO QUE TE DIGO
LOS AÑOS PASAN VOLANDO
Y MIENTRAS SIGAMOS VIVOS
VAMOS A SEGUIR CANTANDO
POR PRECIADOS Y EL RETIRO
VAMOS A SEGUIR SOÑANDO
QUE TENEMOS NUESTRO SITIO
VAMOS A SEGUIR RETANDO
A LA RUEDA DEL DESTINO
VOY A SEGUIR ESPERANDO
QUE ME QUIERAS UN POQUITO.-

estoy a un paso del ocaso
a dos de pedirte amor
a tres de perder el paso
a cuatro de que se yo
a cinco de dar un brinco
a seis de otra ocasión
a siete de echarlo a suerte y agradecer tu intención
a ocho de que pinocho
no pierda su corazón
a nueve de ver la nieve a diez de tomar el sol.

Guillermo Sastre y Joaquín Lera.

Luis Eduardo Aute

“Animal con alma”

Nació en Filipinas, de padre español; cantó por primera vez en el Hotel Avenida, de Madrid, descubrió el erotismo viendo a Marilyn Monroe en Niágara; decidió con catorce años que no volvería a ir nunca a misa, ha compuesto la mejor canción de desamor de por estas tierras “las cuatro y diez”, pinta, escribe frases como “abrázame fuerte, fuerte, muy fuerte, hasta que la muerte nos abrace”, y compatibiliza su aire de golfo con un toque de asceta. Escribe que los cuerpos, después del amor, huelen a alma. Se puede leer en AnimaLhada.

Para quienes no hayan leído AnimaLuno y AnimaLdos, ¿Qué es AnimaLhada?

Hay ciertas ideas que anoto cuando aparecen. Las dejo ahí, en el cuaderno, y esas ideas van tomando cuerpo por sí solas. Son como pequeñas semillas que van adquiriendo su propio cuerpo, que se acaban convirtiendo en ocasiones en pinturas, otras veces en canciones o se quedan como poemigas, no son versos necesariamente, son frases que contienen ideas expuestas como me sale del alma.

El libro es excesivo en muchos sentidos, en ocasiones parece hijo del surrealismo

Hay influencias del surrealismo, del dadaísmo, de las vanguardias. Conozco todas estas corrientes creativas, pero me considero más racionalista; yo no hago nada automáticamente, aunque lo parezca. Necesito tener la libertad de crear como me apetezca, porque el arte es libertad, si no es así no sirve para nada. No puedo negarme la curiosidad por descubrir otros lenguajes, por eso uno la prosa, el verso, el dibujo, la pintura. Cada forma de expresarme me permite decir lo que no puedo decir con otra,



sarme me permite decir lo que no puedo decir con otra,

AnimaLhada es en realidad tres libros

Si, se recoge “AnimaLuno”, “AnimaLdos” y “AnimalTresD”. El primer Animal lo editó El Europeo en 1994, el segundo lo editó Plaza y Janés en 1999. En estos años he creado el resto de la obra, los poemigas, los anaglifos,

que ahora aparecen con los dos anteriores libros. A veces surgen motivaciones amorosas, políticas, existenciales, religiosas, todo fluye y queda representado. Fue idea de la editorial reunir los tres libros en uno. Siruela se ha implicado especialmente en esta edición “de lujo” que es una joya de libro indigna de mí. “AnimaLuno” son esencialmente “boligrafías” acompañada por música que no

tiene nada que ver con mis discos. “AnimaLdos” es un libro-vídeo con imágenes de animación artesanal, y en “AnimaL3D” los protagonistas fundamentales son la mujer, el pez, el ángel, el agua... En todo caso, espero poder seguir escribiendo poemigas mientras viva, aunque no sé lo que haré, porque en cada momento el alma te pide hacer cosas distintas.

Usted da un valor especial al término animal

Sí, animal es una palabra bellísima, los hombres somos animales, el ánima –el espíritu– es el origen de la palabra animal. No puede ser más espiritual. Todo los seres vivos tienen alma, no sólo el hombre, somos animales con ánima.

¿Cuál es el centro sobre el que rota su obra, tanto este libro, como sus canciones o su pintura?

Creo que el verdadero el único argumento de mis canciones, de mis textos y de mi pintura es el ser humano. Me interesa el Hombre, su alma, saber de dónde vienes, a dónde vas. Si tiene sentido que estés aquí, saber que te vas a morir y no saber qué pasa después, si es que pasa algo.

Usted es un hombre de ninguna parte, con muchas influencias culturales. Eso tiene que abrir la mente por obligación.

Es cierto. Tengo cinco lenguas “natales”, digamos. Nací en Filipinas, donde se hablaba en español, en el colegio la educación se impartía en inglés. Hablaba el tagalo con los amigos, en la ciudad; mi padre hablaba catalán, mi abuela, valenciano. Con tal mezcla desde muy pequeño, lo asumí todo como algo natural y no me costó nada aprender idiomas. El cerebro está dispuesto a recibir cuanta información le des y lo aprendes todo.

No recuerdo si el primer disco que tengo suyo es “Albanta” o “Babel. Canciones satíricas”, de 1976. Una joya. Nos vamos poniendo mayores.

Yo me miro y no me lo creo. Cuando me miro al espejo, me suena ese rostro que veo, pero no soy yo. No hay relación entre la edad que uno siente y la que tiene realmente.

César Strawberry, es conocido por ser cantante y líder espiritual del grupo de rock DEF CON DOS. Ha publicado en Ediciones Irreverentes *Besando la lona*, novela que el diario El Mundo ha definido como “la más bruta escrita en el último siglo” y ha participado en 13 para el 21. Sigue cantando por los escenarios patrios que “tuno bueno, tuno muerto”. *Besando la lona* es la historia de un hombre que entra en la crisis de los 40, es despreciado y atacado por la sociedad y decide vengarse. La novela, publicada por Ediciones Irreverentes, es el más claro exponente literario del “No future” que preconiza el punk.

Llevas más de una década con DEF CON DOS y tu público sigue siendo fiel ¿Cuál es el secreto?

Con la vuelta hemos comprobado que hay mucha gente para la cual DEF CON DOS ha significado algo más que un grupo de rock al uso. Las letras de las canciones, así como los mensajes y conceptos transgresores con los que tratamos de invitar al público a pensar por sí mismo rechazando los grandes dogmas e ideologías, han marcado algunas pau-

“César Strawberry La novela más bruta escrita en el último siglo”



tas que la gente ha sabido asumir como propias. Tras dieciséis años de DEF hay mucha gente que ha crecido escuchándonos, y ver que seguimos dando caña refuerza nuestra complicidad.

Publicas *Besando la lona*, apareces en la antología 13 para el 21...¿A

qué se debe este interés por compaginar la literatura con la música?

Compaginar música y literatura se parece mucho a andar y mascar chicle a la vez: con tener más de dos dedos de frente basta. Aparte de las letras de DEF CON DOS, siempre me ha gustado escribir guiones, artículos

y todo lo que me han dejado. Al fin y al cabo se trata de contar historias en un formato u otro. No obstante, *Besando la lona* es el mayor reto literario al que me he enfrentado hasta ahora. Es una novela agria y muy bestia que creo está en perfecta sintonía con el punto de vista crítico y ácido que mantiene DEF CON DOS desde siempre. Es un paso más en el mismo camino.

El protagonista de *Besando la lona* se siente agredido por la sociedad ¿Cuál es su defensa ante las agresiones?

Es un tipo normal acostumbrado a llevar una vida medioburguesa bastante anodina que, en una mala racha, es arrastrado a los infiernos del paro, la exclusión social y el desmoronamiento de todos los valores que sustentaban su vida hasta entonces. Esto le sume en una

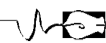
espiral de desesperación tan dramática como grotesca que amenaza con desembocar en catástrofe. El personaje se siente agredido por un entorno social del que él siempre ha formado parte. Sólo cuando “su mundo” le rechaza se da cuenta de hasta que punto él mismo es víctima y verdugo a un tiempo.

¿Crees que la sociedad puede convertirnos en criminales?

En una sociedad tan abiertamente injusta como ésta en la que todos nos acomodamos a vivir pendientes sólo de las pelusas de nuestro ombligo, todos somos criminales. Nuestra pasividad ante el dolor ajeno nos hace cómplices de la gran farsa del bienestar que creemos haber construido.

¿Qué te animó a participar en 13 para el 21?

La insistencia de la editorial; respondí “¡Sumo sacerdote de la edición! Tus ánimos me han puesto las pilas. A ver si este verano me pongo a escribir el novelón ése de 400 páginas que nos va a jubilar. Ante la insistencia de mi ilustre editor no puedo menos que ponerme a ello.



El silencio perturbado

Se sentó en medio del jardín y contempló el paisaje desolado. Durante toda la noche el viento había aullado entre las rendijas de la vieja casa. Aquella noche permaneció sentada en la cama, sin saber qué hacer. Ella había elegido aquella casa en medio de la montaña, solitaria. La había buscado porque deseaba el silencio y la paz de los árboles. Aquel jardín poblado de viejos castaños, de austeros cipreses, aquel era su lugar. Su marido estaba fuera durante largas temporadas, a él le gustaba su casa de la ciudad, en medio del barrio antiguo, próxima a todo. Pero a ella, los sonidos incesantes de la calle, la vida que no dejaba de circular al otro lado de las ventanas, la habían terminado de convencer de su soledad sin límites.

Cada vez que él regresaba la distancia se hacía mayor. Aquel mundo lejano, repleto de reuniones de trabajo, de gente siempre diferente, de ambientes densos de humo y largas conversaciones. El sonido del mundo exterior asediaba su vida solitaria. Su tristeza ya no era un secreto para los que la conocían desde hacía largo tiempo. Por eso un día se lo confesó al tendero.

- Me quiero ir de aquí.

El hombre la contempló en silencio. ¿Cuántos años se conocían? Desde que ella se casó y se mudó a aquella casa del centro. Se acordaba de las primeras veces, cuando ella, recién llegada a aquel barrio lo preguntaba todo, desde cómo ir a algún lugar distante, hasta cómo cocinar cualquier plato para ella desconocido. Era una mujer cercana. El tendero era ya un hombre viejo. Por eso sintió pena, porque aquella mujer todavía era demasiado joven para estar tan sola, casi siempre la soledad viene cogida de la mano de la edad.

El viento había arrancado una rama del castaño, la más grande, a la que ella se subía de vez en cuando para ver el paisaje que había al otro lado del muro que cercaba el jardín. También había arrancado todas las hojas de los árboles frutales. Los árboles se habían desnudado en plena primavera, era como si de golpe hubiera llegado el otoño. El sonido del teléfono la sobresaltó, corrió hacia la casa. Era la voz de la chica sudamericana que venía a limpiar los martes, ella cerró los ojos, por un instante había pensado que podría ser él. El viento huracanado de la noche anterior era noticia en todos los medios de comunicación y ella sabía que lo primero que él hacía al levantarse por la mañana era leer la prensa. La chica sudamericana sollozaba.

- Señora, llamo para disculparme. No voy a poder volver a su casa, su marido ya le habrá contado porqué.

Ella no sabía qué decir. ¿Qué había pasado?

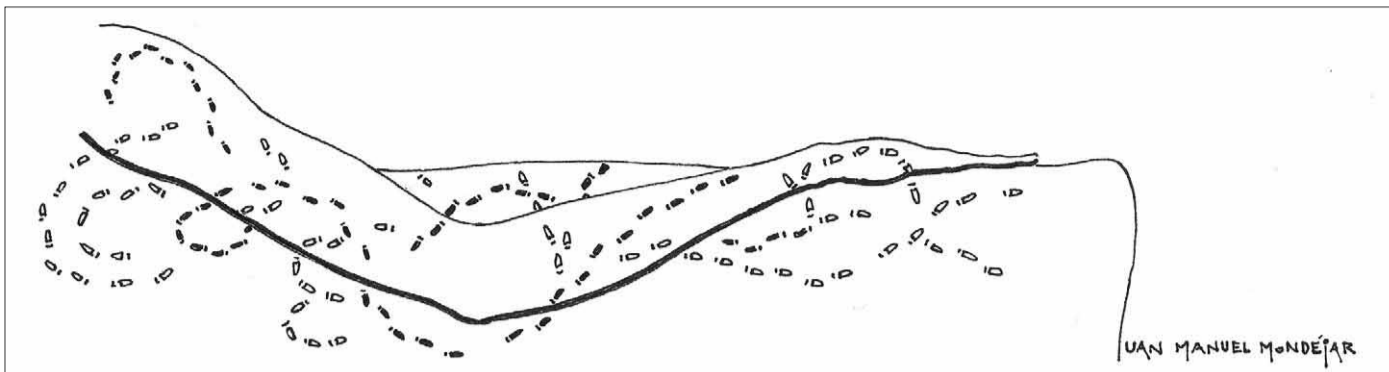
- Son los duendes señora.

La chica empezó a llorar, intentaba hablar pero el llanto la interrumpía. Ella esperó, la dejó llorar.

- Señora, han entrado en su casa y ya no se van a ir. Cuando lo hacen se quedan allí para siempre. Saben que usted vive sola y a ellos les gusta las casas donde hay silencio y pueden estar a sus anchas, por eso nunca están donde hay niños.

Ella guardaba silencio. ¿Duendes? ¿Qué son los duendes? ¿Qué era lo que le tenía que contar su marido?

- ¿A usted no le han hecho nada todavía? A mí me tiraban siempre del pelo cada vez que subía a la terraza a tender la ropa. Al principio no les hacía caso. En mi país trabajé en una casa que también tenía duendes y me acostumbré a que me tiraran de las trenzas. Pero las últimas veces fueron más lejos, empezaron a susurrar mi nombre cada vez que abría la puerta de la terraza, yo les gritaba y les decía que se marcharan y me dejaran en paz, pero entonces se reían y el sonido de su risa me helaba la sangre en las venas. Además, ya no están sólo en la terraza, están por toda la casa. El otro día, cuando bajaba de la terraza con el cesto de ropa me empujaron por las escaleras. Quieren matarme. Por eso no puedo volver, no les gusto, creo que no quieren que haya nadie más en la casa.



Isabel María Abellán

<http://isabelmabellan.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- El último invierno
- La línea del horizonte

- ¿Por qué no me has contado nada de todo esto?

La chica ya no lloraba, ahora parecía tranquila.

- Usted está contenta en esa casa. Se pasa las horas en el jardín, arreglando sus flores, siempre me sonrío al verme llegar. En la casa de la ciudad usted estaba distinta, parecía ausente. Por eso me daba pena contarle lo que me estaba pasando, además, es posible que a usted no la molesten nunca, da la impresión de que pertenece a ese lugar. Pero yo soy para ellos una extraña y mucho me temo que su marido también. Cuando él vino yo se lo conté todo, pero él se echó a reír, no le dio importancia. ¿Sabe? Eso me preocupa, si los duendes se enfadan con alguien pueden ser vengativos.

- ¿Cuándo viste a mi marido?

- El martes pasado. Yo estaba en la cocina

bebiendo un vaso de agua, me acababa de pasar lo de la escalera. Usted se había marchado al pueblo a hacer la compra, fue entonces cuando escuché el sonido de un coche entrando en el jardín, pensé que era usted que regresaba y salí corriendo para contarle lo que me había pasado. Pero era su marido. No pude evitarlo señora, estaba tan nerviosa que se lo conté todo a él. Entonces él me dijo que me acercaba al pueblo, así podía coger el autobús que va directo a la ciudad y no tendría que esperar al que pasa por aquí y que tarda tanto en hacer su recorrido. Yo le dije que no se molestara, que me gustaba esperar a que usted regresara, pero él me comentó que tenía que ir de todas formas al pueblo porque quería dejar el coche en el taller. Regresaría dando un paseo, así le daría a usted una sorpresa.

Cuando colgó se sentó en la silla baja que había junto a la mesita del teléfono, miró la amplia habitación, era su lugar preferido, tenía amplios ventanales desde donde se podía contemplar el jardín. En los días de sol, los rayos entraban e invadían toda la estancia, llegaban hasta la escalera que subía a los dormitorios. Aquel era el lugar donde ella siempre estaba, le gustaba tumbarse a leer en el sofá, dejaba las ventanas abiertas para escuchar el sonido del viento entre los árboles, ellos eran su única compañía. En aquel lugar era feliz.

Pero aquella llamada la había entristecido, pensó de nuevo en el castaño mutilado y en los árboles desnudos. Cogió el teléfono y llamó a su marido. Necesitaba saber por qué no la esperó el martes pasado. Aquel día ella se entretuvo más de la cuenta, tuvo que ir al banco para solucionar ciertos detalles de la venta de la casa de la ciudad. Si él quería darle una sorpresa podría haber esperado un poco más, aunque quizá tuvo que regresar al trabajo, pero, en cualquier caso, podría haberle dejado una nota diciéndole que había estado allí o haberla llamado más tarde. También quería comentarle lo que le acababa de decir la chica sudamericana. Los duendes, sonrió con amargura. La secretaria cogió el teléfono.

- Cuánto tiempo sin oír tu voz. ¿Por qué no vienes de vez en cuando por aquí? Podríamos salir de compras, ir al cine, no sé, hacer las cosas que hacíamos antes.

La secretaria era una vieja amiga, antes salían juntas, se llamaban con frecuencia. Fue ella la que dejó pasar el tiempo y olvidó las viejas costumbres.

- ¿Tu marido?

Al otro lado se hizo el silencio, quizá un silencio incómodo.

- Hace días que no viene por aquí. El último día comentó que estaba cansado, que se iba a vuestra casa de la montaña porque necesitaba unos días de reposo, me dijo que le apetecía disfrutar contigo de la nueva casa. Ya sabes que nunca tiene tiempo para estar en ningún sitio.

Colgó el teléfono. A pesar del sol radiante de aquella mañana de primavera el día se había vuelto sombrío. Se estremeció al recordar las palabras de la chica sudamericana. "Creo que no quieren que haya nadie más en la casa". Subió con lentitud las escaleras, recorrió los dormitorios del primer piso, todo permanecía quieto. Se dirigió entonces hacia la parte superior de la casa, donde estaba la terraza, desde allí se podía contemplar el valle y la ciudad y las montañas que había al otro lado. Abrió la puerta y salió a la terraza, el viento mecía la ropa tendida, contempló aquel paisaje con la ciudad al fondo, fue entonces,

cuando iba a poyarse en el muro de la terraza, cuando sintió un tirón en el pelo. Se volvió sobresaltada, no había nadie, había sido en un mechón pequeño, había sentido el dolor agudo de un tirón fuerte. Sin embargo, nadie susurraba su nombre, pensó que todo era pura sugestión. Bajó de nuevo las escaleras, lo hizo agarrada con fuerza a la barandilla, por si alguien la empujaba

por detrás. No tenía miedo, sólo rabia por creer en lo absurdo. Salió al jardín y se sentó de nuevo en el césped. Había cogido del cajón de su mesilla de noche el teléfono móvil. Nunca lo utilizaba, a él no le gustaba que lo llamara a ese teléfono porque a veces había interrumpido una reunión importante de trabajo, casi siempre era él el que la telefoneaba y lo hacía a la hora de la cena, a veces antes de irse a la cama. Pero desde hacía más de una semana, después de la discusión por la venta de la casa de la ciudad, él no la había llamado y ella no había querido dar el primer paso. Esperó con impaciencia su llamada, cada noche se arrepentía de su terquedad, pero necesitaba que fuera él el que cediera esta vez. ¿Hasta cuándo podría resistir sin escuchar su voz?

marcó su número de teléfono y esperó con el corazón latiendo fuerte. El teléfono daba tono, aquello era buena señal, no debía estar en ninguna reunión importante. De pronto apartó el móvil de su oído, ¿qué era aquello? Miró alrededor, estaba escuchando el sonido de un teléfono. Él estaba allí, porque el sonido llegaba nítido, aunque muy distante. Se levantó y escuchó, la llamada sonaba en el interior de la casa. Pensó de pronto que quizá pudo dejarse el teléfono la última vez que estuvo allí. Pero también pensó en los duendes y en que quizá estuvieran jugando con ella, pero entonces sintió más rabia. Sin colgar el teléfono se dirigió hacia la casa, el sonido seguía siendo distante, pero no había duda, provenía del interior. Empujó con cuidado la puerta de la casa, siempre estaba entornada. Miró hacia la izquierda, donde estaba la puerta que bajaba al sótano. El sonido venía de aquel lugar. Se apoyó en el quicio de la puerta, estaba aterrada. Su marido nunca bajaba al sótano para nada, ni siquiera sabía muy bien qué era lo que ella guardaba allí, tan sólo cosas viejas que se había traído de la otra casa y que aún no sabía qué iba a hacer con ellas. Se acercó a la puerta del sótano, estaba cerrada con llave. Fue hasta la caja donde colgaban todas las llaves de la casa. La mano le temblaba cuando la introdujo en la cerradura. Entreabrió la puerta, el sonido era ahora más intenso, palpó con la



mano la pared y dio la luz. La escalera descendía hasta perderse de nuevo en la oscuridad. Recordó entonces que no habían puesto todavía otro interruptor que les permitiera encender la luz del sótano desde arriba. Bajó lentamente las escaleras, al final había un rellano pequeño, la puerta del sótano estaba entreabierta, por eso el sonido del móvil se escuchaba desde fuera. Antes de empujar la puerta para abrirla del todo introdujo la mano y palpó la pared, buscaba el interruptor. Dio un grito. Alguien había pellizcado su mano. La sacó de inmediato y la contempló, no había sido un pellizco, le habían clavado un objeto punzante, por la señal que habían dejado parecía que le habían clavado un destornillador. En la estantería que había apoyada en la pared, junto al interruptor, estaba la caja de herramientas.

- ¿Estás ahí dentro?

El teléfono seguía sonando, pero todo alrededor seguía en silencio. Ella empezó a llorar, tenía mucho miedo. De pronto estalló.

- ¿Qué le habéis hecho?

Al principio regresó el silencio, pero a lo lejos, en algún lugar del interior de la casa, se inició una risa tenue que lentamente se fue acercando y haciendo más intensa. Eran muchas las voces que reían. Cuando la cercaron se tuvo que tapar los oídos.

- ¡Ya basta!

Las risas cesaron. No podía dejar de temblar. Introdujo de nuevo la mano y buscó el interruptor, lo pulsó pero no se encendió ninguna luz, cerró los ojos, se había fundido la bombilla. De nuevo comenzaron las risas.

- ¡He dicho que ya basta!

Cesaron de golpe. Abrió lentamente la puerta, por el ventanuco que había en la parte alta de la pared se filtraba la luz del sol llena de polvo, pero fue suficiente, lo pudo contemplar sin que las risas volvieran a molestarla de nuevo. Los duendes le habían sacado los ojos. Estaba echado sobre el colchón viejo que no habían tirado porque pensaron que podían necesitarlo alguna vez, a sus pies, dentro de un viejo jarrón que había bajado a buscar, había un ramo de rosas marchitas. Él había querido sorprenderla con aquellas flores que tanto le gustaban. Las moscas zumbaban alrededor de las cuencas vacías de sus ojos, ya no sangraban. El teléfono móvil seguía sonando sin cesar. Se acercó lentamente y lo sacó del bolsillo de su americana, luego, se sentó a su lado y de un manotazo ahuyentó a las moscas. Ahora, otra vez, todo volvía a estar en silencio.

Francisco Ferrer Guardia

El Mediterráneo es un mar cálido. En las ciudades que se asoman a él parece que el otoño se desperezara siempre con lentitud, como si nunca quisiera terminar de llegar. La luz azul del mar, con sus breves destellos dorados, hace que el pausado declive del otoño parezca una ficción lejana.

Por eso, porque la temperatura era tan suave durante casi todo el año, era por lo que aquel maestro acostumbraba a llevar, de vez en cuando, a sus alumnos hasta la lonja que había junto al puerto. Se podía aprender tanto viendo descargar las cajas con el pescado recién sacado del mar. A todos, grandes y pequeños, les fascinaba ver al Pez Espada, a la temible Raya, al Pulpo de largos tentáculos. Era el mar, en sus mentes infantiles, un mundo poblado de seres monstruosos, en donde se libraban espantosas batallas, en las que siempre era el Pez Espada el que cercenaba sin piedad los tentáculos de aquellos osados pulpos que pretendían estrangularlo con su abrazo mortal. Para todos sus alumnos, el Pez Espada, era el rey indiscutido del mar. Quizá por eso, siempre regresaban de aquellas excursiones con varias espadas que los pescadores cortaban a modo de trofeo para los colegiales. Espadas que



Porque la temperatura era tan suave durante casi todo el año, era por lo que aquel maestro acostumbraba a llevar, de vez en cuando, a sus alumnos hasta la lonja que había junto al puerto.

se quedaban en el patio de la escuela durante días al sol, enterradas en sal para curtirse bien antes de poblar con su recuerdo fiero las paredes de la clase.

Aquel 13 de octubre no parecía distinto a los demás. El mar estaba alegre y azul, chisporroteaba luces doradas. Venía hasta la orilla formando pequeños cúmulos de espuma. ¡Cuántas veces los alumnos habían pedido permiso al profesor para descalzarse y correr hasta la orilla! Allí se habían entretenido durante horas cogiendo caballitos de mar, saltando sobre las olas que rompían en la orilla, jugando a entrar en el agua y a saltar para no mojarse. El maestro los contemplaba sentado desde una tabla enmohecida del embarcadero. Definitivamente el Mediterráneo era un mar cálido y quién sabe, quizá también fuera el más azul.

La celda de su prisión en Montjuïc era oscura y húmeda. Sentado en su camastro, envuelto en aquella especie de manta áspera que le había entregado su carcelero la víspera, el maestro intentaba controlar los espasmos de su cuerpo. Se mentía a sí mismo diciendo que aquellos temblores los causaba la fiebre, que todo era por culpa de la humedad. Pero no era verdad, temblaba porque sabía que ya nunca más iba a volver a ver aquel mar azul poblado por todos aquellos seres fantásticos que tanto hacían soñar a sus alumnos. Estaba temblando porque sabía que ya nunca más tendría que esperar pacientemente a que aquellos colegiales se sentaran en sus pupitres y se callaran para poder empezar la clase. Estaba llorando, sin poder reprimir aquellas lágrimas, porque sabía que nunca más volvería a existir aquella escuela que tantos años tardó en crear, y porque entonces, todos aquellos niños que a diario acudían a sus aulas, ya no tendrían, nunca más, un lugar en el que seguir siendo niños.

“Francisco Ferrer Guardia, fue ejecutado el 13 de octubre de 1909 en la prisión de Montjuïc, acusado de haber sido el instigador de las revueltas que tuvieron lugar en Barcelona durante la Semana Trágica. Esta ejecución levantó una oleada de protestas internacionales, porque, tal como afirmó el portavoz francés, Anatole France, “Su crimen fue el de ser republicano, socialista, librepensador; su crimen fue haber creado la enseñanza laica en Barcelona, instruido a millares de niños en la moral independiente, su crimen fue haber fundado escuelas”.

Ferrer Guardia creó la Escuela Moderna en 1901 en Barcelona, fue cerrada por el gobierno en 1906, pero las ideas de Ferrer sirvieron de inspiración para las Modern Schools desarrolladas en los Estados Unidos y en Londres.”

Los dos indios

Estaba anocheciendo, el horizonte se había puesto rosa, no había nubes en el cielo, de la cordillera andina bajaba hacia la llanura un viento helado. Terminó de meter el ganado y se marchó a su cuadra. Se sentó en el camastro, hacía frío pero ya había aprendido a no pensar en él. Sacó de debajo del colchón el trozo de folio y leyó lo último que había escrito. En ese instante llegó su amigo, el que había venido con él desde el pueblo, se sentó a su lado.

- Me tienes que ayudar con mi carta.

Marcial lo miró a la cara, tenía la piel cortada por el frío, como la suya, los ojos brillantes.

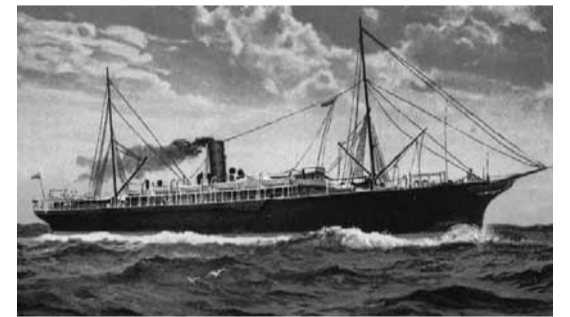
- ¿Te sigue doliendo la cabeza?

El amigo bajó la cabeza.

- ¿Qué le has puesto a los tuyos?

- Que aquí es ahora invierno, pero que no pasamos frío porque nos tienen puesta una estufa de hierro, que comemos la mejor carne del mundo, que las argentinas son guapas, y que los domingos vamos tú y yo hasta el pueblo y nos damos un paseo por el mercado después de misa. Que nos pagan bien y que no nos falta de nada.

- ¿No te preguntan cuándo vamos a regresar?



Terminó de meter el ganado y se marchó a su cuadra. Se sentó en el camastro, hacía frío pero ya había aprendido a no pensar en él.

Marcial bajó la cabeza.

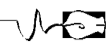
- Antes me lo preguntaban en cada carta, pero del verano acá ya no me lo han dicho más.

- Eso ha sido que Pedro ha hablado, el muy cabrón lo ha soltado todo.

Se quedaron los dos en silencio, hacía frío como para ponerse la manta por encima, pero ninguno tenía ganas de moverse. En el Valle del Baztán era ahora verano, los días soleados la gente del valle bajaría a bañarse en el río, las mujeres cocinarían tortas de maíz para el día de la Virgen de agosto, era entonces cuando se hacía la fiesta grande, para festejar el fin de la cosecha. Recordaron el prado por la noche y los músicos subidos a la tarima y la gente bailando hasta las tantas.

Marcial miró a su amigo, aún no había cumplido los veinte años, por eso todavía creía que las cosas que sucedían eran culpa de los demás.

- No ha sido Pedro, no ha sido nadie. No preguntan porque hace tiempo que comprendieron que nunca regresaremos.



El mal del mar muerto

Ella le pregunta por el color del mar.
Usted dice: Negro.
Ella responde que el mar nunca es negro,
que debe usted confundirse.

El mal de la muerte.
Marguerite Duras



Pedro Antonio
Curto



Un hombre mira el mar mientras anochece. Está de espaldas a un paseo por donde deambulan seres nocturnos; da la espalda a la ciudad. Una mujer se le acerca, le pide fuego, tiene un pitillo entre sus labios rojos, él la observa de soslayo. Le da fuego y contempla su rostro a la luz de la pequeña llama.

Debiera haberla encontrado antes, antes de que las arrugas surcasen su rostro, antes de que el infortunio habitase en su ser, antes de que su alma se agrietase, antes de que su mal le inundase, antes...

Ella le dice que el mar es azul, pero él lo niega, es negro, negro como la noche que se avecina. Ella le dice que es un efecto de la falta de luz, que es necesario verlo por el día, pero él argumenta que es la luz quien engaña nuestra vista, el mar es negro. Hay que saber percibir con todos los sentidos, a veces nuestra mirada nos engaña. La mujer duda entonces, y se calla.

Debiera estar en alguna parte, en el instituto, en la facultad, en un bar, en una calle, habitando algún barrio del extrarradio, en aquel paseo... más no la hubiera visto, porque su mal, le ha acompañado desde siempre.

Ella le pregunta si espera a alguien; él mueve la cabeza afirmativamente.

- Tengo una cita ineludible- le dice.

- ¿Ahora?- Pregunta la mujer.

- Hoy, mañana... ella lleva demasiado tiempo esperando y está cansada.

- ¿Podría haber una pausa, un aplazamiento?- Indaga y sólo entonces el hombre deja de mirar al mar, deja de dar la espalda.

- Podría...pero, ¿por qué?

La mujer no responde, no necesita hacerlo; le está mirando con pupilas encendidas.

Quedan para la noche siguiente, en un hotel próximo al lugar. El hombre le ha ofrecido dinero, ella lo ha aceptado con una sonrisa cómplice.

- Será sólo una pausa, una pequeña pausa-dice él antes que ambos se separen.

El hombre está en la habitación del hotel vestido con un traje oscuro y la espera sentado en el sillón. No ha querido quedar con ella en el paseo ni en ningún otro lugar, se ha refugiado en aquel cuarto enmoquetado, relativamente lujoso, que sólo tiene una ventana a través de la que se puede ver un mar que oscurece con el día que se va.

es medianoche cuando ella llega, va vestida con sencillez, pero le atrae como la nieve de oriente.

-¿He llegado tarde?- Pregunta ella tras entrar en la habitación y cerrar la puerta que los aísla.

- Siempre se llega tarde a algunas cosas. A alguna ni siquiera llegamos.

- ¿A que?, por ejemplo- pregunta la mujer con ingenuidad mientras se sienta en la cama.

- Al deseo.

-¿Al deseo? Creo que es algo a lo que llegamos muy pronto, cuando somos adolescentes ya nos empieza a invadir.

- Sí, pero eso es la tentación, el instinto animal que domina en nosotros y apenas sabemos comprender. Pero el dialogo con el, es un largo aprendizaje al que apenas llegamos a tocar suavemente.

Él es un hombre con arrugas en la frente, con las manos temblorosas, las pupilas cubiertas por la sombra de una telaraña, y sin embargo quiere ver, quiere descubrir, aún, aún... Porque la vida se percibe en la piel, porque la vida parte del cuerpo, incluso, en la decrepitud del suyo.

Ella es joven, podría ser una muchacha, incluso una adolescente, pero no lo es, porque cuando un cuerpo se encuentra con una caricia que la ama, o que no la ama, se va pudriendo, adquiriendo una arruga en cada parte de su piel.

ella se acerca y acaricia al hombre sus cabellos blancos. Él la coge por las muñecas y hace que baje a la altura donde se encuentra sentado. Ella confunde ese gesto y se dirige a la entrepierna, le baja la cremallera, pero él le aparta la cabeza.

- ¡No, no...!- Exclama, porque recuerda, recuerda...

Guardaba en su memoria la sensación de que la piel se callaba, que le era imposible gritar, aunque el deseo golpease contra las puertas de sus sentidos y amenazase con que las aguas penetrasen dentro. Pero eso nunca ocurría, era vivir en el interior de un volcán cuya lava hervía, pero nunca salía al exterior. Así, aquella

piel, aquel cuerpo que respiraba deseo, era la cárcel que lo encerraba.

Y lo supo visitando camas rojas, lechos tranquilos, puertos oscuros, la pensión triste de la monotonía o la alegría efímera del olmo rebrotado...pero siempre estaba ahí, la inaccesible.

el hombre coloca sus dedos sobre los labios femeninos bañados en rojo carmín y hace que la pintura se extienda por los contornos de la boca hasta

hacer que el rostro-joven y delicado-adquiera

un aspecto grotesco. Después la besa y él también se impregna del carmín rojo. Ella le quita las ropas y con su desnudez queda al descubierto su sexo inerte.

- Debo tener un aspecto ridículo, aquí sentado, viejo y desnudo.

- Ámame, así serás joven.

-Si te amo, moriré.

Ella comienza a desnudarse, "despacio por favor", le dice él,

y ella atenúa sus movimientos. Cae la falda, el suéter, el sujetador, las bragas, los tejidos quedan esparcidos por la habitación como una cosecha. El hombre se levanta, coge la ropa de ella, la acerca a su rostro y la huele, luego la abandona. La agarra de la mano y la conduce a la cama, lo hace como si se tratase de una niña, con la delicadeza que se trata la fragilidad.

Sus dedos recorren su rostro, le cierran los ojos y acarician los párpados, caminan por la nariz, se extienden por las mejillas, por sus labios, juegan con el mentón, le hace cosquillas y ella sonríe, también lo hace él. Acerca su rostro y besa su cuerpo, se inunda de él, sus labios se rozan contra la piel como si pretendiese fusionarse con ella. Pero en un momento, él se para, se

**Sólo a ti podría
amarte, sólo a
una puta se ama
realmente.
Lo demás son
esposas, novias,
amantes.**



Últimos libros
del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto

<http://www.curtoescritor.com>

levanta, se viste, va hasta la ventana y contempla el mar, el mar negro.

- ¿Qué pasa?- Le pregunta ella y cuando él vuelve el rostro, está bañado en lágrimas. La joven se acerca a él y besa sus lágrimas.

- Déjame ser tu puta- le murmura al oído.

-¿Por qué? Tú en realidad no eres prostituta.

- No, no lo soy, pero he aceptado su dinero.

- ¿Por qué lo has hecho?

- Quería justificarme a mi misma, darme una razón para poder estar con usted.

El hombre le limpia con un pañuelo el carmín rojo que antes le ha extendido por su rostro, luego la besa, sus labios, sus hombros, atrapa el lóbulo de las orejas y lo muerde ligeramente, ella se queja.

-Perdona- se disculpa él.

-No, no, sigue por favor, soy tu puta- le dice ella y cierra los ojos, echa sus cabellos hacia atrás, extiende los brazos, como muertos, en actitud de entrega. Por unos momentos le gusta aquella situación, aquel dominio del cuerpo femenino entregado que tantas veces ha visitado, sabe que ahí está su mal, su imposibilidad; de todas formas continúa, porque quizás perciba que nada va a cambiar.

La coge entre sus brazos, la lleva a la cama. Se quita la corbata, se desabrocha la camisa, parece un hombre sediento. Besa sus pechos, pequeños montículos de coronaciones oscuras que recorre con los labios desde la base hasta los pezones erectos. Así sabe que ella puede sentir, que es capaz de cruzar las fronteras ante las que él cae derrotado. Y también ha comprendido, que aquello es algo más que un mal físico.

- ¿Es imposible que me ame?- Le pregunta ella con voz tenue.

- Sí, sí, es imposible- le responde él con un tono exhausto.

- ¿Por qué moriría?

- Sí, por eso- le responde sin poder siquiera mirarla.

- Pero quien ama, vive- le dice ella y acaricia su rostro sudado.

- ¡Quisiera amarte! ¡Quisiera amarte!- Exclama él y se extiende sobre su cuerpo. Acaricia su estomago, lo besa, hunde su lengua en el ombligo de la vida. Se para durante unos instantes, la contempla en silencio, besa el vello púbico, un pelo ensortijado en el que su lengua se pierde como en un bosque hasta encontrarse con sus labios. Es entonces cuando ella separa los muslos y la cueva rosácea se muestra abierta, como una gruta misteriosa que apartase la piedra que impedía el paso en virtud de haber resuelto un enigma. Ante el gesto de la mujer, él empieza a llorar. Otra vez, ella absorbe sus lágrimas.

- ¿Has amado a una mujer alguna vez?- Le pregunta.

- No, nunca. No he querido. No, he podido.

- ¿Por qué? ¿Porque morirías?

- Sí, así es.

- Es raro, no lo entiendo.

- Es algo así como lo de las abejas, en que el macho muere después de fecundar- le dice él. Y ella ríe, también lo hace él, por primera vez su relación abandona el tono sombrío. Pero es un instante, su rostro vuelve a adquirir el rostro del desasosiego, la tristeza sostenida en las facciones, y él se entrega a la exploración del cuerpo de la mujer. Le da la vuelta, ella se deja hacer. Descubre la planicie de la espalda, el montículo de las costillas, las sonrosadas nalgas, las deslizantes piernas. Aparta los cabellos y deja al descubierto su nuca.

- ¿Sabes que los japoneses creen que aquí hay un gran poder de seducción?- Le pregunta mientras la besa en aquel lugar.

- No, no lo sabía. No se tantas cosas, tú podrías aprenderme.

-¿Yo? Sólo soy un pobre viejo y lo único que puedo enseñar es hablar de la insatisfacción, de un hombre sediento que encuentra un oasis y no puede beber de unas aguas que le parecen cristalinas y maravillosas. No sabes que tormento es ese.



el hombre se desnuda completamente y se tumba sobre su espalda, la abraza, uniéndose a ella como quien se ahogara y se agarrase a los restos de un naufragio para no hundirse.

- Mi puta, mi deliciosa puta- dice él con un murmullo.

- Sí, sí...soy tu puta, a la que nunca podrás amar. Porque nunca se ama a una puta, porque nunca se ama a una mujer como yo.

- Sólo a ti podría amarte, sólo a una puta se ama realmente. Lo demás son esposas, novias, amantes, prostitutas... ¡Sólo a ti!- Y su voz se extenua con una languidez que parece infinita.

Los dos se han dormido, uno frente al otro, unidos por brazos, piernas, los rostros casi juntos, pueden sentir la respiración del uno en el otro. Es él quien primero se despierta, se levanta, va hasta la ventana y mira al exterior donde le espera la cita aplazada. Enciende un cigarrillo, se aproxima a ella y la contempla durmiendo. Se embelesa con su suave respiración, un vaivén marino que hace bailar sus pechos en un vals lento donde él quisiera hundirse.

- ¿Me mirabas?- Le pregunta ella cuando se despierta.

- No, te adoraba, mi pequeña diosa, mi pequeña puta.

- Dicen que se empieza a amar cuando se adora.

- Sí, quizás, pero también es el comienzo del odio cuando el ser al que se adora se baja del pedestal. Yo a ti te adoro a la intemperie, sin templos, como un vagabundo que ha encontrado una imagen religiosa entre los escombros.

ella le quita el cigarrillo de su boca y exhala varias caladas, echa el humo sobre él y su rostro se cubre con una especie de niebla. Cuando el rostro se libera de ese manto, le parece volver a descubrirlo y se da cuenta que se necesitan. En aquellas facciones cansadas hay un ser que la espera, un ser que se ahoga, y por eso lo besa con desesperación.

-Nos queda poco tiempo- dice él, y se abalanza sobre ella, no espera que vuelva a la cama, con la espalda apoyada sobre un lateral, le separa los muslos y la abraza, sin adentrarse en su interior. Quizás no sea lo que ella espera, lo que una mujer aspira a recibir, pero él lo necesita, como un estertor, la última morada en la tierra de un naufragio.

- ¡No, no cierres los ojos!- Exclama él- mírame, aprésame en tus pupilas.

-Lo estarás siempre.

-No, no, después olvídate, destiérrame de tu memoria.

Se ha acercado a ella con las dudas de siempre, con los temores que habitan en sus recónditos interiores. Ha visitado su más profunda ciudad y laberinto: ha tratado de encontrar en su luz un hueco, un mar en el viento, el eco antes del ruido. Pero sigue estando allí el tiempo roto, la marea negra, vacía. No hay rumor del mar, silencio, silencio, o peor aún, un grito ahogado. Por eso sigue siendo, como ella, como la otra, como todas, el imposible diálogo con el deseo: la inaccesible.

Por eso, cuando todo acaba, en ese rincón tranquilo que es el semen derramado entre las sábanas, sobre un cuerpo, él es un hombre que no puede relajarse, su mar sigue inquieto, no hay marea posible bordeando la playa, ni siquiera existe sueño, sólo pesadilla.

La muchacha se ha vuelto a dormir. Él la contempla desde el sillón, vestido con su traje oscuro; otra vez está llorando.

-No, no temo a mi muerte, yo ya sólo soy un moribundo. Si te amo, temo matarte a ti, contagiarte mi mal, arrancarte un trozo de vida. Yo soy aquí la furcia, la que disimula, porque no puede hacer otra cosa, no sabe el lenguaje del placer. ¡No tengo derecho!- Le dice a aquel cuerpo dormido.

el hombre mira por la ventana, la oscuridad lo cubre todo, ni siquiera se ve ese mar donde le espera una cita. Luego se levanta, la mira por última vez, abre la puerta y cierra con suavidad, para no enturbiar su sueño.



Historia Sagrada:

Combates contra la especie: la virginidad

En la mayoría de los pueblos las vírgenes han dado siempre un poco de miedo. Una impresión como la de los recintos cerrados del castillo de Barba Azul o la Caja de Pandora. El varón siempre ha querido jugar, pero la activación biológica de una virgen pre-pildoriana disparaba todas las alarmas de esos procesos que culminan con la firma de unas mil letras en alguna oficina bancaria. Una jugada fuerte. Este miedo dio como resultado que, en el mundo antiguo, se recurriese a iniciadores o desfloradores profesionales, tales como el dios romano Mutino cuyas estatuas estaban en santuarios ubicados en el interior de los bosques. Según Lactancio, “algo” ocurría cuando una mujer se introducía en el secreto y oculto santuario, sentándose en las rodillas del dios Mutino. Parece que allí, de algún modo, entre el sacerdote y su dios, más o menos entre los atributos de alguno de los dos, concluía la virginidad de la alborozada joven. Cuando, una vez casadas, las mujeres querían combatir la esterilidad, volvían a visitar al simpático y eficazísimo dios.

Si embargo, los iniciadores sexuales del mundo pagano comenzaron a tener serios problemas con la aparición del cristianismo. A partir de entonces no resultó fácil el oficio de monitor de vírgenes, como puso de manifiesto la escalofriante batalla que, en tiempo de persecución romana, libró la mártir y santa Dionisia con dos libertinos inicialmente en buen uso. Los acontecimientos se precipitan cuando el juez, por no quemarla, abandona a Santa Dionisia a la discreción de los citados libertinos (*ad corruptendam*) que la llevaron a una casa y unieron sus esfuerzos para violentarla.

Para un presente nada desdeñable: los libertinos pudientes buscaban en Roma las primicias del amor, y ese era el gran comercio de las lenas y lenones, que solían tomar sus víctimas a la edad de ocho años, para asegurar mejor una mercancía tan frágil y escasa.

La lucha con la Santa, aunque desigual (el relato no aclara en qué dirección) se prolongó hasta la media noche sin que los libertinos consiguiesen nada concreto. Finalmente se les desplomó la libido. Para colmo de incidentes, cuando comenzaban a reflexionar sobre la conveniencia de la masturbación, se apareció un Ángel del Señor entre grandes resplandores. Santa Dionisia hizo las presentaciones y los libertinos, con la ocasión perdida y sintiendo la nostalgia de un paganismo echado a perder, prometieron que nunca más intentarían forzar a una virgen cristiana.

Cuenta el Padre Rivadeneyra que Santa Inés, nacida en Roma, era una joven de extraordinaria belleza que desde muy niña había consagrado su virginidad a Dios. Sinfronio, el hijo del Prefecto de Roma se sintió sumamente atraído, pero Inés le rechazó diciéndole que la grandeza de su Esposo era insuperable, aunque sin aclararle que, como cristiana, se estaba refiriendo a su Dios. Sinfronio, falto de pistas, sufría con el acertijo y terminó por caer enfermo, en tanto que su padre el Prefecto, apreciando en la forma cristiana de conducir el asunto indicios de cachondeo con la autoridad, prende a Inés y la obliga a sacrifi-



Rafael Domínguez

car a la Diosa Vesta. La niña se niega y, como castigo se la expone desnuda y se la ofrece en pública subasta.

pero era una Santa de recursos: en cuanto queda sin ropa comienza a crecerle masivamente el cabello de tal modo que le cubre todo el cuerpo, evitando que los compradores potenciales puedan ponderar el género. En consecuencia, su valor en el mercado comenzó a descender.

de todos modos, la pelambrea no era más que un simple parcheo temporal, pues, si bien evitaba el correcto visionado de Inés, hay que reconocer que la confería una desagradable apariencia de zorrino, y eso no es bueno para la imagen de



Pero era una Santa de recursos: en cuanto queda sin ropa comienza a crecerle masivamente el cabello de tal modo que le cubre todo el cuerpo, evitando que los compradores potenciales puedan ponderar el género. En consecuencia, su valor en el mercado comenzó a descender.



Últimos libros del autor:

- La firma cristiana como marca
- Historias extremas de América
- Historias del sexo prohibido
- Estructura social española
- Las excursiones americanas de los españoles

<http://rafaeldominguez.blogspot.com/>

ninguna institución. Así que, poco más tarde, se persona un Ángel y la hace vestir una ropa resplandeciente. Y es entonces cuando vuelve a entrar en acción el desventurado Sinfronio que sigue con la sensación de que le están tomando el pelo y, dispuesto a zanjar la broma, ataca en directo a Inés. En su precipitación, el joven no repara en el Ángel, y este, sin cortarse un pelo, le mata en el acto.

El Prefecto acude de nuevo a pedir explicaciones y la Santa, que ya está un poco embarullada, acierta a decirle que a su hijo lo mató un Ángel. Pero el Ángel ya no está y el Prefecto, que no puede creer tal explicación, confirma la escandalosa sospecha de que estos cristianos tienen mucha coña. Inés, que se ve venir un problema de imagen corporativa, intercede por Sinfronio y consigue que la divinidad lo resucite. Desde entonces, este damnificado teológico, cada vez que oye que hay por las proximidades una virgen cristiana, escapa a la Mauritania Tingitana.

Y hace bien, pues de no marcharse podría también haberse encontrado con las famosas siete vírgenes setentaeras, caso de pervisión edificante ocurrido en la ciudad de Ancira. Estas siete vírgenes, pese a tener entre setenta y ochenta años, fueron condenadas como cristianas al suplicio de la prostitución y entregadas a los libertinos de la plaza. Estos, según los textos cristianos, “no osaron” arremeter contra las vírgenes, excepto uno especialmente necesitado, quizá más masoquista que libertino, pero su sacrificio no fue aceptado y el espíritu de Dios se interpuso entre él y el vetusto objeto de sus deseos.

El Prefecto de Ancira, furioso al no ver cumplida la sentencia, ideó una perversidad aún mayor y la destinó al servicio del templo de Diana. Parece que las siete, completamente desnudas, fueron enviadas al lago sagrado, con orden de lavar la estatua de la diosa, quedando expuestas al visionado público. Ellas se sumergieron en el lago y así evitaron ser vistas.

Y aquí, pues, un edificante martirio del Siglo IV: se entiende, martirio para los libertinos, para las vestales de contrato fijo y para la apariencia general de los lagos sagrados.

Hay que decir que toda esta pugna por mantener incólume la virginidad no ha desembocado en un modelo viable, más allá de lo publicitario. Sin embargo, da idea de hasta donde ha podido llegar el pensamiento fanático en su atrevimiento y en su soberbia. Pensaron – y no solo los cristianos – que la fuerza de sus dioses era tal que podían forzar la condición humana hasta los límites de la perpetuación y la muerte, hasta la virginidad y el martirio. Y, de este modo, los conductores religiosos han cometido un grave pecado contra la ley natural, del que seguramente tendrán que responder ante sus dioses.

Podría haber sorpresas en el Juicio Final, si Dios, además de los atributos acostumbrados, a saber, Bondad, Sabiduría, Justicia y Potencia Infinitas, está equipado con una Sensatez simplemente mediana.

7 libros Irreverentes para un verano literario

Novedades Irreverentes; siete apuestas literarias que molestarán a los lectores poco amantes de las novedades, pero que enamorarán a los intrépidos que busquen emociones fuertes. Calidad, intriga, emoción, pasión.

Intriga en La Habana. Miguel León



Nunca pudo imaginar Jacinto Maqueda que lo que su mente había urdido cambiaría, a partir de su encuentro con Javier Olivares en la Prisión del Combinado del Este en La Habana. La concepción de su idea para provocar un cambio en el régimen, se entrelazó con la llegada a La Habana de Fran Llorens, un antiguo amigo, a quién Jacinto pidió ayuda. Los encuentros de Fran con bellas mujeres y con un misterioso militar provocarán serios cambios a lo proyectado. La trama en que se desarrolla toda la intriga con vidas entrecruzadas de varios personajes, desemboca en un final impredecible e inesperado. ¿Morirá la Revolución cubana? ¿Pondrá Estados Unidos sus garras en la isla? Miguel León ha creado una gran novela de intriga y de pasión.

13 para el 21. Antología



Ediciones Irreverentes, en su habitual búsqueda de nuevos autores de calidad, publica la Antología del nuevo relato español, 13 para el 21, en la que el lector podrá encontrar relatos de César Strawberry, Francisco Legaz, Isaac Belmar, Carmen Matutes, Álvaro Díaz Escobedo, Miguel Ángel Oeste, Juan Patricio Lombera, Isabel Abellán, José Antonio Rey, Pedro Antonio Curto, Javi J. Palo, Santiago García Tirado y Rafael Domínguez Molinos.

En los relatos de este libro existen grandes líneas: Desde los más irreverentes y transgresores de César Strawberry, Juan Patricio Lombera, que se burla de la muerte tras "joderla", con un excelente texto cargado de vocablos propios del argot mexicano que enriquecen

nuestra lengua común, su texto tiene la pasión del buen escritor, y Rafael Domínguez Molinos, con un relato bien narrado y de corte fantástico sobre las Alturas, irreverente, perverso y transgresor; hasta los más intimistas como Francisco Legaz, quien a través de la música hace un canto lúdico a la literatura; Carmen Matutes, Isabel María Abellán y José Antonio Rey, que buscan en historias cercanas, en ocasiones con ambiente urbano, en otras con ambiente de pueblo, relatos muy apegados a los sentimientos. Y desde los de estilo más clásico y purista, como los excelentes de Álvaro Díaz Escobedo, hasta las más vanguardistas de Santiago García Tirado, Isaac Belmar y Miguel Ángel Oeste, en algunos momentos con influencia del lenguaje cinematográfico, hasta el excelente relato historicista de Javier J. Palo y para culminar el erotismo insinuado e inteligente de Pedro Antonio Curto. El gran prólogo de José Enrique Canabal aporta un valor añadido a este libro que descubre nuevos valores para la literatura española. Es un libro extraordinario lleno de humor, violencia, locura, erotismo, sátira, venganza y todas esas pequeñas cosas que hacen la vida soportable

Desde que llegó Maureen. Elena Yáquez



Desde que llegó Maureen —una chica de 19 años— a visitar a su familia española, durante un verano caluroso, a finales de los 50, las relaciones de estos se ven trastocadas. Maureen rompe la rutina de las vacaciones y desempolva los recuerdos silenciados tras la derrota de la República, al final de la Guerra Civil. Maureen viene de México, un país que está al otro lado del mundo y que ni siquiera aparece en el mapa dibujado en el mantel de plástico que cubre la mesa camilla situada

bajo la parra del patio, testigo mudo del devenir de la historia de su familia. La historia se va reescribiendo a partir de los sentimientos que provoca la llegada de Maureen, y los recuerdos que su presencia trae a la memoria de cada uno de los cuatro personajes que hablan. Maureen es el personaje central en la novela, ya que es el desencadenante de los sentimientos que entran en conflicto: la rabia, los celos, la envidia, la frustración, el amor, la pérdida, la traición, la derrota..., pero no tiene voz. A Maureen la conocemos a través del filtro de lo que narran los otros, su familia española.

Mi adorada Nicole y otras perversiones. Javier Momba



La mayor parte de los textos aquí reunidos fueron escritos para elmundolibro, suplemento literario de elmundo.es. El resto pertenecen a un registro personal donde el autor, obediendo a una antigua costumbre, reflexiona sobre sus lecturas. No faltan artículos sobre novedades —que lo fueron en el momento de reseñarlas— ajenas a las modas. Por estas páginas desfilan clásicos de Raymond Rossell y William Saroyan junto a rarezas de Dino Buzzati y Ernst Jünger, semblanzas de Adorno junto a reivindicaciones de novelas jamás traducidas al español de Victor Hugo o críticas de obras que han interesado a Momba de autores actuales como Francisco Nieva, Juan Antonio Bueno Álvarez, Miguel Ángel de Rus o Antonio Gómez Rufo. En su conjunto, estas piezas pueden entenderse como un repaso a los aspectos menos publicitados de la producción editorial española a lo largo del primer lustro de nuestro joven siglo, tiempo en que los artículos fueron colgados en la Red.

Donde no llegan los sueños. Miguel Ángel de Rus



Para la revista Cambio 16, Donde no llegan los sueños es uno de los mejores libros de relatos de los últimos 20 años. Miguel Ángel de Rus nos muestra el panorama desolado de los que han luchado por algo y han obtenido un empate técnico entre los ideales, las frustraciones y las ganas de mandarlo todo a la mierda. Son maravillosos esos Dos Ataúdes Sombríos, un relato casi gótico, con la tuerca vuelta hacia Henry James, en el que todo se insinúa de forma morbosa. La Verdad, el cuarto, es una narración entre Kafka y Borges, de laberintos y burocracia, con un extraordinario y desasosegante final. Donde No Llegan los Sueños, es una obra para pensar, para sentarse, para parar el mundo y bajarse a mirar desde un café, es un libro que te acompaña, pero no como un perro faldero, sino más bien como el ángel siniestro que te guiará en una última caída; es su obra tenebrosa, entre el terror y la novela gótica.

Soledad de Otoño, infancia de silencio. Antonio López Alonso



Obra intimista, de un gran contenido poético, refleja la dureza de la vida en tierras de Castilla, sus males atávicos, sus enfermedades del cuerpo y del alma, y lo hace con rigor, pero con un lirismo que lo humaniza. Dice las cosas con sencillez y pone las situaciones delante del lector sin demasiados artificios, sin engaños ni concesiones al sentimentalismo, son retratos de momentos instantáneos cercanos a la poesía y reflejan una técnica literaria depurada. Antonio López Alonso afirmó al recibir el

Premio Internacional Vivendia de Relatos por este libro que "Imposible es transformar la realidad en sueños, pero yo he partido de hechos reales y los he convertido en sueños. Son 40 historias intimistas, ambientadas en Castilla-León, que parten de hechos cotidianos y que he pretendido trascender, convertir Castilla en un lugar imaginario, con una imaginaria propia".

Goya, el ocaso de los sueños. Aurelia María Romero



La Novela se centra en cinco aspectos la vida y la obra del genial artista aragonés Francisco de Goya y Lucientes; su relación tan controvertida con la Duquesa de Alba; su relación con Asensio Juliá, la relación con su esposa Josefa Bayeu, la relación de Goya con el rey de España, Carlos IV, marcada por un diálogo entre el monarca y el pintor difícil debido a la necesidad imperiosa, del artista de pintar como él quiere, sin trabas, sin imposiciones, lo cual le lleva a luchar contra los dictados pictóricos de la Academia y las exigencias del rey español. Por último se trata de la relación entre Goya y la mujer que le acompañó hasta el final de sus días: la enigmática Leocadia Weiss (o Zorrilla). Esta relación, cuando ya el artista era bastante anciano, cobra unos visos originales en esta obra. Este último aspecto de Goya y, en concreto, toda la temática referida a las denominadas Pinturas Negras, es analizado paso a paso, obra por obra, a base de una interpretación y valoración personalísima de estas pinturas demoníacas y brujeriles. Es la historia de una vida atormentada en una España nada amante de sus hijos, áspera y en continua tensión. Aurelia M^{ra} Romero ha publicado más de treinta libros.

Absurda Fábula: c/ Goya, 119, 4 decha. 28009 Madrid. Tfno: 91 309 31 17 y 607 33 33 93

www.absurdafabula.com

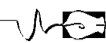
e-mail: alicia@absurdafabula.com



Webs personales desde 300 €
Especialistas en escritores

absurda fábula

¡Ya no tienes excusa!



Las manos contra las cuerdas

En los años sesenta en Madrid no era sencillo que unos padres le compraran a su hijo un instrumento musical. En casi ninguna casa tenían el privilegio de tener uno y no estoy pensando en un piano precisamente, sino en cosas mucho más sencillas que apenas requieren mantenimiento alguno. Sin embargo hay niños que desde muy pequeños sienten la llamada de la música, e intentan que sus familias se den cuenta y les regalen el instrumento que han elegido. Pero los impedimentos y sobre todo en aquellos años, eran muchos y de muy diversa índole. En primer lugar tenemos al propio niño. El nuestro se llama Rafael. Tiene nueve años, y lleva por lo menos dos diciendo de vez en cuando en casa que quiere una guitarra. No lo dice siempre, sólo algunas veces cuando él cree ver que sus padres pueden estar receptivos. Pero con nueve años, por pura lógica, no siempre acertaba. En algunas ocasiones Rafael fue escuchado, pero en la mayoría de los casos, los padres no recibieron el mensaje, porque simplemente pensaban en otras cosas o no estaban de buen humor para recibir semejante petición. Además Rafael como sólo tenía nueve años, no siempre estaba pensando en su deseada guitarra, sino que el tiempo lo ocupaba en otros montones de cosas, con lo que tampoco es que fuera muy constante en su demanda. Pero cuando la música llamaba a su corazón, sentía que necesitaba poseer aquel bonito instrumento por encima de todo y entonces lo demás pasaba a un segundo plano. Los amigos, los juguetes, las excursiones de los domingos a la sierra con la nevera llena de trozos de hielo, los abuelos, la casa del pueblo, las clases de ciencias, la biblioteca, las visitas a la familia y todas esas cosas, ocupaban un plano secundario en sus ilusiones. Algunas veces todo esto ocurría porque había oído una simple canción. Su padre, que era aficionado a la música, escuchaba de vez en cuando algún disco de vinilo en un tocadiscos a pilas, y como si se tratase de un cebo, Rafael lo mordía y se quedaba prendado de las notas que flotaban en la habitación. Escuchaba con toda su atención, y la música se quedaba prendida dentro de su cuerpo germinando y creciendo. Antes de llegar a ser propietario de una guitarra pudo coger entre sus manos algunas durante unos breves minutos y ya nunca olvidó la emoción que sintió. Lo primero que hizo fue pegar la oreja a la brillante caja de madera barnizada y escuchar como el aire vibraba y resonaba dentro. Aquello era un misterio. Un sonido que nunca antes había oído. Otras veces se atrevía a tocar las cuerdas suavemente, y escuchaba durante unos segundos el sonido que producían al vibrar, pero las guitarras de aquellos años no eran suyas y por lo tanto, le eran arrebatadas de entre sus brazos cuando menos lo esperaba, dejándole siempre con la miel en los labios. Nos imaginamos como son los préstamos entre los niños. Seguro que cuando tenía la suerte de haber tocado una, llegaba a casa y reclamaba la suya. Sus padres no le hicieron caso, o no pudieron satisfacer a su hijo en aquellas ocasiones. Tuvo que esperar hasta los catorce para que ocurriera el milagro, pero por fin pudo tener su guitarra.

después vinieron los primeros meses de convivencia con el instrumento y como pasa con casi todo, aquellos meses primeros fueron duros. Los dedos duelen a rabiarse. Las muñecas a veces se inflaman por lo forzado de la postura. El dedo índice de la mano izquierda duele de intentar una y otra vez ajustar la famosa cejilla que tanto trabajo cuesta, hasta que se consigue que el sonido sea aceptable. Por otro lado los ánimos no siempre están a la altura y a veces la guitarra pasa algunos días escondida



Francisco Legaz



detrás de una puerta descansando. Pero al final siempre aparece de nuevo triunfante y pronto comienza a ofrecer sus primeros sonidos limpios, sus primeras melodías sencillas. Aprender a tocar la guitarra sin asistir nunca a ninguna clase es realmente complicado, pero se puede conseguir como lo consiguió Rafael después, eso sí, de muchos años.

de todas formas muy pronto se dio cuenta de que no se trataba de tocar por tocar sin más. Entendió que para ser un intérprete aceptable de cualquier instrumento, es necesario seguir y observar un cierto método de enseñanza y unas reglas, además de la aplicación constante y laboriosa de lo aprendido mediante la práctica, ya que nadie sabe sin aprender y sin estudiar. Enseguida pudo percibir como sonaban las malas interpretaciones y se dio cuenta de que para las malas hierbas no son necesarios los agricultores ni los regadíos. Por todo esto decidió comprarse una serie de textos que conformaban un método de aprendizaje de la guitarra y aconsejado por el profesor de bandurria de la tuna del colegio, se decidió por fin a estudiar solfeo para poder empezar a entender todo esto de la música de una forma un poco más seria.

Cuando tenía dieciocho años, ya era capaz de interpretar un buen número de partituras para guitarra de una forma limpia, con un buen sonido y una cierta calidad. Su madre ya casi tenía asumido el que no había nada que hacer con Rafael y empezó a dejar de llamarle la atención constantemente por dedicarle tantas horas al instrumento, horas que no dedicaba a otras cosas que, según le parecía a ella, eran más importantes, como los estudios por ejemplo. Pero todo iba saliendo adelante. Él mismo se fue dando cuenta de que detrás de sus estudios de solfeo y guitarra, había algo más; había sentimientos y emociones escondidas dentro de la música.

Rafael gracias a la guitarra conoció a gente muy especial y empezó a visitar lugares de Madrid en los que había un cierto ambiente musical, como ocurría en algunas guitarrerías por ejemplo. Se hizo

asiduo de conciertos de guitarra clásica y los que más le gustaban eran los que se programaban en el Ateneo, en ciclos que organizaba la Sociedad Española de la guitarra, de la que se hizo socio, en cuanto tuvo conocimiento de su existencia y dinero suficiente para poder pagar la cuota trimestral. El Ateneo era un lugar en el que Rafael se sentía muy bien. Los sábados acudía a los conciertos programados, pero le gustaba llegar una hora antes para sentarse en la sala que está llena de retratos de hombres ilustres a los que no conocía y allí, en silencio, permanecía casi meditando.

mientras tanto no paraba de comprar partituras una detrás de otra. Llegaba a casa con ellas, y rápidamente se ponía a intentar conseguir transformar aquellos signos en sonidos. No siempre lo lograba, pero en la mayoría de las ocasiones sí, y cuando esto ocurría se sentía el ser más feliz de la tierra. También el amor le llegó a través de la guitarra. Mari Carmen, una chica de su barrio, hija de una amiga de su madre, le escuchaba tocar muchas tardes de verano, cuando se sentaba con otro amigo a ensayar en un banco del parque cercano a su casa. Ella probablemente estaría afectada del mismo mal que Rafael, y sentiría también que la música le atravesaba las entrañas, pero de momento se limitaba a procurar sentarse a su lado, lo más cerca posible. Rafael se dio cuenta y comenzó a enamorarse de ella y al final los dos quedaron afectados por ese mal de amor que todos conocemos, aunque en algunos casos sólo sea por las novelas o las películas. Mari Carmen y Rafael vivieron unos años llenos de besos y suspiros que, por resumirlo un poco, es como se vive el amor con pocos años. El abuelo de Rafael nació en 1898. Era ya un anciano cuando todo esto estaba ocurriendo. Se pasaba el día o bien paseando por el parque del Retiro cercano a su domicilio, o bien en casa dormitando y todo ello regado por algún que otro chato de vino. En aquellos años no existía la triste dependencia que padecen los ancianos de hoy con la televisión. Rafael se sentía muy unido a su abuelo ya que tenía la sensación de que los dos veían la vida de la misma manera. Iba muchas veces a visitar al anciano para hacerle compañía cuando, por ejemplo, en las tardes de invierno, un constipado de esos que duran cuatro meses cuando tienes

<http://franciscolegaz.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- El horizonte está en la escalera
- Un viaje hacia el abismo

muchos años, obligaba al abuelo a quedarse aburrido en casa por miedo a empeorar del catarro. Fue por entonces cuando un día Rafael le pidió permiso para traerse la guitarra a casa. El abuelo no puso ningún impedimento y así tenemos a nuestro protagonista con diecinueve o veinte años, cogiendo el metro con su guitarra flamante, metida en una funda de tela de cuadros escoceses rojos y negros a las cinco de la tarde, dispuesto a darle un concierto al abuelo. Rafael se quedó sorprendido por el interés que mostraba el anciano por aquellas audiciones de guitarra. Incluso algunas veces, el abuelo le pedía que apuntase en un papel el nombre de alguna pieza musical y que intentara sacarla a la guitarra, lo que le obligaba a visitar las tiendas especializadas para buscar las partituras. Lo curioso es que siempre, aunque él iba a buscarlas con muy poca fe, ya que al principio desconfiaba de la fiabilidad del abuelo, aparecían las partituras sin ningún problema. El dependiente escuchaba la petición, se metía unos momentos a la trastienda y salía con la carpetilla o el cuaderno de la partitura en las manos. Entonces el proceso era siempre el mismo. Llegaba a casa, se encerraba en su habitación el resto de la tarde, y repetía una y mil veces las estrofas musicales, hasta conseguir que sonaran más o menos como él creía que debían sonar. Al cabo de unos días, visitaba al abuelo que, en muchas ocasiones, no recordaba el encargo, y le hacía escuchar la pieza, orgulloso por haber conseguido sacarla a la guitarra. Sentía el mismo placer que deben sentir los autores teatrales cuando una idea que nació hace tiempo en un rincón de su cabeza, por fin se ve materializada y un día se abre el telón, y aparecen en el escenario los actores con sus papeles perfectamente aprendidos. El abuelo, a pesar de ser algo desmemoriado por la edad, mostraba mucho interés en el asunto, e incluso alguna vez, se permitió el corregir alguna nota, porque le parecía que no era exacta al original. Rafael se sorprendía e incluso a veces se enfadaba, pero cuando llegaba a casa comprobaba que su abuelo tenía razón. La conclusión que sacó fue la de que aquel hombre mayor, tenía un oído musical increíble, y pronto las visitas en plan concierto magistral se convirtieron más bien en consultas para perfeccionar la interpretación, ya que el abuelo poco a poco fue depurando sus opiniones que cada vez eran más certeras y concretas y corregía muchísimos detalles de las interpretaciones de su nieto, de forma que Rafael pronto sintió la necesidad de ser supervisado por el abuelo en lo referente a la guitarra. Y para colmo, resultaba que todas las piezas que su abuelo le encargaba, resultaban ser piezas bellísimas, con lo que el interés de Rafael por escuchar aquellas recomendaciones era cada vez más grande.

Se compró por fin, cuando se vio capacitado para ello, un librito de partituras que contenían la música para laúd de las Cantigas de Santa María de Alfonso X el sabio y sin decirle nada a nadie, estuvo varias semanas ensayando en su



casa, hasta que consiguió que aquello sonara lo más parecido posible, con aire medieval incluido, a lo que se suponía que era el original. Se lo hizo escuchar a Mari Carmen, sentados los dos en el banco del parque. Ella, como le pasaba a él, también se emocionó y cuando terminó la interpretación, se besaron dulcemente. Un beso que duró hasta el anochecer, porque en realidad, aquella tarde sólo se dieron uno pero muy largo. Al día siguiente se fue como un rayo a casa del abuelo a tocar aquella maravillosa música. Se sentó en el comedor en la silla baja que prefería, y comenzó a tocar las notas y los acordes, uno detrás del otro, con la máxima concentración. El abuelo escuchaba con atención marcando siempre el ritmo de la música con las zapatillas y a veces hasta con las torpes y ancianas manos. De pronto la música quedó muda. Rafael sobresaltado no entendía nada, pero se dio cuenta de que su abuelo había puesto su torpe mano encima de las cuerdas, para que estas dejaran de sonar. Sin comprender nada le fue arrebatada la guitarra de las manos energicamente. El abuelo se colocó en la posición reglamentaria para tocar el instrumento, cerró los ojos y comenzó a tocar aquella música de Alfonso X el sabio, sin mirar a las partituras que estaban esparcidas encima de la mesa del comedor. Enseguida cogió el ritmo, y fue capaz de hacer una interpretación de lo más digna, que incluso por momentos fue brillante, y todo ello sin mirar ni una sola vez hacia las partituras, lo que probaba que se sabía la pieza de pura memoria. Cuando terminó se quedó en silencio con la mirada hacia el suelo. En sus ojos había alguna lágrima o estaban especialmente brillantes. La abuela, siempre silenciosa había asomado su cabeza por la puerta del comedor para escuchar, como atendiendo a una misteriosa llamada. Ella parecía también llorar. Rafael no pudo reprimirse. -Pero, abuelo, dijo. ¿Sabes tocar la guitarra?. -Sí. Contestó el abuelo, pero hace más de cuarenta años que no cogía ninguna.

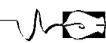
Las cosas se presentan así por las buenas en nuestras vidas. Un día descubres que tu abuelo es un virtuoso de la guitarra y no te puedes quedar impasible, quitándole importancia al asunto. Rafael se lo dijo a Mari Carmen, a sus padres, a sus amigos, a todo el mundo. Había descubierto algo increíble y maravilloso. Su abuelo tocaba la guitarra. Tenía su misma afición. Poco a poco le fue llevando partituras, para que se las tocara, y el anciano, no tenía ningún problema en interpretar aquellas piezas. Era realmente bueno. Su abuelo José se había dedicado a dar recitales de guitarra hasta casi los cuarenta años. La guerra civil truncó aquella carrera musical, que tuvo que abandonar, debido al trabajo y a las penurias económicas que se vivieron en Madrid en aquellos años. El abandono definitivo ocurrió el día en el que tuvo que empeñar el objeto más valioso que poseía: su guitarra. Lo hizo para poder comer. Y entonces el desánimo hacia la música fue tal, que decidió que nunca más volvería a comprar ninguna. El destino quiso que al final de su vida, una guitarra fuera a parar a sus manos, a través de su nieto el mayor. Rafael ya no iba a casa del abuelo a distraerle

con la guitarra o a hacerle compañía en las tardes de invierno, sino que iba a recibir clases de guitarra, para explicarle con la máxima fidelidad posible. En cuanto el chico aparecía en la casa, el abuelo desplegaba la partitura encima de la mesa del comedor, y comenzaba a tocarla, mientras que el nieto escuchaba con toda su atención la música de su abuelo, observando como aquellos dedos, gastados y con apariencia torpe, volaban sobre los trastes como si llevaran haciéndolo toda la vida.

Rafael tenía un perfecto aliado que le aconsejaba casi profesionalmente. El abuelo era un crítico ideal, bondadoso y certero y gracias a él, el joven no paraba de crecer musicalmente. Aquel verano comenzó a estudiar las principales piezas para guitarra de Bach. Los padres de Mari Carmen le invitaron a pasar con ellos quince días en Peñíscola. Él aceptó por la ilusión de pasar todos aquellos días seguidos con ella y al segundo día de estar allí, durante un paseo de los padres por la playa, los dos jóvenes hicieron por primera vez el amor en cuanto se quedaron solos en el apartamento, desprendiendo auténtico fuego de sus cuerpos. Por la tarde Rafael llamó a sus padres. La noticia le estalló en plena cara como si fuese una bomba. El abuelo José había muerto. Fue un infarto cerebral. Han pasado treinta años de todo aquello. Rafael no volvió a tocar la guitarra nunca más.

Ni tan siquiera ha vuelto a nombrarla, de forma que hoy ninguna de las personas que le rodean conoce esta faceta de su vida. Nadie se imagina que Rafael, con veinte años, era un virtuoso de este instrumento. Tampoco se casó con Mari Carmen sino que al final lo hizo con otra chica. Tienen dos hijos, María la mayor, y el pequeño que lleva el nombre del abuelo y se llama José como él. Precisamente hoy tienen tutoría con la profesora de José que tiene ocho años. Y lo que no sabe Rafael, es que la profesora le va a contar que su hijo va muy bien en el colegio, que ya multiplica por dos cifras y que casi no comete faltas de ortografía, pero que han descubierto, en la clase de música, que el niño es un superdotado. Tiene una capacidad para la música excepcional. Se lo van a decir hoy a las cinco. No sé como reaccionará Rafael.

*Mis ojos, sin tus ojos, no son ojos,
que son dos hormigueros solitarios,
y son mis manos sin las tuyas varios
intratables espinos a manojo.
No me encuentro los labios sin tus rojos,
que me llenan de dulces campanarios,
sin ti mis pensamientos son calvarios
criando nardos y agostando hinojos.
No sé qué es de mi oreja sin tu acento,
ni hacia qué polo yerro sin tu estrella,
y mi voz sin tu trato se afemina.
Los olores persigo de tu viento
y la olvidada imagen de tu huella,
que en ti principia, amor, y en mí termina.*



Manolo filosofa

— Mi madre está muy irritable, por nada se enfada. No entiende que no entienda. Se enfada. Sus enojos, en cambio... -la doctora me ha mirado con interés. Hay que ver lo que son las mujeres, cómo les concierne lo que atañe a otras mujeres. Y luego dicen que los hombres somos... En fin. Con estas mismas palabras lo he pensado, mientras ella casi me empujaba a continuar con la mirada. Sin embargo, he tardado bastante en enunciar otra palabra. He debatido largo rato conmigo mismo sobre si mejor era vaciar toda la angustia de mis dudas o darle una alegría a la doctora. Al final, he alcanzado un compromiso y le he explicado el incidente con mi madre:

— Se enfadó cuando reconocí que se me escapa por completo el tema hormonal. Primero una inyección o unas pastillas para suprimir la menstruación y a tu edad otras pastillas para prolongarla unos añitos, le dije. ¿Quién lo entiende?, me atreví a indagar. Mi madre dobló el periódico que hojeaba y lo sacudió en mi cabeza, igual que solía hacer cuando de niño le preguntaba el porqué de cualquier cosa. Bien pensado -he proseguido sin evitar los ojos de la doctora- los interrogantes siempre han sulfurado a mi madre- dicho lo cual me he detenido por unos segundos y la doctora ha aprovechado para anotar alguna cosa. Me pregunto qué considerará digno de anotar, que yo no alcance a comprender o que a mi madre le enfurezca. Pero no lo he querido averiguar, igual también ella se impacienta, y he continuado con lo mío-. Quizá, como nunca respondieron, me quedé enganchado en el porqué. Y ahí sigo, sólo que con más interrogantes. Y mayores. Por cierto, ¿cree usted que el tamaño importa?

— El tamaño de qué.

— No sé, el tamaño de las bacterias o los virus, por ejemplo. ¿Tienen más éxito los de mayor tamaño? -la doctora ha inhalado y exhalado profundamente. Igualita, igualita que mi madre-. O el tamaño del universo, ¿es importante? Supongo que sí, porque no para de crecer. Por más vueltas que le doy no me hago a la idea de cómo puede el todo expandirse. Lo que se expande ocupa un nuevo lugar, y, ¿cómo estaba ese espacio fuera del universo? Por más vueltas que le doy no lo puedo asimilar. Las múltiples dimensiones se me escapan. A veces me quitan el sueño. Y ya no hablemos de los múltiples universos. A mi madre, en cambio -con sólo mencionar a mi madre cambia la expresión de la doctora-, le da exactamente igual. En el fondo, es muy acomodaticia, todo le parece bien, con tal que a la hora del desayuno me deje lavar la sangre con una buena picada de ajo crudo, ella se queda tranquila. Ningún enigma la desvela. "No te preocupes tanto, hijo, si no sirve para nada". Aunque igual disimula porque si vine a verla a usted la primera vez fue por ella -hay que ver el morbo de la doctora por mi



Carmen Matutes

<http://carmenmatutes.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- De Cháchara
- Andrea(s)

madre, le interesa más que yo, cada vez que la menciono una corriente eléctrica recorre su organismo.

— No había mencionado antes que la iniciativa de venir a visitarme era de su madre.

— No me gusta repetirme.

— Y, ¿mentir?

— Jamás miento, pero por eso precisamente nunca digo toda la verdad -la doctora me ha querido interrumpir, pero he decidido especificar-. Según don Gustavo, el sabio, "la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad" es un imposible: si dices toda la verdad, siempre añades algo de mentira, por eso yo me limito a decir la verdad -ella ha respirado hondo otra vez. A ver si padece de los pulmones, he dicho para mis adentros. He considerado la posibilidad de abrir la ventana para que entrase el aire fresco, pero he desistido sin dudarle demasiado.

— ¿Por qué no me cuenta cómo tomó la decisión de visitarme? -la forma en que la doctora lo ha preguntado más bien parecía una exigencia. Qué raro, he pensado. Y a partir de ahí...

¿Cómo pasa uno de la invitación a la exigencia? ¿Se tratará acaso de un cambio en la química del cerebro como asegura el sabio? ¿O tal vez la química se transforma como resultado de la actitud? ¡Ojalá!, sólo con pensar que cualquier sustancia orgánica, tan impersonal ella, da las órdenes, me mareo. Quiero que sea la doctora quien decida, pero igual deciden sus aminoácidos. La doctora es un cúmulo de aminoácidos. Los aminoácidos-yo no quieren que los aminoácidos-ella decidan, quieren que decida la doctora... Si no hay conciencia por encima de la química, si no hay mente más allá de las neuronas, entonces la doctora es una doble hélice y nada más que una doble hélice. En cambio, la doble hélice-yo ve más que una doble hélice-ella. ¿Tendrá mi doble hélice problemas de visión? O, ¿acaso la neurona de mi conciencia me quiere consolar? ¿Consolar a quién? Yo reducido a pura química orgánica... He empezado a sudar. Se me ha acelerado el corazón y he sentido el vahído del bajón de la presión, o del azúcar, no lo sé -¿no lo saben

mis neuronas?-. O sea, me ha sobrevenido una de las crisis que suceden a los estados letárgicos en los que me falta el habla por la acumulación de interrogantes que me siento incapaz de articular -o, ¿será la química la incapaz? He hecho un esfuerzo sobrehumano por recuperarme, o porque se recuperaran los aminoácidos, ¿qué dirían las neuronas pragmáticas de mi madre? "Y qué más da, hijo, qué más da, eso es como si va antes el huevo o la gallina. Anda, cómete ya la picada de ajo, eso sí es fundamental". Pero no he logrado convencerme, o, convencer a las moléculas orgánicas. He procurado redimir algún argumento que el sabio se empeña en calificar de "diseño inteligente", pero me he sentido rodeado de un vacío en expansión. Creo que entonces me he desmayado -O, ¿habrán sido los aminoácidos? - Cuando he abierto de nuevo los ojos, en el pálido rostro que recubre la química-doctora Noriega despuntaba la preocupación -la química, tan espabilada como Zelig, copia el rostro de lo que desea representar-

La doctora me ha dado un vaso de agua, pero continúa sin almacenar cataplasmas.

— ¿Se siente mejor?

— ¿Quién exactamente? -he logrado proferir.

La química revestida de doctora ha hecho una mueca extraña:

— ¿Sabe quién soy?

— ¿Lo sabe usted?

Los aminoácidos-doctora han salido y regresado con otros, recubiertos

con una bata de médico, y un fonendo. Me han auscultado, me han tomado el pulso y han repetido la operación una vez más. Tras mostrarme tres dedos, me han interrogado sobre el número de dedos. Curioso que la pura química sepa contar, he pensado, pero la timidez, o quizá un resto de prudencia, me ha aconsejado guardar las elucubraciones para mí. Y he resuelto concentrarme en el examen de primaria que ha durado aún unos minutos. Lo he aprobado, creo. Sin embargo, aunque sabía que la hora reservada para mí se había evaporado, se me hacía cuesta arriba la idea de irlo a celebrar. Y he permanecido un buen rato tumbado en el sofá, divagando sobre cómo las neuronas-doctora procesarían la información de la sesión.



**Todo le parece bien,
con tal que a la hora
del desayuno me deje
lavar la sangre con
una buena picada de
ajo crudo**

De Cháchara,
de Carmen Matutes
En Ediciones Irreverentes



Solamente tú

La lluvia, persistente, se empeñaba en hacer tétrico el luctuoso acontecimiento. Los paraguas servían de protección, creando pequeños islotes alrededor de los regatos de agua.

Sufriendo por la irremediable pérdida del ser querido, los presentes contemplaban entristecidos la ruina moral que supone la separación del cuerpo y el alma. También soportaban, estáticos y resignados, la inclemencia meteorológica.

Lo impensable del óbito condicionó que acudiera poca gente al sepelio. Sonsoles Pomar no tenía familiares, excepción hecha del doliente esposo. Contaba, eso sí, con un selecto grupo de amigos fieles. Todos ellos estaban consternados a causa del accidental fallecimiento de la guapa y dinámica arqueóloga.

La finada iba a recibir sepultura. Esta circunstancia confería patetismo a la escena. Las palatadas de tierra humedecida, cayendo encima del féretro, resonaban sobrecogedoras y macabras.

aun siendo generalizado el dolor, ninguna persona evidenciaba tanto sentimiento de congoja como la dama ataviada completamente de azul. Ocultaba el blondo cabello debajo del discreto sombrero que lucía; de los asimismo garzos ojos, que un tul trataba en vano de enmascarar, brotaban las lágrimas en cascada. Su desconuelo y buen palmito, a partes iguales, llamaban la atención.

Después que el sacerdote oficiante terminara el responso, respetado el obligado recogimiento y expresada la condolencia, llegó la hora de las despedidas.

Disgregado el cortejo fúnebre, para Ernesto Beltrán el regreso al domicilio conyugal carecía de alicientes.

Estando el asfalto resbaladizo, transitaba despacio, intentando concentrarse en la conducción; la neblina comenzaba a cubrir la autopista y dificultaba la visibilidad.

A medida que bajaba la temperatura exterior, se tapizaba de nieve la superficie terrestre; llegado el momento, el suelo quedó convertido en inmensa lápida de mármol.

Las hierbas del campo, todavía erguidas, adquirían al ladearse apariencia de coronas funerarias; hayas y robles, de copos cubiertos, dibujaban figuras amortajadas; la carretera, paralela al tendido ferroviario, incorporaba aspectos de soledad, y cada silueta, que la densa niebla difuminaba, actitudes fantasmales.

Aunque la naturaleza ofreciese albo el panorama, lo que el hombre contempla le provoca impresiones negativas, a las que ponía nota discordante el monótono ruido que producían las escobillas del limpiaparabrisas.

Además, la imagen de la mujer que vestía prendas de colores azulados se grababa en su pensamiento como una pesadilla, y no entendía a qué pudiera deberse la pena que proclamaba. Si esto fuera poco, la extraña condición de la desconocida hacía obstinada la curiosidad de Ernesto.

tumbado en el sofá del salón, perdida la noción del tiempo, ni el cansancio anímico que sigue a la lucha interna conseguía vencerle.

Días atrás flotaba en una nube compuesta por estratos del Paraíso; su esposa regresaba al nido del dulce hogar trayendo risas y caricias de regalo. Transcurrido un período de intensa felicidad, acabado el corto pero inenarrable sueño, todo cambió. De repente, surgió la dura e inclemente realidad; retrocedió del infinito al cero, del resplandor glorioso de la claridad a las tinieblas, de la risa al lloro. Había disfrutado la dicha y padecido la desgracia encadenadas, a



Alvaro Díaz Escobedo

<http://diazescobedo.blogspot.com>



Último libro del autor:

• Esencia de mujer

escasos metros de distancia y cortos minutos de reloj. Para sí reclamaba, pues, las garras de la muerte.

La vida sin Sonsoles significaba el adiós a las ensoñaciones. Ella constituía génesis y fin de las cosas; nada guardaba ya sentido.

A los pies del infeliz viudo se extendía un abismo profundo e infernal. Si despegaba los párpados y fijaba la vista en rededor, la sensación de angustia le oprimía; si los cerraba, la desolación aumentaba. Techos y paredes amenazan derrumbe.

descorrió las cortinas y abrió las hojas de la ventana de par en par. Quería oler los gases del carburante que despedían los coches y autobuses, notar el bullicio ensordecedor del entorno callejero. Sumergiéndose en ellos lograría desconectar con su interior y aislarse.

Estaba prisionero en la peor de las cárceles: la del alma.

En estado depresivo, psíquicamente inhibido, detestaba convertirse en cadáver viviente. De ahí que en la mesa próxima, al alcance de la mano, hubiera una pistola cargada. El impulso que pone en ejercicio las reacciones animales de conservación paralizaba el absurdo e imperdonable propósito de suicidio. Mas, ¿de qué sirve dicho instinto si faltan ganas de vivir? ¿Cómo es posible soportar un presente vacío de futuro? Al infortunado varón se le borraron de la imaginación, de golpe, los proyectos y las esperanzas.

ernesto Beltrán encarnaba a ese ejemplar de hombre que pasa desapercibido entre sus semejantes; despertaba poca atención, en particular cerca de las mujeres. Mostrando la dentadura entera y fuerte, mantenía poblado el pelo, donde apenas despuntaba incipiente e imperceptible la calvicie. Sin ser atlético que digamos, gozaba de buena presencia física. De genio apacible y serio en el proceder, había aprendido a exteriorizar tímidas sonrisas. Ahora no acertaría a sonreír; le sucedía como a los recién nacidos: necesitaría algunas semanas para recuperar los tiernos gestos faciales.

Desde que la notable y guapa escarbadora cruzase el camino de su anodina existencia, Ernesto Beltrán se sintió cómodo respecto a las ocupaciones profesionales y sociales; incluso, comenzó a apreciar la esencia femenina y el aroma que ésta deja.

hasta que coincidieron, él formaba parte de la población activa a mero título testimonial. Aceptaba éxitos y fracasos cual lógico efecto de esa potencia que obra sobre los dioses y los hombres, concatenando fatalmente los sucesos, a la que llamamos hado. Reportero gráfico de un prestigioso rotativo londinense, atendía el seguimiento de la información en materia de conflictos internacionales. En breve tiempo obtuvo premios periodísticos que consolidaron una merecida reputación. Pasó del anonimato a la popularidad.

La evocación de los gratos momentos pasados junto a su consorte aliviaba la desesperación de Ernesto. Trasañó oírle hablar; allí mismo, modulando la voz argentina que escapaba boca afuera dando rienda suelta al candor.

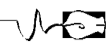
De las muchas virtudes que adornaban las cualidades de Sonsoles Pomar seguro que habría elegido el extravagante y desenfadado carácter que la presidía.

Le costaría discernir lo que sintió la primera vez que la tuvo en sus brazos. Ocurrió en el baile organizado en los salones del Ateneo local, meses ha, bajo la consigna de recaudar fondos a beneficio de determinada asociación religiosa.

Contadas fueron las mujeres con las que se rozó antes de encontrar a la que tomaría por esposa. De inmediato comprendió que representaba a la compañera ideal para compartir no ya la ventura, sino también la cebolla y el pan diarios.

Sonsoles colmaba todas las apatencias y necesidades masculinas, las románticas y las venéreas. Ninguna otra podría hacerle feliz, ¡solamente ella!

Siguió reconstruyendo los pasajes emocionales de la convivencia marital. Y recordó uno de



los axiomas favoritos de su mujer: “Si miramos al cielo percibiremos ilusiones, pero sólo fijando la vista en el suelo descubriremos tesoros”. Suya o adoptada, la frase contenía moraleja.

Coincidentes en gustos, jamás discutían los detalles y aspectos estéticos de la morada; ni discreparon cuando la arqueóloga, en funciones decorativas, se empeñó en pintar la alcoba matrimonial empleando matices degradados del añil.

Rememorando cómo la conoció esbozó un rictus de vaga complacencia. La joven era entonces experta en excavaciones y prácticas de datación; la investigación que desarrollaba y los hallazgos conseguidos suscitaban elogiosos comentarios en los círculos culturales y científicos. Por imperativos del trabajo estaba obligada a viajar, a realizar largos desplazamientos; mas las ausencias, en ocasiones prolongadas, se veían compensadas con el reencuentro.

Las estructuras del edificio sentimental parecían hallarse afirmadas. Sin embargo, reconocía que no deben confundirse los términos felicidad absoluta y vida conyugal.

Admitía que, recientes las nupcias, ignoraba lo íntimo de su esposa, ese arcano espiritual y reservado del ser humano. Tampoco sabía mucho de las amistades que frecuentaba. Pensaba que el correr de los días facilitaría la comunicación.

aunque Sonsoles pusiese relativo entusiasmo en el campo de las relaciones conyugales, siempre se mostraba condescendiente y cariñosa. Ciertamente, asimismo, que el hombre prefería y deseaba que la mujer exteriorizase mayor voluptuosidad, que compartiese la pasión propia de la entrega en pareja; en definitiva, que la respuesta erótica fuese recíproca.

Consciente de que la profesión representaba para la arqueóloga la más preciada de las vocaciones terrenas, le constaba que las preferencias e inclinaciones de su cónyuge tendían a cuanto se refiriese a piedras, objetos antiguos y monumentos.

Sea como fuere, el mero hecho de tenerla unida a sí, de poseerla, le proporcionaba plena satisfacción. En principio, esto le bastaba. Por consiguiente, evitaba entrar en consideraciones marginales que implicasen duda filosófica.

Hay personas que gozan del acto sexual contando con el simple consentimiento ajeno.

Especulaciones aparte, Ernesto Beltrán se consideraba responsable de la muerte de su esposa. Preparándose el desayuno diario dejó abierta la espita de la cocina de gas. Al estar dormida e indefensa, el descanso de la amada hizo eterno. Terrible y desesperante.

En realidad, el aciago destino cobró despiadadamente la negligencia.

Uolvió a fijarse en el arma; aun tocándola, no la empuñó.

La singular desconocida que viera en el funeral afectaba su consciencia, intrigándole. ¿Quién sería? ¿A qué tanta aflicción durante las exequias?

Continuaba lloviznando. Los tubos fluorescentes de los comercios y las farolas del alum-

Combinando el cuadro lésbico perfecto, el dúo representaba el querer de mujer a mujer, la comprensión existente en los senos del género débil. A lo mejor el safismo encierra valores personales que no se dan en la relación heterosexual.

brado público conferían a las aceras mojadas aspecto de grandes espejos, relucientes y tenebrosos.

Observó que alguien miraba hacia la casa. Creyó distinguir a la enigmática hembra que le obsesionaba. El elegante modo de andar era inconfundible para el observador preciado. La visión duró poco; enseguida, la atractiva figura se alejó dándole la espalda.

Las descargas de un imaginario flash electrónico, esclareciendo sus ideas, reproducían fielmente la fisonomía femenina. Repitiéndose los encuadres, encontró familiar la cara, mas no acertaba a definir posibles razones. De pronto, la luz penetró en su cerebro, iluminándole. Saltó del sillón impulsado por los resortes del temperamento; descontrolado, corrió escaleras arriba, en dirección al desván. Cuando llegó al rellano se paró, dubitativo. Quizá la esquina que más nos cuesta doblar es la que conduce a la verdad temida.

Dentro del cuarto, dirigió los pasos a la alacena. Abriendo la puerta, agarró el maletín de cuero. Estaba cerrado con llave. Resuelto, ayudado de un adminículo punzante, saltó la frágil cerradura de metal. Y levantó la tapa.

medio oculto, debajo de múltiples escritos y recortes de periódicos, vio el álbum de fotos que buscaba. También había un sobre pequeño, cerrado. Completaban el contenido diversidad de objetos, atesorados en la edad juvenil.

Cogió el porfolio y fue pasando hojas. En todos los sitios surgía, destacando, la misteriosa dama del entierro, a quien ya intuía amiga íntima de su esposa. Salía trajeada o en ropa deportiva cargando herramientas diversas: la paleta triangular, el cepillo tipo escobilla, los rudimentos complementarios de la labor arqueológica... Y en cualquiera de los casos, sonreía como si el júbilo, al igual que la sangre, recorriese sus venas.

Ernesto tomó el sobrecillo. Permaneció largo rato manoseándolo hasta que, al final, rasgó la nema y contempló la sorprendente estampa. Obtenida mediante temporizador de cámara fotográfica, se trataba de una instantánea que ponía de manifiesto, en primer plano, la hermosura de las dos bellas féminas besándose

en los labios con apasionamiento. Sus facciones reflejaban un mutuo sentimiento de ternura que fusionaba el componente afectivo y el carnal.

Combinando el cuadro lésbico perfecto, el dúo representaba el querer de mujer a mujer, la comprensión existente en los senos del género débil. A lo mejor el safismo encierra valores personales que no se dan en la relación heterosexual.

Ante la inesperada revelación, el hombre vacila; da vuelta a la cartulina y lee aquello que está escrito:

“Querida Sonsoles, siquiera imaginarás cuánto lamento haber rechazado que te quedaras conmigo para toda la vida. Sintiendo ausente valoro lo que se disfruta contigo en el corto espacio de unas horas, o en esas noches que a tu marido robas y a mí me regalas. Ha sido maravilloso unir de nuevo nuestros corazones y nuestros cuerpos. ¡Ayer te sentí más mía que nunca! Estoy convencida de que nadie podrá proporcionarme la felicidad que tú, ¡solamente tú!, me das. Tuya de palabra y obra, Alejandra.”

La madrugada trajo un viento gélido que entumecía los huesos.

En la calle el sol ganaba la batalla a las nubes y resplandecía triunfante. No obstante, las gotas de agua, que el rocío helaba, pendían del muérdago de los árboles cual lágrimas que el sufrimiento cristalizaba; o se depositaban en las matas vivas que componían los setos del jardín, como minúsculas ampollas próximas a reventar de llanto. Pero Ernesto Beltrán ya no suspendía en ánimo. La nostalgia, que representa el recuerdo de la dicha perdida, iba borrándose de su pensamiento. Por añadidura, el desengaño pasional siempre resulta fecundo.

Sacó el automóvil del garaje, colocando en el asiento trasero la valija que portaba consigo. Enfiló la carretera que llevaba al cementerio.

El frío reinante contribuía a que el campo santo estuviera solitario. Caminó entre las hileras de cipreses que marcaban el acceso a la tumba de su mujer. Desechando rezos y formalidades, descubrió la pequeña maleta. A continuación cogió una caja de cerillas, extrajo de la misma varios fósforos y, con parsimonia que parecía estudiada, quemó las fotografías amontonadas en el interior.

La compañera de Sonsoles, a pesar de que las llamas destruían la belleza del rostro, seguía riendo; de tal manera lo hacía que daba la sensación de burlarse de él.

Concluida la minuciosa y destructiva operación cerró el maletín, abandonándolo. Sólo cenizas quedaban, el mismo residuo que el del amor profesado a su difunta esposa: polvo puñetero.

Cuestiones de orgullo a un lado, Ernesto respiró ensanchando los pulmones. Sin mirar atrás, partió de la necrópolis pisando firme. Andaba despacio, cortando el aire con renovada humanidad.

Dándole vuelta al calcetín de los remordimientos, acababa de enterrar el pasado. Al fin y al cabo, la esperanza reside en nosotros; aun perdiéndola, se puede recuperar.

Y decidió, improvisando, que pasaría las vacaciones en la costa, zambulléndose en el azul del mar. Así sería, precisa y morbosamente.

Esencia de mujer
éxito de
Álvaro Díaz Escobedo,
en Ediciones Irreverentes



Al faro por el sendero de la costa

el día ofrece radiantes matices; el ropaje del cielo corresponde al azul claro matutino, parcheado de pequeñas nubes primaverales, casi imperceptibles, de configuración alargada y fina transparencia.

El mar, verdegay y tranquilo, peina leve rizo; Eolo ha puesto dibujo a una superficie que los rayos solares bañan de oro y argento mezclados.

En la cálida y dorada arena de las recogidas calas mueren mansamente las olas. Suponen excepción los acantilados, donde el agua deja de ser sumisa y acariciadora para mostrar su oculta animadversión a la tierra. Mas se hace espuma en el rompiente para semejar nieve batida y templada.

La vista alcanza la lejanía hasta perderse en el infinito. Y nos sentimos como Perea al contemplar el Cantábrico, a altura digna de las águilas, entre las brechas de Peñasagra.

Acaso las mejores composiciones musicales del Creador sean el murmullo de los océanos y la erupción de los volcanes; en consecuencia, Neptuno y Vulcano los más augustos compositores.

¡Qué cambiado está el viejo sendero de la costa! Aun siendo el mismo, es distinto. Se ha desbrozado la senda, procediéndose al saneamiento y la balización. Ahora presume de viales de madera y luces bajas empotradas; además, los despeñaderos han quedado convertidos en miradores protegidos por mampuestos de piedra o cemento. No existe riesgo de que los tallos sarmentosos de las zarzas, provistos de aguijones en forma de gancho, lleguen a clavarse en la ropa o en la carne. Así ocurría antes si intentabas desgarrar las bayas o moras.

Los bancos modernos sustituyeron a los poyos antiguos. Pero destacan las tapias y paredones decorados con ese horrendo tipo de pintadas que definen al street art.

En el presente no se ven vacas tumbadas o paciendo en la pradera; aquellas reses de raza frisona, de setecientos kilos de peso, cuyos colores característicos son el blanco y negro, bien definidas las manchas. Ignorantes estaban entonces los animales —y los médicos veterinarios— de que la especie bovina enloquecería, medio siglo más tarde, a causa de una encefalopatía espongiiforme.

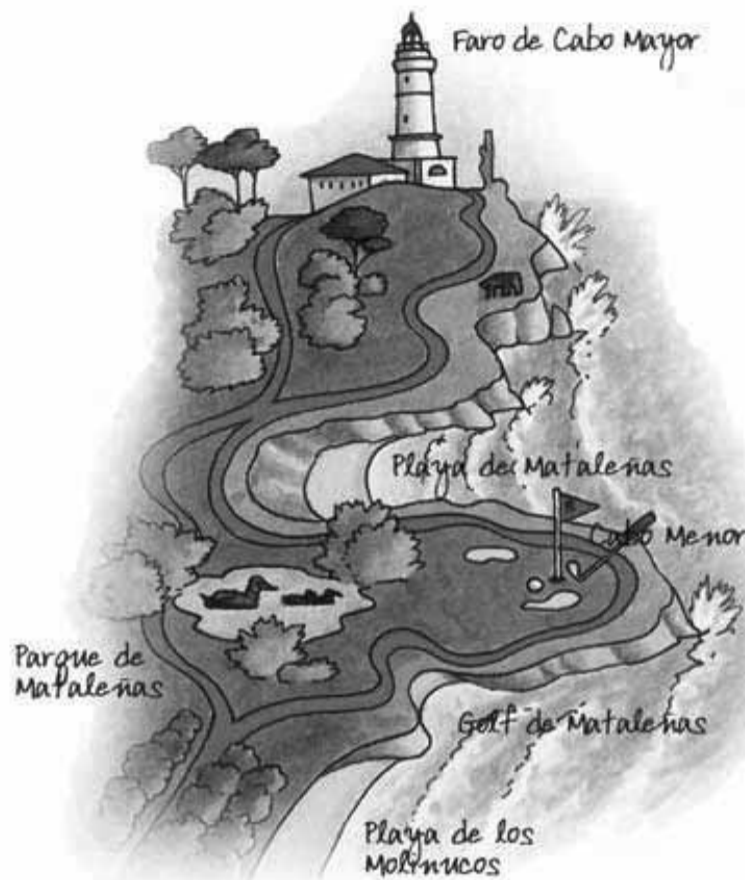
Del campo abierto, de árboles poblado, hemos pasado al césped coqueto y propio del golf.

Sin embargo, desde cualquiera de sus rincones se sigue contemplando aves que parecen saludarte; barcos pesqueros que, entrando o saliendo de la bahía y atravesando la barra, con las redes repletas o vacías, perciben que el oleaje besa la quilla; y pescadores que reemplazaron la caña clásica, de una sola pieza, por otra moderna, articulada y de lanzadera, ambas made in Godofredo.

Portar en bolsas de papel la merienda ya no es costumbre ni necesidad, puesto que hoy encontraremos, al principio o final del trayecto, diversidad de cafeterías o chiringuitos playeros en los que proveernos de comida y bebida.

Antaño apenas cruzabas dos saludos durante el recorrido costero; hogaño saludas a muchos transeúntes, sea verbalmente o mediante un gesto de la mano.

Mas hay cosas únicas e inmutables, tales que la fuerza del aire, el poder y la luz del sol, la majestuosidad del Palacio Real... O la poesía



Álvaro Díaz Escobedo

Quiere despuntar la luna; unos la recibirán como luz y guía del retorno, otros la considerarán inoportuna, descubridora de los amoríos que pretenden esconderse en la sombra.



que ponen los gorriones alborotados, el agreste aroma de las manzanillas y los escaramujos, casa y cuna del caracol y la babosa.

A medida que avanzan las horas, el camino, pese al nuevo sello y empaque, va haciéndose solitario.

Quiere despuntar la luna; unos la recibirán como luz y guía del retorno, otros la considerarán inoportuna, descubridora de los amoríos que pretenden esconderse en la sombra. De todos modos, el lugar ha perdido esa intimidad que buscan las parejas de novios para demostrarse el amor multiplicando ósculos y abrazos.

La brisa norteña obliga a cerrar el cuello de la chaqueta de punto.

De repente, el tiempo experimenta un brusco cambio. El viento, rolando, provoca que la veleta gire al sudoeste y dé entrada al ábrego.

A lo lejos, pero aproximándose, resalta e intimida el oscuro plumizo de los nubarrones, que traen consigo densa niebla; son precursores de lluvia arreciada, incluso de una galerna.

Va borrándose el perfil de la costa. Y se observa que la densa niebla engulle la isla de Mouro, en cuyo suelo, época atrás refugio de piratas, crece espontánea la planta curativa a la que llamamos perejil de mar.

Surgió el resplandor vivísimo de los relámpagos anunciadores de las tormentas. Empezó a tronar; los truenos repetíanse como el bisado de un fragmento musical. Enseguida cayó el chaparrón. Consideré que no evitaría la mojadura aunque avivase el andar.

Primero se me empañaron las gafas. Después el agua fue calando el chubasquero, empapó el pantalón de pana, depositándose parcialmente en los bajos, y acabó introduciéndose en las botas de loneta que calzaba.

No obstante el contratiempo, sentía felicidad y contento; al contrario que los arbustos de alrededor, llorosos a través de los ojos que eran sus hojas.

Cuando transcurrido un buen rato alcancé techo seguro, tomé asiento frente a una humeante taza de café, y recordé la rima que constituye expresión clara y emotiva de lo que es ese camino que, bordeando el litoral, nos lleva de Cabo Menor a Cabo Mayor pasando por Matalaenas.

“CAMINO SECRETO”

Alberto Gutiérrez-Colomer y Fuentes

Ayer volví a recorrer el camino de la costa, que empieza en el Sardinero y en Matalaenas se agota.

Otros muchos, como yo, le recorrieron otrora, en parejas o en pandillas jóvenes y revoltosas.

Camino de hierba y tierra amarillenta, arcillosa; de acantilados profundos, de helechos y zarzamoras.

En abril, ¡cómo reía toda su silvestre flora!; igual que nuestros quince años, de sangre alborotadora.

Abajo, ruge el mar: placer, belleza, zozobra. Y aún hay gente allí pescando, con sus cañas, en las rocas.

Lo mismo que hace cuarenta años, cuando en pandilla gozosa, íbamos chicos y chicas, con la merienda en la bolsa.

Y nos dábamos un cole, sea cual fuere la hora, en la playa de Los Molinucos, al abrigo de las olas.

Viejo camino: la vida nos ha dado muchas tortas... ¡pero también alegrías!, que hay de todo en la memoria.

Por suerte, no te han rajado “bulldozers” ni excavadoras; y aquí sigues, como siempre, esperando a otras personas.

Esperando otros sueños, otras vidas; otros, otros... otras, otras...

A niños que te descubren, a viejos que ahora te añoran, ante la gloria del mar, cuando el sol sus aguas dora.

Fuiste una senda maestra, de la vida precursora, con bellezas y con trampas, con penas y con euforias.

Un camino de años clave, de ilusiones impulsoras, de amoríos germinando, de aventuras misteriosas, de iniciática inconsciente, de premoniciones locas...

¡Aún sigues aquí, camino, secreto de tantas cosas! Camino, viejo camino... el “camino de la costa”.

He pretendido exprimir y absorber mentalmente, para digerirlos bien, estos versos que han conseguido alumbrar mis ideas y mi alma, transportándome a tiempos de felicidad pretérita.

Sé lo relacionado que está el apellido Gutiérrez-Colomer dentro de la vida artística y cultural de nuestra querida ciudad; pero no contaba con la satisfacción de conocer a Alberto. Acabo de descubrir en el poeta lo mejor del ser humano: el amor a sus recuerdos juveniles, el amor a las letras y, en definitiva, el amor a su tierra, que es la mía.



París en sombras

Vo deseo lo mejor para Francia. Ya, desde pequeño, en el clima de burguesía liberal español, en el que yo me desarrollaba, todo lo francés influía de un modo decisivo. No era muy diferente en otros países europeos y en el resto del mundo civilizado. —«Menos mal que existe París» se decían mucho intelectuales y artistas. —«Todavía nos queda París». Para estos, y desde siglos atrás, París era una meca; y el hecho de descubrir París, ha producido una ingente literatura clásica, romántica y contemporánea. Recuerdo muy especialmente lo que me divertieron los testimonios de rusos, alemanes e ingleses. El del dramaturgo alemán Kotzebue me hace vivir «la sorpresa de descubrir París, discretamente sorprendido, divertido, escandalizado y «eputado»» ¡Ah, París! Entonces Francia vivía en pleno esplendor napoleónico y se miraba al extranjero con paternal condescendencia. No sería la última vez en su historia. En la literatura española del 98, es sumamente interesante el primer viaje a París de Pío Baroja, ya que le dio tiempo para ver desaparecer el de Víctor Hugo y el de Eugenio Sue, el París de folletín, romántico, sombrío, con restos medievales.

Pero aún me quedan por leer otros testimonios más recientes —que los hay— de la desaparición del otro París, el de los primeros años de la segunda posguerra mundial, el que yo me encontré, festejándose y adorándose a sí mismo. Era como si Lázaro, recién salido del sepulcro, se dispusiera a vivir a tope, mirándose al espejo con extrema satisfacción. —«Qué bien me conservo y qué guapo y qué listo soy!» París sobrevivía gloriosamente y quería sentirse más París que nunca, más superior y más inevitable que nunca. Todos lo creían así y es todo lo contrario de lo que se siente hoy. Pero ¡bienvenido el París de entonces, sus circunstancias, incluso la extremada autoestima de sus ciudadanos, como en los tiempos de Kotzebue! Ahora, lo que se celebraba era la resurrección de París, como sucursal terrestre del Olimpo y su elegantísimo vestíbulo, acondicionado para VIPS, que era el Parnaso. —Aquello merecía ser descrito. ¡Qué pasada! Sólo era poner el pie en su asfalto y ya no se escuchaba más que música de acordeón, los gañidos conmovedores de Edith Piaff, las melodías de Charles Trenet o, en su lugar, música de Lully, de Charpentier, de Debussy, de Fauré, de Ravel... Nacionalismo musical a toda pastilla. Si se acercaba uno al mundo cultural, nos encontrábamos con una inmensa tarta recubierta de chantillí y con cientos de velas centelleantes: Allí estaban Gide, Claudel, Jean Cocteau, Colette, Sartre, Camus, Braque, Matisse, Christian Dior, la superviviente Chanel, la «Comédie Française», el Montparnasse redivivo —que había sido «una fiesta» para Hemingway— Saint Germain des Pres —el barrio existencialista por antonomasia— y el venéreo y putesco Pigalle. ¡Qué panorama apabullante, qué calendario de festejos, qué «guía para forasteros»! ¡Todo el mundo fumando «Gauloises»! Con una «Gauloise» en los labios y con la Piaff en el oído



Francisco Nieva.
De la Real Academia Española.

Con una «Gauloise» en los labios y con la Piaff en el oído se discutía de comunismo y de vanguardia. La película «Un americano en París», más que una hipóbole y una fantasía parecía un trasunto fiel de la realidad.



se discutía de comunismo y de vanguardia. La película «Un americano en París», más que una hipóbole y una fantasía parecía un trasunto fiel de la realidad. Un sueño hecho realidad. Se tenía la sensación de que, fuera de París, no había dónde ir en el mundo. Gracias a mis relaciones con una francesa de provincias, tuve la ocasión de leer a Rimbaud, a Proust, a Maupassant, al borde del río Yonne, en un jardín provincial delicioso, escuchando en los atardeceres, a lo lejos, las cornetas de la guarnición. Y así soñaba con París dentro de Francia, como soñaba París dentro de París. Al mismo tiempo me empapaba de cine

francés de antes de la guerra: Abel Gance, René Clair, Jean Renoir, con actores y estrellas que aún vivían en su rejuvenecida madurez, Arletty, Chevalier, Michel Simon, Jean Gabin, hasta las propias Mistinguette y Josephine Baker. Y todo lo que fuera de «antes de la guerra» tenía un valor mítico y sagrado. Éste era para mí el tremendo contraste, que se hablara de todo aquello constantemente, como de Isabel la Católica y de la Reconquista de España. Pero esto era la «Reconquista de París» y se tenía la sensación de que se estaba volviendo constantemente la hoja anterior de un álbum de familia, con una complacencia narcisista, frente a un espejo retrovisor. —«¿Te acuerdas, te acuerdas? ¡Tal como éramos, tal como somos, tal como seremos siempre!» Aquella suprema impostación de París duró de cinco a siete años. Los últimos grandes monumentos eran «art deco», antes de que la sombra neutra y espesa de la «torre Montparnasse» se proyectase amenazadora sobre aquel barrio provinciano, literario y cubista.

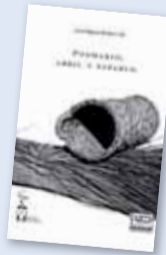
V parece que aquí se acabó todo, como se acaba un viejo rollo de película, con imágenes rayadas y parpadeantes, con el descolorido color que ahora tienen las primeras películas en «tecnicolor». En el espacio de pocos años, aquel París de ópera, con vestuario de Christian Dior, se desvaneció a la sombra de otros rascacielos. Entreacto. Largo, por cierto. Si no para siempre, el apagón se ha prolongado demasiado. Francia necesita cambiar de rollo. ¿Qué dirán ahora las memorias de quienes descubran París?

Poemario abril y esparto, novedad de Ediciones Irreverentes

Poemario abril y esparto es el primer libro de poesía de José Miguel Molero (1958. Toledo) El libro fue presentado en el Círculo de Bellas Artes de Madrid ante casi dos centenares de personas, y contó con la participación de destacados artistas. El autor ha donado sus derechos de autor a la Fundación Síndrome de West.

José Miguel Molero estudió derecho laboral, pero ante el temor al tedio participó, además de en El Güizaro, La

Carava de Calatrava y otras, en el nacimiento de Bahía de Guadalajara, una de las primeras revistas literarias radiofónicas. Esta experiencia le sirve para conocer el mundo de la publicidad, profesión a la que se dedica desde 1986. En la guerra de Nicaragua y durante el tratado de Esquipulas II, participó activamente como reportero y testigo del cumplimiento del citado tratado. Colabo-



ra esporádicamente en emisoras de radio con el espacio La publicidad con sentido y del humor también. Fue accésit del premio de poesía Vicente Aleixandre.

Molero entiende esta disciplina como espontánea además de ser la mejor síntesis de los recovecos de la vida y se reconoce influenciado por la obra de Miguel Hernández y Pablo Neruda. Su poesía es libre y autodidacta.

din^a3

Diseño y producción editorial

Maquetación de revistas, periódicos, libros y catálogos • Diseño de publicaciones y 'e-books' • Tratamiento de imágenes para uso editorial • Rediseño de publicaciones • Producción editorial hasta imprenta • Creación de originales de publicidad para impresión en papel • Pósters, flyers, carteles • Creación de logos y marcas

Telf. 676 732 838 • e-mail: nachojfr-dis@yahoo.es

Revistas

Periódicos

Libros

Catálogos

Diseño y maquetación de todo tipo de publicaciones